Imitación
de Cristo



Tomás de Kempis

Edición de 1876



Este libro también puede imprimirse



IMITACIÓN
DE CRISTO

POR

TOMAS DE KEMPIS

TRADUCCIÓN DEL

P. Juan Eusebio Nieremberg

de la Compañia de Jesús

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

MADRID
SATURNINO CALLEJA, EDITOR
Calle de Valencia, 28

1876

INDICE

Págs.

LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

Págs.

Págs.

LIBRO CUARTO



IMITACIÓN DE CRISTO

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

De la imitación de Cristo, y desprecio de todas las vanidades del mundo.

1. *Quien Me sigue no anda en tinieblas,* dice el Señor. Estas palabras son de Cristo, con las cuales nos amonesta que imitemos su vida y costumbres si queremos verdaderamente ser alumbrados y libres de toda la ceguedad del corazón.

Sea, pues, nuestro estudio pensar en la vida de Jesús.

2. La doctrina de Cristo excede á la de todos los Santos, y el que tuviese espíritu hallará en ella *maná* escondido.

Mas acaece que muchos, aunque á menudo oigan el Evangelio, gustan poco de él porque no tienen el espíritu de Cristo.

Conviéneles que procuren conformar con él toda su vida.

3. ¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad si no eres humilde, por donde desagradas á la Trinidad.

Por cierto, las palabras subidas no hacen santo ni

justo; mas la virtuosa vida hace al hombre amable á Dios.

Más deseo sentir la contrición que saber definirla.

Si supieses toda la Biblia á la letra y los dichos de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharía todo sin caridad y gracia de Dios?

Vanidad de vanidades y todo vanidad, sino amar y servir solamente á Dios.

Suma sabiduría es por el desprecio del mundo ir á los reinos celestiales.

4. Y pues así es, vanidad es buscar riquezas perecederas y esperar en ellas.

También es vanidad desear honras y ensalzarse vanamente.

Vanidad es seguir el apetito de la carne y desear aquello por donde después te sea necesario ser castigado gravemente.

Vanidad es desear larga vida y no cuidar de que sea buena.

Vanidad es mirar solamente á esta presente vida y no prever lo venidero.

Vanidad es amar lo que tan presto se pasa y no buscar con solicitud el gozo perdurable.

5. Acuérdate frecuentemente de aquel dicho de la Escritura: *No se harta la vista de ver, ni el oído de oir.*

Procura, pues, desviar tu corazón de lo visible y traspasarlo á lo invisible, porque los que siguen su sensualidad manchan su conciencia y pierden la gracia de Dios.

CAPÍTULO II

Del bajo aprecio de sí mismo.

1. Todos los hombres desean naturalmente saber. Mas ¿qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios?

Por cierto, mejor es el rústico humilde que le sirve que el soberbio filósofo que, dejando de conocerse, considera el curso del cielo.

El que bien se conoce, tiénese por vil y no se deleita en alabanzas humanas.

Si yo supiese cuanto hay en el mundo y no estu-

viese en caridad, ¿qué me aprovecharía delante de Dios, que me juzgará según mis obras?

2. No tengas deseo demasiado de saber, porque en ello se halla grande estorbo y engaño.

Los letrados gustan de ser vistos y tenidos por tales.

Muchas cosas hay que el saberlas poco ó nada aprovecha al alma.

Y muy loco es el que en otras cosas entiende sino en las que tocan á la salvación.

Las muchas palabras no hartan al alma; mas la buena vida le da refrigerio, y la pura conciencia causa gran confianza en Dios.

3. Cuanto más y mejor entiendes, tanto más gravemente serás juzgado si no vivieres santamente.

Por eso no te ensalces por alguna de las artes ó ciencias; mas teme del conocimiento que de ellas se te ha dado.

Si te parece que sabes mucho y entiendes muy bien, ten por cierto que es mucho más lo que ignoras.

No quieras con presunción saber cosas altas; mas confiesa tu ignorancia.

¿Por qué quieres tenerte en más que otro, hallándose muchos más doctos y sabios en la ley que tú?

Si quieres saber y aprender algo provechosamente, desea que no te conozcan ni te estimen.

4. El verdadero conocimiento y desprecio de sí mismo es altísima y doctísima lección.

Gran sabiduría y perfección es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada.

Si vieres á alguno pecar públicamente ó cometer culpas graves, no debes juzgarte por mejor, porque no sabes cuánto podrás perseverar en el bien.

Todos somos flacos; mas tú á nadie tengas por más flaco que á ti.

CAPÍTULO III

De la doctrina de la verdad.

1. Bienaventurado aquel á quien la verdad por sí mismo enseña, no por figuras y voces que se pasan, sino así como es.

Nuestra estimación y nuestro sentimiento á menudo nos engañan y conocen poco.

¿Qué aprovecha la curiosidad de saber cosas obscuras y ocultas, pues que por no saberlas no seremos en el día del Juicio reprendidos?

Gran locura es que, dejadas las cosas útiles y necesarias, entendamos con gusto en las curiosas y dañosas. Verdaderamente, teniendo ojos no vemos.

2. ¿Qué se nos da de los géneros y especies de los lógicos?

Aquel á quien habla el Verbo Eterno, de muchas opiniones se desembaraza.

De aqueste Verbo salen todas las cosas, y todas predican este uno, y éste *es el principio que nos habla*.

Ninguno entiende ó juzga sin él rectamente.

Aquel á quien todas las cosas le fueren uno, y trajere á uno, y las viere en uno, podrá ser estable y firme de corazón, y permanecer pacífico en Dios.

¡Oh verdadero Dios; hazme permanecer uno contigo en caridad perpetua!

Enójame muchas veces leer y oir muchas cosas; en Ti está todo lo que quiero y deseo.

Callen todos los doctores; no me hablen las criaturas en Tu presencia: háblame Tú solo.

3. Cuando alguno fuere más unido contigo y más sencillo en su corazón, tanto más y mayores cosas entenderá sin trabajo, porque de arriba recibe la luz de la inteligencia.

El espíritu puro, sencillo y constante no se distrae, aunque entienda en muchas cosas, porque todo lo hace á honra de Dios y esfuérzase en estar desocupado en sí de toda sensualidad.

¿Quién más te impide y molesta que la afición de tu corazón no mortificada?

El hombre bueno y devoto primero ordena dentro de sí las obras que debe hacer de fuera.

Y ellas no le llevan á deseos de inclinación viciosa; mas él las trae al albedrío de la recta razón.

¿Quién tiene mayor combate que el que se esfuerza en vencerse á sí mismo?

Y esto debería ser nuestro negocio; querer vencerse á sí mismo, y cada día hacerse más fuerte, y aprovechar en mejorarse.

4. Toda la perfección de esta vida tiene consigo cierta imperfección, y toda nuestra especulación no carece de alguna obscuridad.

El humilde conocimiento de ti mismo es más cierto camino para Dios que escudriñar la profundidad de la ciencia.

No es de culpar la ciencia ni cualquier otro conocimiento de lo que en sí considerado es bueno y ordenado de Dios; mas siempre se ha de anteponer la buena conciencia y la vida virtuosa.

Porque muchos estudian más para saber que para bien vivir, y yerran muchas veces, y poco ó ningún fruto hacen.

5. Si tanta diligencia pusiesen en desarraigar los vicios y sembrar las virtudes como en mover cuestiones, no se harían tantos males y escándalos en el pueblo, ni habría tanta disolución en los monasterios.

Ciertamente en el día del Juicio no nos preguntarán qué leímos, sino qué hicimos; ni cuán bien hablamos, sino cuán honestamente hubiéramos vivido.

Dime: ¿dónde están ahora todos aquellos señores y maestros que tú conociste cuando vivían y florecían en los estudios?

Ya poseen otros sus rentas, y por ventura no hay quien de ellos se acuerde. En su vida parecían algo: ya no hay de ellos memoria.

6. ¡Oh! ¡Cuán presto se pasa la gloria del mundo! ¡Pluguiera á Dios que su vida concordara con su ciencia, y entonces hubieran estudiado y leído bien!

¿Cuántos perecen en este siglo por su vana ciencia, que cuidaron poco del servicio de Dios?

Y porque eligen ser más grandes que humildes, se hacen vanos en sus pensamientos.

Verdaderamente es grande el que tiene grande caridad.

Verdaderamente es grande el que se tiene por pequeño y tiene en nada la cumbre de la honra.

Verdaderamente es prudente el que *todo lo terreno tiene por estiércol para ganar á Cristo*.

Y verdaderamente es sabio aquel que hace la voluntad de Dios y deja la suya.

CAPÍTULO IV

De la prudencia en las acciones.

1. No se debe dar crédito á cualquier palabra ni á cualquier espíritu; mas con prudencia y espacio se deben, según Dios, examinar las cosas.

Mucho es de doler que las más veces se cree y se dice el mal del prójimo que el bien. ¡Tan flacos somos!

Mas los varones perfectos no creen de ligero cualquier cosa que les cuentan, porque saben ser la flaqueza humana presta al mal y muy deleznable en las palabras.

2. Gran sabiduría es no ser el hombre inconsiderado en lo que ha de hacer, ni tampoco porfiado en su propio sentir.

A esta sabiduría también pertenece no creer en cualesquieras palabras de hombres, ni decir luego á los otros lo que oye ó cree.

Toma consejo del hombre sabio y de buena conciencia, y apetece más ser enseñado de otro mejor que seguir tu parecer.

La buena vida hace al hombre sabio según Dios y experimentado en muchas cosas.

Cuanto alguno fuere más humilde en sí y más sujeto á Dios, tanto será más sabio y sosegado en todo.

CAPÍTULO V

De la lección de las Santas Escrituras.

1. En las Santas Escrituras se debe buscar la verdad, y no la elocuencia.

Toda la Escritura santa se debe leer con el espíritu que se hizo.

Más debemos buscar el provecho en la Escritura que no la sutileza de las palabras.

De tan buena gana debemos leer los libros sencillos y devotos como los graves y profundos.

No te mueva la autoridad del que escribe si es de pequeña ó grande ciencia; más convídete á leer el amor de la pura verdad.

No mires quién lo ha dicho; mas atiende qué tal es lo que se dijo.

2. Los hombres pasan: *la verdad del Señor permanece para siempre.*

De diversas maneras nos habla Dios, sin acepción de personas.

Nuestra curiosidad nos impide muchas veces el provecho que saca en leer las Escrituras, cuando queremos entender y escudriñar lo que llanamente se debía creer.

Si quieres aprovechar, lee con humildad, fiel y sencillamente, y nunca desees nombre de letrado.

Pregunta de buena voluntad, y oye callando las palabras de los Santos, y no te desagraden las sentencias de los viejos, porque no las dicen sin causa.

CAPÍTULO VI

De los deseos desordenados.

1. Cuantas veces desea el hombre desordenadamente alguna cosa, luego pierde el sosiego.

El soberbio y el avariento nunca están quietos; el pobre y humilde de espíritu vive en mucha paz.

El hombre que no es perfectamente mortificado en sí, presto es tentado y vencido de cosas pequeñas y viles.

El flaco de espíritu y que aún está inclinado á lo animal y sensible, con dificultad puede abstenerse totalmente de los deseos terrenos.

Y cuando se abstiene recibe muchas veces tristeza, y se enoja presto si alguno le contradice.

2. Pero si alcanza lo que deseaba, siente luego pesadumbre por el remordimiento de la conciencia, porque siguió á su apetito, el cual nada aprovecha para alcanzar la paz que buscaba. En resistir, pues, á las pasiones se halla la verdadera paz del corazón, y no en seguirlas.

Pues no hay paz en el corazón del hombre carnal ni del que se ocupa en lo exterior, sino en el que es fervoroso y espiritual.

CAPÍTULO VII

Cómo se ha de huir la vana esperanza y la soberbia.

1. Vano es el que pone su esperanza en los hombres ó en otra cosa creada.

No te avergüences de servir á otro por amor de Jesucristo y parecer pobre en este siglo.

No confíes de ti mismo, sino por tu esperanza en Dios.

Haz lo que puedas, y Dios favorecerá tu buena voluntad.

No confíes en tu ciencia ni en la astucia de ningún viviente, sino en la gracia de Dios, que ayuda á los humildes y abate á los presumidos.

2. Si tienes riquezas, no te glories en ellas, ni en los amigos, aunque sean poderosos, sino en Dios, que todo lo da, y sobre todo, desea darse á Sí mismo.

No te ensalces por la gallardía y hermosa disposición del cuerpo, que con pequeña enfermedad se destruye y afea.

No te engrías de tu habilidad ó ingenio, no sea que desagrades á Dios, de quien es todo bien natural que tuvieres.

3. No te estimes por mejor que otros, porque no seas quizás tenido por peor delante de Dios, que sabe lo que hay en el hombre.

No te ensoberbezcas de tus buenas obras, porque de otra manera son los juicios de Dios que los de los hombres, y á Él muchas veces desagrada lo que á éstos les contenta.

Si tuvieres algo bueno, piensa que son mejores los otros, porque así conserves la humildad.

No te daña si te pusieres debajo de todos; mas es muy dañoso que te antepongas á sólo uno.

Continua paz tiene el humilde; mas en el corazón del soberbio hay emulación y saña frecuente.

CAPÍTULO VIII

Cómo se ha de evitar la mucha familiaridad.

1. *No descubras tu corazón á cualquiera;* mas comunica tus cosas con el sabio y temeroso de Dios.

Con los jóvenes y extraños, conversa poco.

Con los ricos no seas lisonjero, ni estés de buena gana delante de los grandes.

Acompáñate con los humildes y sencillos y con los devotos y bien acostumbrados, y trata con ellos cosas de edificación.

No tengas familiaridad con ninguna mujer; mas, en general, encomienda á Dios todas las buenas.

Desea ser familiar á sólo Dios y sus ángeles, y huye de ser conocido de los hombres.

2. Justo es tener caridad con todos; pero no conviene la familiaridad con muchos.

Algunas veces sucede que la persona no conocida resplandece por la buena fama; pero su presencia suele parecer mucho menos.

Pensamos algunas veces agradar á los otros con nuestra conversación, y más los ofendemos, porque ven en nosotros costumbres menos ordenadas.

CAPÍTULO IX

De la obediencia y sujeción.

1. Gran cosa es estar en obediencia, vivir debajo de un superior y no tener voluntad propia.

Mucho más seguro es estar en sujeción que en mando.

Muchos están en obediencia más por necesidad que por caridad, los cuales tienen trabajo y ligeramente murmuran; y nunca tendrán libertad de ánimo si no se sujetan por Dios de todo corazón.

Anda de una parte á otra, y no hallarás descanso sino en la humilde sujeción al superior.

La imaginación y mudanza de lugar, á muchos han engañado.

2. Verdad es que cada uno se rige de buena gana por su propio parecer y se inclina más á los que siguen su sentir.

Mas si Dios está entre nosotros, necesario es que dejemos algunas veces nuestro parecer por el bien de la paz.

¿Quién es tan sabio que lo sepa todo enteramente? Pues no quieras confiar demasiadamente en tu sentido; mas gusta también oir de buena gana el parecer de otro.

Si tu parecer es bueno, y lo dejas por Dios y sigues el ajeno, más aprovecharás de esta manera.

3. Porque muchas veces he oído decir ser más seguro oir y tomar consejo que darlo.

Bien puede también acaecer que sea bueno el parecer de uno; mas no querer sentir con los otros cuando la razón ó la causa lo demandan, es señal de soberbia y pertinacia.

CAPÍTULO X

Cómo se ha de cercenar la demasía de las palabras.

1. Excusa cuanto pudieres el ruido de los hombres, pues mucho estorba el tratar de las cosas del siglo, aunque se digan con buena intención.

Porque prestos somos amancillados y cautivos de la vanidad.

Muchas veces quisiera haber callado y no haber estado entre los hombres.

Pero ¿cuál es la causa por que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia?

La razón es que por el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar el corazón, fatigado de pensamientos diversos.

Y de muy buena gana nos detenemos en hablar ó pensar de las cosas que amamos ó de las adversas que sentimos.

2. Mas, ¡ay dolor!, que muchas veces sucede vanamente y sin fruto, porque esta exterior consolación es de gran detrimento á la interior y divina.

Por eso velemos y oremos, no se nos pase el tiempo en balde.

Si puedes y conviene hablar, sea de cosas que edifiquen.

La mala costumbre y el descuido en aprovechar ayudan mucho á la poca guarda de nuestra lengua.

Pero no poco servirá para nuestro espiritual aprovechamiento la devota plática de cosas espirituales, especialmente cuando muchos de un mismo espíritu y corazón se juntan en Dios.

CAPÍTULO XI

Cómo se debe adquirir la paz, y del celo de aprovechar.

1. Mucha paz tendríamos si en los dichos y hechos ajenos que no nos pertenecen no quisiésemos meternos.

¿Cómo quiere estar en paz mucho tiempo el que se entremete en cuidados ajenos y busca ocasiones exteriores, y dentro de sí poco ó tarde se recoge?

Bienaventurados los sencillos, porque tendrán mucha paz.

2. ¿Cuál fué la causa por que muchos de los Santos fueron tan perfectos y contemplativos?

Porque estudiaron en mortificarse totalmente á todo deseo terreno, y por eso pudieron con lo íntimo del corazón allegarse á Dios y ocuparse libremente en sí mismos.

Nosotros nos ocupamos mucho con nuestras pasiones, y tenemos demasiado cuidado de lo que es transitorio.

Y también pocas veces vencemos un vicio perfectamente ni nos alentamos para aprovechar cada día, y por eso nos quedamos tibios, y aun fríos.

3. Si fuésemos perfectamente muertos á nosotros mismos y en lo interior desocupados, entonces podríamos gustar las cosas divinas y experimentar algo de la contemplación celestial.

El impedimento mayor es que somos esclavos de nuestras inclinaciones y deseos y no trabajamos por entrar en el camino perfecto de los Santos.

Y también cuando alguna adversidad se nos ofrece, muy presto nos desalentamos y nos volvemos á las consolaciones humanas.

4. Si nos esforzásemos más en la batalla á pelear

como fuertes varones, veríamos, sin duda, la ayuda del Señor que viene desde el Cielo sobre nosotros.

Porque dispuesto está á socorrer á los que pelean y esperan en su gracia, y nos proporciona ocasiones de pelear para que alcancemos la victoria.

Si solamente en las observancias de fuera ponemos el aprovechamiento de la vida religiosa, presto se nos acabará la devoción que teníamos.

Mas pongamos la segur á la raíz, por que libres de las pasiones poseamos pacíficas nuestras almas.

5. Si cada año desarraigásemos un vicio, presto seríamos perfectos.

Mas ahora, al contrario, muchas veces experimentamos que fuimos mejores y más puros en el principio de nuestra conversión que después de muchos años de profesos.

Nuestro fervor y aprovechamiento cada día debe crecer; mas ahora ya nos parece mucho conservar alguna parte del primer fervor.

Si al principio hiciésemos algún esfuerzo, podríamos después hacerlo todo con facilidad y gozo.

6. Grave cosa es dejar la costumbre; pero más grave es ir contra la propia voluntad.

Mas si no vences las cosas pequeñas y ligeras, ¿cómo vencerás las dificultosas?

Resiste en los principios á tu inclinación, y deja la mala costumbre para que no te lleve poco á poco á mayor dificultad.

¡Oh! ¡Si mirases cuánta paz á ti mismo y cuánta alegría darías á los otros rigiéndote bien, yo creo que serías más solícito en el aprovechamiento espiritual!

CAPÍTULO XII

Del provecho de las adversidades.

1. Bueno es que algunas veces nos sucedan cosas adversas y vengan contrariedades, porque suelen atraer al hombre á sí mismo para que se conozca desterrado y no ponga su esperanza en cosa alguna del mundo.

Bueno es que padezcamos á veces contradicciones y que sientan de nosotros mal é imperfectamente,

aunque hagamos bien y tengamos buena intención. Estas cosas de ordinario nos ayudan á ser humildes y nos apartan de la vanagloria.

Porque entonces mejor buscamos á Dios por testigo interior cuando por de fuera somos despreciados de los hombres, y no nos dan crédito.

2. Por eso debía uno afirmarse de tal manera en Dios, que no le fuese necesario buscar muchas consolaciones humanas.

Cuando el hombre de buena voluntad es atribulado, ó tentado, ó afligido con malos pensamientos, entonces conoce tener de Dios mayor necesidad, experimentando que sin Él no puede nada bueno.

Entonces se entristece, gime, y ora á Dios por las miserias que padece.

Entonces le es molesta la vida larga, y desea hallar la muerte para ser desatado de este cuerpo y estar con Cristo.

Entonces también conoce que no puede haber en el mundo perfecta seguridad ni cumplida paz.

CAPÍTULO XIII

Cómo se ha de resistir á las tentaciones.

1. Mientras en el mundo vivimos no podemos estar sin tribulaciones y tentaciones.

Por lo cual está escrito en Job: *Tentación es la vida del hombre sobre la Tierra.*

Por eso cada uno debe tener mucho cuidado acerca de la tentación, y velar en oración porque no halle el Demonio lugar de engañarle, que nunca duerme, sino *busca por todos lados a quien tragarse.*

Ninguno hay tan santo ni tan perfecto que no tenga algunas veces tentaciones, y no podemos vivir sin ellas.

2. Mas las tentaciones son muchas veces utilísimas al hombre, aunque sean graves y pesadas, porque en ellas es uno humillado, purgado y enseñado.

Todos los Santos por muchas tribulaciones y tentaciones pasaron, y aprovecharon.

Y los que no quisieron sufrirlas y llevarlas bien, fueron tenidos por malos y desfallecieron.

No hay orden ó religión tan santa ni lugar tan secreto donde no haya tentaciones y adversidades.

3. No hay hombre seguro del todo de tentaciones mientras que vive; porque en nosotros mismos está la causa de donde vienen, pues que nacimos con la inclinación al pecado.

Pasada una tentación ó tribulación, sobreviene otra, y siempre tendremos que sufrir, porque se perdió el bien de nuestra primera felicidad.

Muchos quieren huír las tentaciones, y caen en ellas más gravemente.

No se pueden vencer sólo con huirlas: con paciencia y verdadera humildad nos hacemos más fuertes que todos los enemigos.

4. El que solamente quita lo que se ve y no arranca la raíz, poco aprovechará: antes tornarán á él más presto las tentaciones, y se hallará peor.

Poco á poco, con paciencia y buen ánimo, vencerás (con el favor divino) mejor que con tu propio conato y fatiga.

Toma muchas veces consejo en la tentación, y no seas desabrido con el que está tentado; antes procura consolarle como tú lo quisieras para ti.

5. El principio do toda tentación es la insconstancia del ánimo y la poca confianza en Dios.

Porque como la nave sin timón la llevan á una y otra parte las olas, así el hombre descuidado y que desiste de su propósito es tentado de diversas maneras.

El fuego prueba el hierro, y la tentación, al hombre justo.

Muchas veces no sabemos lo que podemos; mas la tentación descubre lo que somos.

Debemos, pues, velar principalmente al venir la tentación, porque entonces más fácilmente es vencido el enemigo cuando no le dejamos pasar de la puerta del alma y se le resiste al umbral luego que toca.

Atajar al principio el mal procura;
Si llega á echar raíz, tarde se cura.

Porque primeramente se ofrece al ánima sólo el pensamiento sencillo; después, la importuna imaginación; luego, la delectación y el torpe movimiento, y el consentimiento.

Y así se entra poco á poco el maligno enemigo, y se apodera de todo por no resistirle al principio.

Y cuanto más tiempo fuere uno perezoso en resistir, tanto se hace cada día más flaco, y el enemigo contra él, más fuerte.

6. Algunos padecen graves tentaciones al principio de su conversión, y otros al fin.

Pero otros son molestados casi por toda su vida.

Algunos son tentados blandamente, según la sabiduría y el juicio de la divina Providencia, que mide el estado y los méritos de los hombres, y todo lo tiene ordenado para la salvación de sus escogidos.

7. Por eso no debemos desconfiar cuando somos tentados, sino antes rogar á Dios con mayor fervor que sea servido de ayudarnos en toda tribulación; el cual, sin duda, según el dicho de San Pablo, *nos dará el auxilio junto con la tentación para que podamos resistirla.*

Humillemos, pues, nuestra alma bajo la mano de Dios en toda tribulación y tentación, porque Él salvará y engrandecerá á los humildes de espíritu.

8. En las tentaciones y adversidades se ve cuánto uno ha aprovechado, y en ellas consiste el mayor merecimiento y se conoce mejor la virtud.

No es mucho ser un hombre devoto y fervoroso cuando no siente pesadumbre; mas si en el tiempo de la adversidad se sufre con paciencia, esperanza es de gran provecho.

Algunos no se rinden á grandes tentaciones, y son vencidos á menudo en las menores y comunes, para que humillados nunca confíen de sí en cosas grandes, siendo flacos en las pequeñas.

CAPÍTULO XIV

Cómo se deben evitar los juicios temerarios.

1. Pon los ojos en tí mismo y guárdate de juzgar las obras ajenas. En juzgar á otro se ocupa uno en vano, yerra muchas veces y peca fácilmente; mas juzgando y examinándose á sí mismo, se emplea siempre con fruto.

Muchas veces juzgamos de las cosas según el gus-

to ó disgusto que nos causan, pues fácilmente perdemos el verdadero juicio de ellas por el amor propio.

Si fuera Dios siempre el fin puramente de nuestro deseo, no nos turbaría tan presto la contradicción de nuestra sensualidad.

2. Muchas veces tenemos algo adentro escondido, ó de fuera se ofrece, cuya afición nos lleva tras sí.

Muchos buscan secretamente su propia comodidad en las obras que hacen, y son necios que no lo entienden.

También les parece estar en cumplida paz cuando se hacen las cosas á su voluntad y gusto; mas si de otra manera suceden presto se alteran y entristecen.

Por la diversidad de los pareceres y opiniones muchas veces se levantan discordias entre los amigos y vecinos, entre los religiosos y devotos.

3. La costumbre antigua con dificultad se quita, y ninguno deja de buena gana su propio parecer.

Si en tu corazón é industria te apoyas más que en la virtud de la sujeción de Cristo, tarde y pocas veces serás ilustrado, porque quiere Dios que nos sujetemos á Él perfectamente, y que prescindamos de toda razón inflamados de su amor.

CAPÍTULO XV

De las obras hechas por caridad.

1. No se debe hacer lo que es malo por ninguna cosa del mundo, ni por amor de alguno; mas por el provecho de quien lo hubiere menester, alguna vez se puede interrumpir la buena obra, ó también emprender otra más perfecta.

De esta suerte no se deja de obrar bien, sino que se muda en mejor.

La obra exterior sin caridad no aprovecha; pero lo que se hace con caridad, por poco y despreciable que sea, se hace todo fructuoso.

Pues, ciertamente, más mira Dios al corazón que á la obra que se hace.

2. Mucho hace el que mucho ama.

Mucho hace el que todo lo hace bien.

Bien hace el que sirve más al bien común que á su voluntad propia.

Muchas veces parece caridad lo que más es amor propio, porque la inclinación de la naturaleza, la propia voluntad, la esperanza de la recompensa, el gusto de la comodidad, rara vez nos abandonan.

3. El que tiene verdadera y perfecta caridad en ninguna cosa se busca á sí mismo, sino que desea que Dios sea glorificado en todas.

De nadie tiene envidia, porque no ama gusto alguno particular, ni se quiere gozar en sí; mas desea sobre todas las cosas gozar de Dios.

Á nadie atribuye ningún bien, mas refiérelo todo á Dios, del cual, como de fuente, manan todas las cosas, en el que finalmente todos los Santos descansan con perfecto gozo.

¡Oh! ¡Quién tuviese una centella de verdadera caridad! Por cierto, que sentiría estar todas las cosas llenas de vanidad.

CAPÍTULO XVI

Del sufrimiento de los defectos ajenos.

1. Lo que no puede un hombre enmendar en sí ni en los otros, débelo sufrir con paciencia hasta que Dios lo ordene de otro modo.

Piensa que por ventura te está así mejor para tu probación y paciencia, sin la cual no son de mucha estimación nuestros merecimientos.

Mas debes rogar á Dios por estos estorbos, porque tenga por bien de socorrerte para que buenamente los toleres.

2. Si alguno, amonestado una vez ó dos, no se enmendara, no porfíes con él, sino encomiéndalo todo á Dios para que se haga su voluntad y Él sea honrado en todos sus siervos, que sabe sacar de los males bienes.

Estudia y aprende á sufrir con paciencia cualesquiera defectos y flaquezas ajenas, pues que tú también tienes mucho en que te sufran los otros.

Si no puedes hacerte á ti cual deseas, ¿cómo quieres tener á otro á la medida de tu deseo?

De buena gana queremos á los otros perfectos, y no enmendamos los defectos propios.

3. Queremos que los otros sean castigados con rigor, y nosotros no queremos ser corregidos.

Parécenos mal si á los otros se les da larga licencia, y nosotros no queremos que cosa que pedimos se nos niegue.

Queremos que los demás estén sujetos á las ordenanzas; pero nosotros no sufrimos que nos sea prohibida cosa alguna.

Así parece claro cuán pocas veces amamos al prójimo como á nosotros mismos.

Si todos fuesen perfectos, ¿qué teníamos que sufrir por Dios de nuestros hermanos?

4. Pero así lo ordenó Dios para que aprendamos á llevar *recíprocamente nuestras cargas;* porque ninguno hay sin ellas, ninguno sin defecto, ninguno es suficiente ni cumplidamente sabio para sí: importa llevarnos, consolarnos y juntamente ayudarnos unos á otros, instruirnos y amonestarnos.

De cuánta virtud sea cada uno, mejor se descubre en la ocasión de la adversidad.

Porque las ocasiones no hacen al hombre flaco, pero declaran lo que es.

CAPÍTULO XVII

De la vida monástica.

1. Conviene que aprendas á quebrantarte en muchas cosas, si quieres tener paz y concordia con otros.

No es poco morar en los monasterios y congregaciones, y allí conversar sin quejas y perseverar fielmente hasta la muerte.

Bienaventurado es el que vive allí bien y acaba dichosamente.

Si quieres estar bien y aprovechar, mírate como desterrado y peregrino sobre la Tierra.

Conviene hacerte simple por Jesucristo, si quieres seguir la vida religiosa.

2. El hábito y la corona poco hacen; mas la mudanza de las costumbres y la entera mortificación de las pasiones hacen al hombre verdadero religioso.

El que busca algo fuera de Dios y la salvación de su alma, no hallará sino tribulación y dolor.

No puede estar mucho tiempo en paz el que no procura ser el menor y el más sujeto á todos.

3. Viniste á servir, no á mandar; persuádete de que fuiste llamado para trabajar y padecer, no para holgar y parlar.

Pues aquí se prueban los hombres como el oro en el crisol.

Aquí no puede estar alguno si no quiere de todo corazón humillarse por Dios.

CAPÍTULO XVIII

Del ejemplo de los Santos Padres.

1. Considera bien los heroicos ejemplos de los Santos Padres, en los cuales resplandece la verdadera perfección y religión, y verás cuán poco ó casi nada es lo que hacemos.

¡Ay de nosotros! ¿Qué es nuestra vida, comparada con la suya?

Los Santos y amigos de Cristo sirvieron al Señor en hambre, en sed, en frío y desnudez, en trabajos y fatigas, en vigilias y ayunos, en oraciones y santas meditaciones, en persecuciones y muchos oprobios.

¡Oh! ¡Cuán graves y muchas tribulaciones padecieron los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, y todos los demás que quisieron seguir las pisadas de Jesucristo!

Pues en esta vida *aborrecieron su vida para poseer su alma en la eterna*.

¡Oh! ¡Cuán estrecha y retirada vida hicieron los Santos Padres en el yermo! ¡Cuán largas y graves tentaciones padecieron! ¡Cuán de ordinario fueron atormentados por el enemigo! ¡Cuán continuas y fervientes oraciones ofrecieron á Dios! ¡Cuán rigurosas abstinencias cumplieron! ¡Cuán gran celo y fervor tuvieron en su aprovechamiento espiritual! ¡Cuán fuertes peleas pasaron para vencer los vicios! ¡Cuán pura y recta intención tuvieron con Dios!

De día trabajaban, y por la noche se ocupaban en larga oración; y aunque trabajando, no cesaban en la oración mental.

3. Todo el tiempo lo gastaban bien; las horas les parecían cortas para darse á Dios, y por la gran dulzura de la contemplación se olvidaban de la necesidadd el mantenimiento corporal.

Renunciaban todas las riquezas, honras, dignidades, parientes y amigos: ninguna cosa querían del mundo; apenas tomaban lo necesario para la vida, y les era pesado servir á su cuerpo, aun en las cosas más necesarias.

De modo que eran pobres de lo temporal, pero riquísimos en gracia y virtudes.

En lo de fuera eran necesitados, pero en lo interior estaban con la gracia y divinas consolaciones recreados.

4. Ajenos eran al mundo; mas muy allegados á Dios, del cual eran familiares amigos.

Teníanse por nada cuanto á sí mismos, y para con el mundo eran despreciados; mas á los ojos de Dios eran muy preciosos y amados.

Estaban en verdadera humildad, vivían en sencilla obediencia, andaban en caridad y paciencia, y por eso cada día crecían en espíritu y alcanzaban mucha gracia delante de Dios.

Fueron puestos por dechados á todos los religiosos, y más deben movernos para aprovechar en el bien que no la muchedumbre de los tibios para aflojar y descaecer.

5. ¡Oh! ¡Cuán grande fué el fervor de todos los religiosos al principio de sus sagrados institutos!

¡Cuánta la devoción de la oración! ¡Cuánto el celo de la virtud! ¡Cuánta disciplina floreció! ¡Cuánta reverencia y obediencia al superior hubo en todas las cosas!

Aun hasta ahora dan testimonio de ello las señales que quedaron de que fueron verdaderamente varones santos y perfectos que, peleando tan esforzadamente, vencieron al mundo.

Ahora ya se estima en mucho aquel que no es transgresor y si con paciencia puede sufrir lo que aceptó por su voluntad.

6. ¡Oh tibieza y negligencia de nuestro estado, que tan presto declinamos del fervor primero, y nos es molesto vivir por nuestra flojedad y tibieza!

¡Pluguiese á Dios que no durmiese en ti el aprovechamiento de las virtudes, pues viste muchas veces tantos ejemplos de devotos!

CAPÍTULO XIX

De los ejercicios del buen religioso.

1. La vida del buen religioso debe resplandecer en toda virtud, y que sea tal en lo interior cual parece de fuera.

Y con razón debe ser más lo interior que lo que se mira exteriormente, porque nos mira nuestro Dios, á quien debemos suma reverencia dondequiera que estuviéremos, y debemos andar tan puros como los ángeles en su presencia.

Cada día debemos renovar nuestro propósito y excitarnos á mayor fervor, como si hoy fuese el primer día de nuestra conversión, y decir:

Señor, Dios mío, ayúdame en mi buen intento y en tu santo servicio, y dame gracia para que comience hoy perfectamente, porque no es nada cuanto hice hasta aquí.

2. Según es nuestro propósito, así es nuestro aprovechamiento, y quien quiere aprovecharse bien, ha menester ser muy diligente.

Si el que propone firmísimamente falta muchas veces, ¿qué será el que tarde ó nunca propone?

Acaece de diversos modos el dejar nuestro propósito. Y faltar de ligero en los ejercicios que se tienen de costumbre, no pasa sin algún daño. El propósito de los justos más pende de la gracia de Dios que del saber propio; en Él confían siempre y en cualquier cosa que comienzan.

Porque el hombre propone, pero Dios dispone, y no está en mano del hombre su camino.

3. Si por piedad y por provecho del prójimo se deja alguna vez el ejercicio acostumbrado, después se puede reparar con facilidad.

Empero si por fastidio del corazón ó por negligencia fácilmente se deja, muy culpable es, y se sentirá dañoso. Esforcémonos cuanto pudiéremos, que aun así, en muchas faltas caeremos fácilmente.

Pero alguna cosa determinada debemos siempre proponernos, y principalmente se han de remediar las que más nos estorban.

Debemos examinar y ordenar todas nuestras cosas exteriores é interiores, porque todo conviene para nuestro aprovechamiento espiritual.

4. Si no puedes recogerte de continuo, hazlo de cuando en cuando, y por lo menos una vez al día, por la mañana ó por la noche.

Por la mañana propón, á la noche examina tus obras; cuál has sido este día en palabras, obras y pensamientos: porque puede ser que hayas ofendido en esto á Dios y al prójimo muchas veces.

Armate como varón contra las malicias del Demonio; refrena la gula, y fácilmente refrenarás toda inclinación de la carne.

Nunca estés del todo ocioso, sino lee, ó escribe, ó reza, ó medita, ó haz algo de provecho para la comunidad.

Pero los ejercicios corporales deben tomarse con discreción, porque no son igualmente convenientes para todos.

5. Los ejercicios particulares no se deben hacer públicamente, porque con más seguridad se ejercen en secreto.

Guárdate, empero, no seas perezoso para lo comun y pronto para lo particular; sino que, cumplido muy bien lo que debes y que te está encomendado, si tienes lugar, éntrate dentro de ti como desea tu devoción.

No todos podemos ejercitar una misma cosa: unas convienen más á unos y otras á otros.

También, según el tiempo, te son más á propósito diversos ejercicios; porque unos son más acomodados para las fiestas, otros para los días de trabajo.

Necesitamos de unos para el tiempo de la tentación, y de otros para el de la paz y sosiego.

En unas cosas es bien pensar cuando estamos tristes, y en otras cuando alegres en el Señor.

6. En las fiestas principales debemos renovar nuestros buenos ejercicios é invocar con mayor fervor la intercesión de los Santos.

De una fiesta para otra debemos proponer algo,

como si entonces hubiésemos de salir de este mundo y llegar á la eterna festividad.

Por eso debemos prevenirnos con cuidado en los tiempos devotos, y conversar con mayor devoción, y guardar toda observancia más estrechamente, como quien ha de recibir en breve de Dios el premio de sus trabajos.

7. Y si se dilatare, creamos que no estamos preparados y que aún somos indignos de tanta gloria como se declara en nosotros acabado el tiempo de la vida; y estudiemos en prepararnos mejor para morir.

Bienaventurado el siervo (dice el evangelista San Lucas) *á quien, cuando viniere el Señor, le hallare velando; en verdad os digo que le constituirá sobre todos sus bienes.*

CAPÍTULO XX

Del amor de la soledad y del silencio.

1. Busca tiempo á propósito para estar contigo, y piensa con frecuencia en los beneficios de Dios.

Deja las cosas curiosas.

Lee tales materias que te den más compunción que ocupación.

Si te apartares de conversaciones superfluas, y de andar ocioso, y de oir novedades y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y á propósito para entregarte á santas meditaciones.

Los mayores Santos evitaban cuanto podían la compañía de los hombres, y elegían el vivir para Dios en su retiro.

2. Dijo uno: *Cuantas veces estuve entre los hombres, volví menos hombre.* Lo cual experimentamos cada día cuando hablamos mucho.

Más fácil cosa es callar siempre que hablar sin errar.

Más fácil es encerrarse en su casa que guardarse del todo fuera de ella.

Por eso, al que quiere llegar á las cosas interiores y espirituales le conviene apartarse de la gente con Jesucristo.

Ninguno se muestra seguro en público, sino el que se esconde voluntariamente.

Ninguno habla con acierto, sino el que calla de buena gana.

Ninguno preside dignamente, sino el que se sujeta con gusto.

Ninguno manda con razón, sino el que aprendió á obedecer sin replicar.

3. Nadie se alegra seguramente, sino quien tiene el testimonio de la buena conciencia.

Pues la seguridad de los Santos siempre estuvo llena del temor divino.

Ni por eso fueron menos solícitos y humildes en sí, aunque resplandecían en grandes virtudes y gracias.

Pero la seguridad de los malvados nace de la soberbia y presunción, y al fin se convierte en su mismo engaño.

Nunca te tengas por seguro en esta vida, aunque parezcas buen religioso y devoto ermitaño.

4. Los muy estimados de los hombres por buenos muchas veces han caído en graves peligros por su mucha confianza.

Por lo cual es utilísimo á muchos que no les falten del todo tentaciones y que sean muchas veces combatidos, porque no se aseguren demasiado de sí propios, porque no se levanten con soberbia, ni tampoco se entreguen demasiadamente á los consuelos exteriores.

¡Oh; quién nunca buscase alegría transitoria! ¡Oh; quién nunca se ocupase en el mundo, y cuán buena conciencia guardaría!

¡Oh; quién quitara de sí todo vano cuidado, y pensase solamente en las cosas saludables y divinas, y pusiese toda su esperanza en Dios, cuánta paz y sosiego poseería!

5. Ninguno es digno de la consolación celestial si no se ejercitare con diligencia en la santa contrición.

Si quieres arrepentirte de corazón, entra en tu retraimiento y destierra de ti todo bullicio del mundo, según está escrito: *Contristaos en vuestros aposentos*. En la celda hallarás lo que pierdes muchas veces por de fuera.

El retiro usado se hace dulce, y el poco usado causa hastío. Si al principio de tu conversión le

frecuentares y guardares bien, te será después dulce amigo y agradable consuelo.

6. En el silencio y sosiego aprovecha el alma devota, y aprende los secretos de las Escrituras.

Allí halla arroyos de lágrimas con que lavarse y purificarse todas las noches, para hacerse más familiar á su Hacedor cuanto más se desviare del tumulto del siglo.

Y así, el que se aparta de sus amigos y conocidos consigue que se le acerquen Dios y sus santos ángeles.

Mejor es esconderse y cuidar de sí, que con descuido propio hacer milagros.

Loable es al hombre religioso salir fuera pocas veces, huir de que le vean, y no querer ver á los hombres.

7. ¿Para qué quieres ver lo que no te conviene tener?

El mundo pasa, y sus deleites.

Los deseos sensuales nos llevan á pasatiempos; mas, pasada aquella hora, ¿qué nos queda, sino pesadumbre de conciencia y derramamiento de corazón?

La salida alegre causa muchas veces triste vuelta, y la alegre tarde, una afligida mañana.

Así, todo gozo carnal entra blandamente, mas al cabo muerde y mata. ¿Qué puedes ver en otra parte que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo y la tierra y todos los elementos, y de éstos fueron hechas todas las cosas.

8. ¿Qué puedes ver en algún lugar que permanezca mucho tiempo debajo del Sol?

¿Piensas acaso satisfacer tu apetito? Pues no lo alcanzarás.

Si vieras todas las cosas delante de tí, ¿qué sería sino una vista vana?

Levanta tus ojos á Dios en el Cielo, y ruega por tus pecados y negligencias.

Deja lo vano á los vanos, y tú ten cuidado de lo que te manda Dios.

Cierra tu puerta sobre tí, y llama en tu favor á Jesús tu amado.

Está con él en tu aposento, que no hallarás en otro lugar tanta paz.

Si no salieras ni oyeras noticias, mejor perseveraras en santa paz. Pues te huelgas de oir algunas veces novedades, conviénete sufrir inquietudes de corazón.

CAPÍTULO XXI

De la compunción del corazón.

1. Si quieres aprovechar algo, consérvate en el temor de Dios y no quieras ser demasiado libre; mas con severidad refrena todos tus sentidos y no te entregues á vanos contentos.

Date á la compunción del corazón, y te hallarás devoto.

La compunción causa muchos bienes que la disolución suele perder en breve.

Maravilla es que el hombre pueda alegrarse alguna vez perfectamente en esta vida, considerando su destierro y pensando los muchos peligros de su alma.

2. Por la liviandad del corazón y por el descuido de nuestros defectos no sentimos los males de nuestra alma; pero muchas veces reímos sin razón, cuando con razón deberíamos llorar.

No hay verdadera libertad ni plácida alegría sino en el temor de Dios con buena conciencia.

Bienaventurado aquel que puede desviarse de todo estorbo de distracción y recogerse á lo interior de la santa compunción.

Bienaventurado el que renunciare todas las cosas que pueden mancillar ó agravar su conciencia.

Pelea como varón: una costumbre vence á otra costumbre.

Si tú sabes dejar á los hombres, ellos bien te dejarán hacer tus buenas obras.

3. No te ocupes en cosas ajenas ni te entremetas en las causas de los mayores.

Mira siempre primero por ti, y amonéstate á ti mismo más especialmente que á todos cuantos quieres bien.

Si no eres favorecido por los hombres, no te entristezcas por eso, sino aflígete de que no te portas con el cuidado y circunspección que conviene á un siervo de Dios áy un devoto religioso.

Muy útil y seguro es que el hombre no tenga en esta vida muchas consolaciones, mayormente según la carne.

Pero de no tener ó gustar rara vez las cosas divinas, nosotros tenemos la culpa, porque no buscamos la compunción del corazón ni desechamos del todo las vanas y exteriores.

4. Reconócete por indigno de la divina consolación; antes bien, créete digno de ser atribulado.

Cuando el hombre tiene perfecta contrición, entonces le es grave y amargo todo el mundo.

El que es bueno halla bastante materia para dolerse y llorar, porque ora se mire á sí ora piense en su prójimo, sabe que ninguno vive aquí sin tribulaciones.

Y cuanto con más rectitud se mire, tanto más halla por qué dolerse.

Materia de justo dolor y entrañable contrición son nuestros pecados y vicios, en que estamos tan caídos que pocas veces podemos contemplar las cosas celestiales.

5. Si continuamente pensases más en tu muerte que en vivir largo tiempo, no hay duda que te enmendarías con mayor fervor.

Si pensases también de todo corazón en las penas futuras del Infierno ó del Purgatorio, creo que de buena gana sufrirías cualquier trabajo y dolor, y no temerías ninguna austeridad; pero como estas cosas no pasan al corazón y amamos siempre el regalo, permanecemos demasiadamente fríos y perezosos.

Muchas veces por falta de espíritu se queja el cuerpo miserable.

Ruega, pues, con humildad al Señor que te dé espíritu de contrición, y di con el profeta: *Dame, Señor, á comer el pan de lágrimas, y á beber en abundancia el agua de mis lloros.*

CAPÍTULO XXII

Consideración de la miseria humana.

1. Miserable serás dondequieras que fueres y dondequiera que te volvieres si no te convirtieras á Dios.

¿Por qué te afliges de que no te suceda lo que quieres y deseas? ¿Quién es el que tiene todas las cosas á medida de su voluntad? Ni yo ni tú, ni hombre alguno sobre la Tierra.

Ninguno hay en el mundo sin tribulación ó angustia, aunque sea rey ó papa.

Pues ¿quién es el que está mejor? Ciertamente, el que puede padecer algo por Dios.

2. Dicen muchos flacos y enfermos: ¡Mirad cuán buena vida tiene aquel hombre! ¡Cuán rico! ¡Cuán grande! ¡Cuán poderoso y ensalzado!

Pero atiende á los bienes del Cielo, y verás que todas estas cosas temporales nada son sino muy inciertas y gravosas, porque nunca se poseen sin cuidado y temor.

No está la felicidad del hombre en tener abundancia de lo temporal; bástale una medianía.

Por cierto que miseria es vivir en la Tierra.

Cuanto el hombre quisiere ser más espiritual, tanto más amarga se le hará la vida, porque conoce mejor y ve más claro los defectos de la corrupción humana.

Porque comer, beber, velar, dormir, reposar, trabajar y estar sujeto á las demás necesidades naturales, en verdad es grande miseria y pesadumbre al hombre devoto, el cual desea ser desatado de este cuerpo y libre de toda culpa.

3. Pues el hombre interior está muy agravado con las necesidades corporales en este mundo.

Por eso el profeta ruega muy devotamente que le libre de ellas, diciendo: *Librame, Señor, de mis necesidades.*

Mas ¡ay de los que no conocen su miseria!; y mucho más ¡ay de los que aman esta miserable y corruptible vida!

Porque hay algunos tan abrazados con ella, que aunque con mucha dificultad trabajando ó mendigando tengan lo necesario, si pudiesen vivir aquí siempre, no cuidarían del reino de Dios.

4. ¡Oh locos y duros de corazón los que tan profundamente se envuelven en la Tierra que nada gustan sino de las cosas carnales!

Mas en el fin sentirán gravemente cuán vil y nada era lo que amaron.

Los Santos de Dios y todos los devotos amigos de Cristo no tenían cuenta de lo que agradaba á la carne ni de lo que florecía en la vida temporal, sino que toda su esperanza é intención suspiraba por los bienes eternos.

Todo su deseo se levantaba á lo duradero é invisible por que no fuesen abatidos á las cosas bajas con el amor de lo visible.

No pierdas, hermano, la confianza de aprovechar en las cosas espirituales: aún tienes tiempo y ocasión.

5. ¿Por qué quieres dilatar tu propósito? Levántate, comienza en este momento, y di: Ahora es tiempo de obrar, ahora es tiempo de pelear, ahora es tiempo conveniente para enmendarme.

Cuando no estás bueno y tienes alguna tribulación, entonces es tiempo de merecer.

Conviene que pases por fuego y por agua antes que llegues al descanso.

Si no te hicieses fuerza, no vencerás el vicio.

Mientras estamos en este frágil cuerpo no podemos estar sin pecado ni vivir sin fatiga y dolor.

De buena gana tendríamos descanso de toda miseria; pero como por el pecado perdimos la inocencia, hemos perdido también la verdadera felicidad.

Por eso nos importa tener paciencia y esperar la misericordia de Dios, hasta que se acabe la malicia y la muerte destruya esta vida.

6. ¡Oh; cuanta es la flaqueza humana, que siempre está inclinada á los vicios!

Hoy confiesas tus pecados, y mañana vuelves á cometer lo confesado.

Ahora propones de guardarte, y de aquí á una hora obras como si nada hubieras propuesto.

Con mucha razón, pues, podemos humillarnos y no sentir de nosotros cosa grande, pues somos tan flacos y tan mudables.

Presto se pierde por descuido lo que con mucho trabajo dificultosamente se ganó por gracia.

7. ¿Qué será de nosotros al fin, pues ya tan temprano estamos tibios? ¡Ay de nosotros si así queremos ir al descanso, como si ya tuviésemos paz y seguridad, cuando aún no parece señal de verdadera santidad en nuestra conversión!

Bien sería necesario que aún fuésemos instruidos otra vez como dóciles novicios en las buenas costumbres, si por ventura hubiese esperanza de alguna futura enmienda y de mayor aprovechamiento espiritual.

CAPÍTULO XXIII

De la meditación de la muerte.

1. Muy presto será contigo este negocio: mira cómo te has de componer. Hoy es el hombre, y mañana no parece.

En quitándolo de la vista, se va presto también de la memoria.

¡Oh torpeza y dureza del corazón humano, que solamente piensa en lo presente sin cuidado de lo porvenir!

Así habías de conducirte en toda obra y pensamiento como si hoy hubieses de morir.

Si tuvieses buena conciencia, no temerías mucho la muerte.

Mejor fuera evitar los pecados que huir la muerte.

Si no estás dispuesto hoy, ¿cómo lo estarás mañana?

Mañana es día incierto; ¿y qué sabes si amanecerás mañana?

2. ¿Qué aprovecha vivir mucho, cuando tan poco nos enmedamos?

¡Ah! La larga vida no siempre nos enmienda, antes muchas veces añade pecados.

¡Ojalá hubiéramos vivido siquiera un día bien en este mundo!

Muchos cuentan los años de su conversión, pero muchas veces es poco el fruto de la enmienda.

Si es temeroso el morir, puede ser que sea más peligroso el vivir mucho.

Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte delante de los ojos y se dispone cada día á morir.

Si has visto alguna vez morir á un hombre, piensa que por aquella carrera has de pasar.

3. Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás á la noche, y cuando fuere de noche, no te atrevas á prometer ver la mañana.

Por eso está siempre prevenido, y vive de tal manera que nunca te halle la muerte desapercibido.

Muchos mueren de repente: *porque en la hora que no se piensa vendrá el Hijo del hombre*.

Cuando viniere aquella hora postrera, de otra suerte comenzarás á sentir de toda tu vida pasada, y te dolerás mucho de haber sido tan negligente y perezoso.

4. ¡Qué bienaventurado y prudente es el que vive de tal modo cual desea le halle Dios en la hora de la muerte!

El perfecto desprecio del mundo, el ardiente deseo de aprovechar en las virtudes, el amor de la austeridad, el trabajo de la penitencia, la prontitud de la obediencia, el renunciarse á sí mismo, la paciencia en toda adversidad por amor de Nuestro Señor Jesucristo, gran confianza le darán de morir felizmente.

Muchas cosas buenas podrías hacer mientras estás sano; pero cuando enfermo no sé qué podrás.

5. No confíes en amigos ni en vecinos, ni dilates para después tu salvación; porque más presto de lo que piensas estarás olvidado de los hombres.

Mejor es ahora con tiempo prevenir algunas buenas obras que envíes adelante, que esperar en el socorro de otros.

Si tú no eres solícito para ti ahora, ¿quién tendrá cuidado de ti después?

Ahora es el tiempo muy precioso; *ahora son los días de salud; ahora es el tiempo aceptable*.

Pero, ¡ay dolor!, que lo gastas sin aprovecharte, pudiendo en él ganar para vivir eternamente.

Vendrá cuando desearas un día ó una hora para enmendarte, y no sé si te será concedida.

6. ¡Oh hermano! ¡De cuánto peligro podías librarte y de cuán grave espanto salir si estuvieras siempre temeroso de la muerte y preparado para ella!

Trata ahora de vivir de modo que en la hora de la muerte puedas más bien alegrarte que temer.

Aprende ahora á morir al mundo, para que entonces comiences á vivir con Cristo.

Aprende ahora á despreciarlo todo, para que entonces puedas libremente ir á Cristo.

Castiga ahora tu cuerpo con penitencia para que entonces puedas tener confianza cierta.

7. ¡Oh necio! ¿Por qué piensas vivir mucho, no teniendo un día seguro?

¡Cuántos que pensaban vivir mucho se han engañado y han sido separados del cuerpo cuando no lo esperaban!

¿Cuántas veces oíste contar que uno murió á cuchillo, otro se ahogó, otro cayó de alto y se quebró la cabeza, otro comiendo se quedó pasmado, á otro jugando le vino su fin?

Uno murió con fuego, otro con hierro, otro de peste, otro pereció á manos de ladrones; y así, la muerte es fenecimiento de todos, y la vida de los hombres se pasa como sombra rápidamente.

8. ¿Quién se acordará de ti, y quién rogará por ti después de muerto?

Haz ahora, hermano, lo que pudieres, que no sabes cuándo morirás ni lo que te acaecerá después de la muerte.

Ahora que tienes tiempo, atesora riquezas inmortales.

Nada pienses fuera de tu salvación, y cuida solamente de las cosas de Dios.

Granjéate ahora amigos venerando á los Santos de Dios é imitando sus obras, *para que cuando salieres* de esta vida *te reciban en las moradas eternas*.

9. Trátate como huésped y peregrino sobre la Tierra, á quien no le va nada en los negocios del mundo.

Guarda tu corazón libre y levantado á Dios, porque aquí no tienes domicilio permanente.

Á Él dirige tus oraciones y gemidos cada día con lágrimas, por que merezca tu espíritu después de la muerte pasar dichosamente al descanso del Señor. Amén.

CAPÍTULO XXIV

Del juicio y penas de los pecadores.

1. Mira el fin en todas las cosas y de qué suerte estarás delante de aquel juez justísimo, al cual no hay cosa encubierta, ni se amansa con dádivas, ni admite excusas, sino que juzgará justísimamente.

¡Oh ignorante y miserable pecador! ¿Qué responderás á Dios, que sabe todas tus maldades, tú que temes á veces el rostro de un hombre airado?

¿Por qué no te previenes para el día del Juicio, cuando no habrá quien defienda ni ruegue por otro, sino que cada uno tendrá bastante que hacer por sí?

Ahora tu trabajo es fructuoso, tu llanto, aceptable, tus gemidos se oyen, tu dolor es satisfactorio y justificativo.

2. Aquí tiene grande y saludable purgatorio el hombre sufrido que, recibiendo injurias, se duele más de la malicia del injuriador que de su propia ofensa; que ruega á Dios voluntariamente por sus contrarios, y de corazón perdona los agravios, y no se detiene en pedir perdón á cualquiera; que más fácilmente tiene misericordia, que se indigna; que se hace fuerza muchas veces y procura sujetar del todo la carne al espíritu.

Mejor es purgar ahora los pecados y cortar los vicios que dejar el purgarlos para lo venidero.

Por cierto, nos engañamos á nosotros mismos por el amor desordenado que tenemos á la carne.

3. ¿En qué otra cosa se cebará aquel fuego sino en tus pecados?

Cuando más te perdonas ahora á ti mismo y sigues á la carne, tanto más gravemente serás después atormentado, pues guardarás mayor materia para quemarte. En lo mismo que más peca el hombre será más gravemente castigado.

Allí los perezosos serán punzados con aguijones ardientes, y los golosos serán atormentados con gravísima hambre y sed.

Allí los lujuriosos y amadores de deleites serán rociados con ardiente pez y hediondo azufre, y los envidiosos aullarán de dolor como rabiosos perros.

4. No hay vicio que no tenga su propio tormento.

Allí los soberbios estarán llenos de confusión, y los avarientos serán oprimidos con miserable necesidad.

Allí será más grave pasar una hora de pena que aquí cien años de penitencia amarga.

Allí no hay sosiego ni consolación para los condenados; mas aquí cesan algunas veces los trabajos, y se goza del consuelo de los amigos.

Ten ahora cuidado y dolor de tus pecados, para que en el día del Juicio estés seguro con los bienaventurados.

Pues entonces *estarán los justos con gran constancia contra los que los angustiaron y persiguieron.*

Entonces estará para juzgar el que aquí se sujetó humildemente al juicio de los hombres.

Entonces tendrá mucha confianza el pobre y humilde; mas el soberbio por todos lados se estremecerá.

5. Entonces se verá que el verdadero sabio en este mundo fué aquel que por Cristo aprendió á ser necio y menospreciado.

Entonces agradará toda tribulación sufrida con paciencia, y toda maldad *no despegará los labios.*

Entonces se alegrarán todos los devotos y se entristecerán todos los disolutos.

Entonces se alegrará más la carne afligida que la que siempre vivió en deleites.

Entonces resplandecerá el vestido despreciado, y parecerá vil el precioso.

Entonces será más alabada la pobre casilla que el ostentoso palacio.

Entonces ayudará más la constante paciencia que todo el poder del mundo.

Entonces será más ensalzada la simple obediencia que toda la sagacidad del siglo.

6. Entonces alegrará más la pura y buena conciencia que la docta filosofía.

Entonces se estimará más el desprecio de las riquezas que todo el tesoro de los ricos de la Tierra.

Entonces te consolarás más de haber orado con devoción que de haber comido delicadamente.

Entonces te alegrarás más de haber guardado silencio que de haber conversado mucho.

Entonces te aprovecharán más las obras santas que las palabras floridas.

Entonces agradará más la vida estrecha y la rigurosa penitencia que todos los deleites terrenos.

Aprende ahora á padecer en lo poco, para que entonces seas libre de lo muy grave.

Prueba aquí primero de lo que podrás después.

Si ahora no puedes padecer levemente, ¿cómo podrás después sufrir los tormentos eternos?

Si ahora una pequeña penalidad te hace tan impaciente, ¿qué hará entonces el Infierno?

De verdad no puedes tener dos gozos, deleitarte en este mundo y después reinar en el cielo con Cristo.

7. Si hasta ahora hubieses vivido en honores y deleites y te llegase la muerte, ¿qué te aprovecharía todo lo pasado?

Todo, pues, es vanidad, sino amar á Dios y servirle á Él solo.

Porque los que aman á Dios de todo corazón no temen la muerte, nel tormento, ni el Juicio, ni el Infierno, *pues el amor perfecto tiene segura entrada para Dios.*

Mas quien se deleita en pecar no es maravilla que tema la muerte y el Juicio.

Bueno es, no obstante, que si el amor no nos desvía de lo malo, por lo menos el temor del Infierno nos refrene.

Pero el que pospone el temor de Dios no puede durar mucho tiempo en el bien, sino que caerá muy presto en los lazos del Demonio.

CAPÍTULO XXV

De la fervorosa enmienda de toda nuestra vida.

1. Vela con mucha diligencia en el servicio de Dios, y piensa de ordinario á qué viniste, y por qué dejaste el mundo.

¿No es, por ventura, con el fin de vivir para Dios y ser hombre espiritual?

Corre, pues, con fervor á la perfección, que presto recibirás el galardón de tus trabajos, y no habrá de ahí adelante temor ni dolor en tu fin.

Ahora trabajarás un poco, y hallarás después gran descanso, y aun perpetua alegría.

Si permaneces fiel y fervoroso en obrar, sin duda, será Dios fiel y rico en pagar.

Ten firme esperanza de que alcanzarás victoria; mas no conviene tener seguridad, porque no aflojes ni te ensoberbezcas.

2. Se hallaba uno lleno de congoja luchando entre el temor y la esperanza: un día cargado de tristeza entró en la iglesia y se postró delante del altar en oración, y meditando en su corazón varias cosas,

dijo: ¡Oh! ¡Si supiese que había de perseverar! Y luego oyó en lo interior la divina respuesta: ¿Qué harías si eso supieses? Haz ahora lo que entonces quisieras hacer, y estarás seguro.

Y en aquel punto, consolado y confortado, se ofreció á la divina voluntad, y cesó su congojosa turbación.

Y no quiso escudriñar curiosamente para saber lo que había de sucederle, sino que anduvo con mucho cuidado de saber lo que fuese la voluntad de Dios y á sus divinos ojos más agradable y perfecto, para comenzar y perfeccionar toda buena obra.

3. El Profeta dice: *Espera en el Señor, y haz bondad, y habita en la Tierra, y serás apacentado en sus riquezas.*

Detiene á muchos en el fervor de su aprovechamiento el espanto de la dificultad ó el trabajo de la pelea.

Ciertamente, aprovechan más en las virtudes aquellos que más varonilmente ponen todas sus fuerzas para vencer las que les son más graves y contrarias.

Porque allí aprovecha el hombre más y alcanza mayor gracia adonde más se vence á sí mismo y se mortifica el espíritu.

4. Pero no todos tienen igual ánimo para vencer y mortificarse.

No obstante, el diligente y celoso de su aprovechamiento más fuerte será para la perfección, aunque tenga muchas pasiones, que el de buen natural, si pone poco cuidado en las virtudes.

Dos cosas especialmente ayudan mucho á enmendarse, es á saber: desviarse con esfuerzo de aquello á que le inclina la naturaleza viciosamente, y trabajar con fervor por el bien que más le falta.

Trabaja también en vencer y evitar lo que de ordinario te desagrada en tus prójimos.

5. Mira que te aproveches dondequiera; y si vieres y oyeres buenos ejemplos, anímate á imitarlos.

Mas si vieres alguna cosa digna de represión, guárdate de hacerla; y si alguna vez la hiciste, procura enmendarte luego.

Así como tú miras á los otros, así los otros te miran á ti.

¡Oh! ¡Cuán alegre y dulce cosa es ver los devotos y fervorosos hermanos con santas costumbres y en observante disciplina!

¡Cuán triste y penoso es verlos andar desordenados y que no hacen aquello á que son llamados por su vocación!

¡Oh! ¡Cuán dañoso es ser negligentes en el propósito de su llamamiento, y ocuparse en lo que no les mandan!

6. Acuérdate de la profesión que tomaste, y proponte por modelo al Crucificado.

Bien puedes avergonzarte mirando la vida de Jesucristo, porque aún no estudiaste á conformarte más con Él, aunque ha muchos años que estás en el camino de Dios.

El religioso que se ejercita intensa y devotamente en la santísima vida y pasión del Señor, halla allí todo lo útil y necesario cumplidamente para sí, y no hay necesidad de que busque cosa mejor fuera de Jesús.

¡Oh! ¡Si viniese á nuestro corazón Jesús crucificado, cuán presto y cumplidamente seríamos enseñados!

7. El fervoroso religioso acepta todo lo que le mandan, y lo lleva muy bien.

El negligente y tibio tiene tribulación sobre tribulación, y de todas partes padece angustia, porque carece de la consolación interior y no le dejan buscar la exterior.

El religioso que vive fuera de la observancia, cerca está de caer gravemente.

El que busca vivir más ancho y descuidado siempre estará en angustias, porque lo uno y lo otro le descontentará.

8. ¿Cómo lo hacen tantos religiosos que están encerrados en la observancia del monasterio?

Salen pocas veces, viven abstraídos, comen pobremente, visten ropa basta, trabajan mucho, hablan poco, velan largo tiempo, madrugan muy temprano, tienen continuas horas de oración, leen á menudo, y guardan en todo exacta disciplina.

Mira cómo los cartujos, los cistercienses y los monjes y monjas de diversas Órdenes se levantan cada noche á alabar al Señor.

Y por eso sería cosa torpe que tú emperezases en

obra tan santa, donde tanta multitud de religiosos comienzan á alabar á Dios.

9. ¡Oh! ¡Si nunca hubiésemos de hacer otra cosa sino alabar al Señor nuestro Dios con todo el corazón y con la boca!

¡Oh! ¡Si nunca tuvieses necesidad de comer, beber y dormir, sino que siempre pudieses alabar á Dios y solamente ocuparte en cosas espirituales!

Entonces serías mucho más dichoso que ahora cuando sirves á la necesidad de la carne.

¡Pluguiese á Dios que no tuviésemos estas necesidades, sino solamente las refacciones espirituales, las cuales gustamos bien raras veces!

10. Cuando el hombre llega al punto de no buscar su consuelo en ninguna criatura, entonces comienza á gustar de Dios perfectamente y está contento de todo lo que le sucede.

Entonces ni se alegra en lo mucho ni se entristece por lo poco; mas pónese entera y fielmente en Dios, el cual le es todo en todas las cosas y para quien ninguna perece ni muere, sino que todas viven y le sirven sin tardanza.

11. Acuérdate siempre del fin y de que el tiempo perdido jamás vuelve. Nunca alcanzarás las virtudes sin cuidado y diligencia.

Si comienzas á ser tibio, comenzará á irte mal.

Mas si te excitares al fervor, hallarás gran paz, y sentirás el trabajo muy ligero por la gracia de Dios y por el amor de la virtud.

El hombre fervoroso y diligente á todo está dispuesto.

Mayor trabajo es resistir á los vicios y pasiones que sudar en los trabajos corporales.

El que no evita los defectos pequeños, poco á poco cae en los grandes.

Te alegrarás siempre á la noche si gastares bien el día.

Vela sobre ti, despiértate á ti, amonestate á ti, y sea de los otros lo que fuere, no te descuides de tí.

Tanto aprovecharás, cuanto más fuerza te hicieres. Amén.



IMITACIÓN DE CRISTO

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

De la conversación interior.

1. Dice el Señor: *El reino de Dios dentro de vosotros está.* Conviértete á Dios de todo corazón, deja ese miserable mundo, y hallará tu alma reposo.

Aprende á menospreciar las cosas exteriores y darte á las interiores, y verás que se viene á ti el reino de Dios.

Pues el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Santo, que no se da á los malos.

Si preparas digna morada interiormente á Jesucristo, vendrá á ti y te mostrará su consolación.

Toda su gloria y hermosura está en lo interior, y allí se está complaciendo.

Su continua visitación es con el hombre interior; con él habla dulcemente, tiene agradable consolación, mucha paz y admirable familiaridad.

2. Ea, pues, alma fiel; prepara tu corazón á este Esposo para que quiera venirse á ti y hablar contigo.

Porque Él dice así: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y vendremos á él y haremos en él nuestra morada.*

Da, pues, lugar á Cristo, y á todo lo demás cierra la puerta.

Si á Cristo tuvieres, estarás rico, y te bastará. Él será tu fiel procurador y te proveerá de todo, de manera que no tendrás necesidad de esperar en los hombres.

Porque los hombres se mudan fácilmente y desfallecen en breve; pero Jesucristo permanece para siempre y está firme hasta el fin.

3. No hay que poner mucha confianza en el hombre frágil y mortal, aunque sea útil y bien querido, ni has de tomar mucha pena si alguna vez fuere contrario ó no te atiende.

Los que hoy son contigo mañana pueden contradecirte, y al contrario, porque muchas veces se vuelven como viento.

Pon en Dios toda tu esperanza, y sea Él tu temor y tu amor. Él responderá por ti, y lo hará bien como mejor convenga.

No tienes aquí domicilio permanente; dondequiera que estuvieres serás extraño y peregrino, y no tendrás nunca reposo si no estuvieres íntimamente unido con Cristo.

4. ¿Qué miras aquí, no siendo éste el lugar de tu descanso?

En los Cielos debe ser tu morada, y como de paso has de mirar todo lo terrestre.

Todas las cosas pasan, y tú también con ellas.

Guárdate de pegarte á ellas por que no seas preso y perezcas.

En el Altísimo pon tu pensamiento, y tu oración sin cesar sea dirigida á Cristo.

Si no sabes contemplar las cosas altas y celestiales, descansa en la pasión de Cristo y habita gustosamente en sus sagradas llagas.

Porque si te acoges devotamente á las llagas y preciosas heridas de Jesús, gran consuelo sentirás en la

tribulación, no harás mucho caso de los desprecios de los hombres, y fácilmente sufrirás las palabras de los maldicientes.

5. Cristo fué también en el mundo despreciado por los hombres, y vivió entre grandes afrentas desamparado de amigos y conocidos y en suma necesidad.

Cristo quiso padecer y ser despreciado; ¿y tú te atreves á quejarte de alguna cosa?

Cristo tuvo adversarios y murmuradores; ¿y tú quieres tener á todos por amigos y bienhechores?

¿Con qué se coronará tu paciencia, si ninguna adversidad se te ofrece?

Si no quieres sufrir ninguna adversidad, ¿cómo serás amigo de Cristo?

Sufre con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo.

6. Si una vez entrases perfectamente en lo secreto de Jesús y gustases un poco de su encendido amor, entonces no tendrías cuidado de tu propio provecho ó daño; antes te holgarías más de las injurias que te hiciesen, porque el amor de Jesús hace al hombre despreciarse á sí mismo.

El amante de Jesús y de la verdad y el hombre verdaderamente interior y libre de las aficiones desordenadas, se puede volver fácilmente á Dios, levantarse sobre sí mismo en el espíritu y descansar gozosamente.

7. Aquel á quien gustan todas las cosas como son, no como se dicen ó estiman, es verdaderamente sabio y enseñado más de Dios que de los hombres.

El que sabe andar dentro de sí y tener en poco las cosas exteriores, no busca lugares ni espera tiempos para darse á ejercicios devotos.

El hombre interior presto se recoge, porque nunca se entrega todo á las cosas exteriores.

No le estorba el trabajo exterior ni la ocupación necesaria á tiempos, sino que así como suceden las cosas se acomoda á ellas.

El que está interiormente bien dispuesto y ordenado, no cuida de los hechos famosos y perversos de los hombres.

Tanto se estorba el hombre y se distrae cuanto atrae á sí las cosas de fuera.

8. Si fueses recto y puro, todo te sucedería bien y con provecho.

Por eso te descontentan y conturban muchas cosas frecuentemente, porque aún no has muerto á ti del todo ni apartado de todas las cosas terrenas.

Nada mancilla ni embaraza tanto el corazón del hombre cuanto el amor desordenado de las criaturas.

Si desprecias las consolaciones de fuera, podrás contemplar las cosas celestiales y gozarte muchas veces dentro de ti.

CAPÍTULO II

De la humilde sumisión.

1. No te importe mucho quién es por ti ó contra ti, sino busca y procura que sea Dios contigo en todo lo que haces.

Ten buena conciencia, y Dios te defenderá.

Al que Dios quiere ayudar no podrá dañarle la malicia de alguno.

Si sabes callar y sufrir, sin duda verás el favor de Dios.

Él sabe el tiempo y el modo de librarte, y por eso te debes ofrecer á Él.

Á Dios pertenece ayudar y librar de toda confusión.

Algunas veces conviene mucho, para guardar mayor humildad, que otros sepan nuestros defectos y los reprendan.

2. Cuando un hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca á los otros y sin dificultad satisface á los que le odian.

Dios defiende y libra al humilde, al humilde ama y consuela, al hombre humilde se inclina, al humilde concede gracia, y después de su abatimiento le levanta á gran honra.

Al humilde descubre sus secretos, le trae dulcemente á Sí y le convida.

El humilde, recibida la afrenta, está en paz, porque está en Dios, y no en el mundo.

No pienses haber aprovechado algo si no te estimas por el más inferior de todos.

CAPÍTULO III

Del hombre bueno y pacífico.

1. Ponte primero á ti en paz, y después podrás apaciguar á los otros.

El hombre pacífico aprovecha más que el muy letrado.

El hombre apasionado aun el bien lo convierte en mal, y de ligero cree lo malo.

El hombre bueno y pacífico todas las cosas las echa á la buena parte.

El que está en buena paz de ninguno sospecha.

El descontento y alterado con diversas sospechas se atormenta; ni él sosiega, ni deja descansar á los otros.

Dice muchas veces lo que no debiera, y deja de hacer lo que más le convendría.

Piensa lo que otros deben hacer, y deja él sus obligaciones.

Ten, pues, primero celo contigo, y después podrás tener buen celo con el prójimo.

2. Tú sabes excusar y disimular muy bien tus faltas, y no quieres oir las disculpas ajenas.

Más justo sería que te acusases á tí y excusases á tu hermano.

Sufre á los otros, si quieres que te sufran.

Mira cuán lejos estás aún de la verdadera caridad y humildad, la cual no sabe desdeñar y airarse sino contra sí.

No es mucho conversar con los buenos y mansos, pues esto á todos da gusto naturalmente, y cada uno de buena gana tiene paz y ama á los que concuerdan con él.

Pero poder vivir en paz con los duros, perversos y mal acondicionados y con quien nos contradice, grande gracia es, y acción varonil y loable.

3. Hay algunos que tienen paz consigo, y también con los otros.

Otros hay que ni la tienen consigo ni la dejan tener á los demás: molestos para los otros, lo son para sí mismos.

Y hay otros que tienen paz consigo y trabajan en reducir á la paz á los otros.

Pues toda nuestra paz en esta miserable vida está puesta más en el sufrimiento humilde que en dejar de sentir contrariedades.

El que sabe mejor padecer, tendrá mayor paz. Éste es el vencedor de sí mismo y señor del mundo, amigo de Cristo y heredero del Cielo.

CAPÍTULO IV

Del corazón puro y sencilla intención.

1. Con dos alas se levanta el hombre de las cosas terrenas, que son sencillez y pureza.

La sencillez ha de estar en la intención, y la pureza, en la afición.

La sencillez pone la intención en Dios; la pureza le reconoce y gusta.

Ninguna buena obra te impedirá si interiormente estuvieres libre de todo desordenado deseo.

Si no piensas ni buscas sino el beneplácito divino y el provecho del prójimo, gozarás de interior libertad.

Si fuese tu corazón recto, entonces te sería toda criatura espejo de vida y libro de santa dotrina.

No hay criatura tan baja ni pequeña que no represente la bondad de Dios.

2. Si tú fueses bueno y puro en lo interior, luego verías y entenderías bien todas las cosas sin impedimento.

El corazón puro penetra al Cielo y al Infierno.

Cual es cada uno en lo interior, tal juzga lo de fuera.

Si hay gozo en el mundo, el hombre de puro corazón le posee.

Y si en algún lugar hay tribulación y congojas, es donde habita la mala conciencia.

Así como el hierro metido en el fuego pierde el orín y se pone todo resplandeciente, así el hombre que enteramente se convierte á Dios se desentorpece y muda en nuevo hombre.

3. Cuando el hombre comienza á entibiarse, entonces teme el trabajo, aunque pequeño, y toma con gusto la consolación exterior.

Mas cuando comienza perfectamente á vencerse y á andar alentadamente en la carrera de Dios, tiene por ligeras las cosas que primero tenía por pesadas.

CAPÍTULO V

De la consideración de sí mismo.

1. No debemos confiar de nosotros grandes cosas, porque muchas veces nos falta la gracia y la discreción.

Poca luz hay en nosotros, y presto la perdemos por nuestra negligencia.

Y muchas veces no sentimos cuán ciegos estamos en el alma.

Muchas veces también obramos mal, y lo excusamos peor.

Á veces nos mueve la pasión, y pensamos que es celo.

Reprendemos en los otros las cosas pequeñas, y tragamos las graves si son nuestras.

Muy presto sentimos y agravamos lo que de otro sufrimos, mas no miramos cuánto enojamos á los otros.

El que bien y rectamente examinare sus obras, no tendrá que juzgar gravemente las ajenas.

2. El hombre recogido antepone el cuidado de sí mismo á todos los cuidados, y el que tiene verdadero cuidado de sí poco habla de otros.

Nunca estarás recogido y devoto si no callares las cosas ajenas y especialmente mirares á ti mismo.

Si del todo te ocupares en Dios y en ti, poco te moverá lo que sientes de fuera.

¿Dónde estás cuando no estás contigo? Y después de haber discurrido por todas las cosas, ¿qué has ganado si de ti te olvidaste?

Si has de tener paz y unión verdadera, conviene que todo lo pospongas y tengas á ti solo delante de tus ojos.

3. Mucho aprovecharás si te guardas libre de todo cuidado temporal.

Muy menguado serás si alguna cosa temporal estimares.

No te parezca cosa alguna alta, ni grande, ni acepta, ni agradable sino Dios puramente, ó lo que sea de Dios.

Ten por vana cualquier consolación que te viniere de alguna criatura.

El alma que ama á Dios desprecia todas las cosas sin Él.

Sólo Dios, eterno é inmenso que todo lo llena, es gozo del alma y alegría verdadera del corazón.

CAPÍTULO VI

La alegría de la buena conciencia.

1. La gloria del hombre bueno es el testimonio de la buena conciencia.

Ten buena conciencia, y siempre tendrás alegría.

La buena conciencia muchas cosas puede sufrir, y muy alegre está en las adversidades.

La mala conciencia siempre está con inquietud y temor.

Suavemente descansarás si tu corazón no te reprende.

No te alegres sino cuando obrares bien.

Los malos nunca tienen alegría verdadera ni sienten paz interior, porque dice el Señor: *No tienen paz los malos.*

Y si dijeren: En paz estamos, no vendrá mal sobre nosotros, ¿quién se atreverá á ofendernos? No los creas, porque de repente se levantará la irá de Dios, y pararán en nada sus obras y perecerán sus pensamientos.

2. No es dificultoso al que ama gloriarse en la tribulación, porque gloriarse de esta suerte es gloriarse en la cruz del Señor.

Breve es la gloria que se da y recibe de los hombres.

La gloria del mundo siempre va acompañada de tristeza.

La gloria de los buenos está en su conciencia, y no en la boca de los hombres.

La alegría de los justos es de Dios y en Dios, y su gozo es la verdad.

El que desea la verdadera y eterna gloria no hace caso de la temporal.

Y el que busca la gloria temporal ó no la desprecia de corazón, señal es de que ama menos la celestial.

Gran quietud de corazón tiene el que no se le da nada de las alabanzas ni de las afrentas.

3. Fácilmente estará contento y sosegado el que tiene la conciencia limpia.

No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien.

Lo que eres, eso eres; y por más que te estimen los hombres, no puedes ser ante Dios más grande de lo que eres.

Si miras lo que eres dentro de ti, no tendrás cuidado de lo que de ti hablen los hombres.

El hombre ve lo de fuera, mas Dios ve el corazón. El hombre considera las obras, y Dios pesa las intenciones.

Hacer siempre bien y tenerse en poco, señal es de un alma humilde.

No querer consolación de criatura alguna, señal es de gran pureza y de cordial confianza.

4. El que no busca la aprobación de los hombres, claramente muestra que se entregó del todo á Dios.

Porque dice San Pablo: *No el que se alaba á sí mismo es aprobado, sino el que Dios alaba.*

Andar en lo interior con Dios y no embarazarse de fuera con alguna afición, estado es de varón espiritual.

CAPÍTULO VII

Del amor de Jesús sobre todas las cosas.

1. Bienaventurado el que conoce lo que es amar á Jesús y despreciarse á sí mismo por Jesús.

Conviene dejar un amado por otro amado, porque Jesús quiere ser amado sobre todas las cosas.

El amor de la criatura es engañoso y mudable; el amor de Jesús es fiel y durable.

El que se llega á la criatura, caerá con lo caedizo; el que abraza á Jesús, afirmará en Él para siempre.

Ama á Jesús y tenle por amigo, que aunque todos te desamparen, Él no te desamparará ni te dejará perecer en el fin.

De todos has de ser desamparado alguna vez, ora quieras ó no.

2. Ten fuertemente con Jesús viviendo y muriendo y encomiéndate á su fidelidad, que Él solo puede ayudarte cuando todos te faltaren.

Tu amado es de tal condición, que no quiere consigo admitir á otro; mas Él solo quiere tener tu corazón y como Rey sentarse en su propia silla.

Si tú supieses bien desocuparte de toda criatura, Jesús morará de buena gana contigo.

Hallarás casi todo perdido cuanto pusieres en los hombres fuera de Jesús.

No confíes ni estribes sobre la caña vacía, porque toda carne es heno, y toda su gloria caerá como flor de heno.

3. Si mirares solamente la apariencia de fuera de los hombres, presto serás engañado.

Porque si tú buscas tu descanso y ganancia en otros, muchas veces sentirás daño: si en todo buscas á Jesús, hallarás de verdad á Jesús; mas si te buscas á ti mismo, también te hallarás, pero para tu daño.

Pues más se daña el hombre á sí mismo si no busca á Jesús que todo el mundo y todos sus enemigos pueden dañarle.

CAPÍTULO VIII

De la familiar amistad de Jesús.

1. Cuando Jesús está presente, todo es bueno y no parece cosa difícil; mas cuando está ausente, todo es duro.

Cuando Jesús no habla dentro, vil es la consolación; mas si Jesús habla una sola palabra, gran consolación se siente.

¿No se levantó María Magdalena luego del lugar donde lloró cuando le dijo Marta: El Maestro está aquí y te llama?

¡Oh; bienaventurada hora cuando el Señor Jesús llama de las lágrimas al gozo del espíritu!

¡Cuán seco y duro eres sin Jesús! ¡Cuán necio y vano si codicias algo fuera de Jesús! Dime: ¿no es esto peor daño que si todo el mundo perdieses?

2. ¿Qué puede dar el mundo sin Jesús? Estar sin

Jesús es grave infierno; estar con Jesús es dulce paraíso.

Si Jesús estuviere contigo, ningún enemigo podrá dañarte.

El que halla á Jesús halla un buen tesoro y de verdad bueno sobre todo bien, y el que pierde á Jesús pierde muy mucho, y más que todo el mundo.

Pobrísimo es el que vive sin Jesús, y riquísimo es el que está bien con Jesús.

3. Muy grande arte es saber conversar con Jesús, y gran prudencia saber tener á Jesús.

Sé humilde y pacífico, y será contigo Jesús; sé devoto y sosegado, y permanecerá contigo Jesús.

Presto puedes echar de ti á Jesús y perder su gracia si te pegas á las cosas exteriores.

Si destierras de ti á Jesús y le pierdes, ¿adónde irás? ¿Á quién buscarás por amigo?

Sin amigo no puedes vivir contento; y si no fuere Jesús tu especialísimo amigo, estarás muy triste y desconsolado.

Pues locamente lo haces si en otro alguno confías y te alegras. Más se debe escoger tener todo el mundo contrario que estar ofendido con Jesús.

Pues sobre todos tus amigos sea Jesús amado singularísimamente.

4. Ama á todos por amor de Jesús, y á Jesús por sí mismo: sólo á Jesucristo se debe amar singularísimamente, porque Él sólo se halla bueno y fidelísimo, más que todos los amigos.

Por Él y en Él debes amar á los amigos y á los enemigos, rogarle por todos para que le conozcan y le amen.

Nunca codicies ser loado ni amado singularmente, porque eso á sólo Dios pertenece, que no tiene igual: ni quieras que alguno se ocupe contigo en su corazón, ni tú te ocupes en amor de alguno; mas sea Jesús en ti y en todo hombre bueno.

5. Sé puro y libre interiormente sin ocupación de criatura alguna.

Es menester llevar á Dios un corazón desnudo y puro si quieres descansar y ver cuán suave es el Señor.

Y verdaderamente no llegarás á esto si no fueres

prevenido y traído de su gracia, para que, dejadas y echadas fuera todas las cosas, seas unido con Él solo.

Pues cuando viene la gracia de Dios al hombre, entonces se hace poderoso para toda cosa; y cuando se va, será pobre y enfermo y como abandonado á las penas y castigos.

En estas cosas no debes desmayar ni desesperar, mas estar constante á la voluntad de Dios y sufrir con igual ánimo todo lo que viniere á la gloria de Jesucristo.

Porque después del invierno viene el verano, y después de la noche vuelve el día, y pasada la tempestad viene gran serenidad.

CAPÍTULO IX

Del carecimiento de toda consolación.

1. No es grave cosa despreciar la humana consolación cuando tenemos la divina.

Gran cosa es y muy grande ser privado y carecer de consuelo divino y humano, y querer sufrir de gana destierro de corazón por la honra de Dios, y en ninguna cosa buscarse á sí mismo ni mirar á su propio merecimiento.

¡Qué gran cosa es, si estás alegre y devoto, cuando viene la gracia de Dios! Esta hora todos la desean.

Muy suavemente camina aquel á quien llama la gracia de Dios.

¡Y qué maravilla si no siente carga el que es llevado del Omnipotente y guiado por el soberano guiador!

2. Muy de gana tomamos algún pasatiempo, y con dificultad se desnuda el hombre de sí mismo.

El mártir San Lorenzo venció al mundo y al afecto que tenía por su sacerdote, porque despreció todo lo que en el mundo parecía deleitable, y sufrió con paciencia, por amor de Cristo, que le fuese quitado Sixto, el Sumo Sacerdote de Dios, á quien él amaba mucho.

Pues así con el amor de Dios venció al amor del

hombre, y trocó el acontecimiento humano por el buen placer divino.

Así, aprende tú á dejar algún pariente ó amigo por amor de Dios, y no te parezca grave cuando te dejare tu amigo, sabiendo que es necesario que nos apartemos al fin unos de otros.

3. Mucho y de continuo conviene que pelee el hombre consigo mismo antes que aprenda á vencerse del todo y traer á Dios cumplidamente todo su deseo.

Cuando el hombre se está en sí mismo, de ligero se desliza en las consolaciones humanas.

Mas el verdadero amador de Cristo y estudioso imitador de las virtudes no se arroja á las consolaciones ni busca tales dulzuras sensibles; mas antes procura fuertes ejercicios y sufrir por Cristo duros trabajos.

4. Así, cuando Dios te diere la consolación espiritual, recíbela con hacimiento de gracias; mas entiende que es don de Dios, y no merecimiento tuyo.

No quieras ensalzarte ni alegrarte demasiado ni presumir vanamente; mas humíllate por el don recibido y sé más avisado y temeroso en todas tus obras, porque se pasará aquella hora, y vendrá la tentación.

Cuando te fuere quitada la consolación, no desesperes luego; mas espera con humildad y paciencia la visitación celestial, porque poderoso es Dios para tornarte mucho mayor consolación.

Esto no es cosa nueva ni ajena de los que han experimentado el camino de Dios, porque en los grandes Santos y antiguos Profetas acaeció muchas veces esta manera de mudanza.

5. Por eso decía uno cuando tenía presente la gracia: Yo dije en mi abundancia: no seré movido ya para siempre. Y ausente la gracia, añade lo que experimentó en sí, diciendo: Volviste tu rostro, y fuí lleno de turbación.

Mas, por cierto, entre estas cosas no desespera, sino con mayor instancia ruega á Dios, y dice: Á Ti, Señor, llamaré, y á mi Dios rogaré. Y al fin alcanza el fruto de su oración, y confirma ser oído, diciendo: Oyóme el Señor, y tuvo misericordia de mí; el Señor es hecho mi ayudador.

Mas ¿en qué? Volviste, dice, mi llanto en gozo, y cercásteme de alegría.

Y si así se hizo con los grandes Santos, no debemos nosotros, enfermos y pobres, desconfiar si algunas veces estamos en fervor de devoción y á veces tibios y fríos.

Porque el espíritu se viene y se va según la divina voluntad.

Por eso dice el bienaventurado Job: Visitasle en la mañana, y súbito le pruebas.

6. Pues ¿sobre qué puedo esperar ó en quién debo confiar sino solamente en la gran misericordia de Dios y en la esperanza de la gracia celestial?

Pues aunque esté cercado de hombres buenos, ó de hermanos devotos, ó de amigos fieles, ó de libros santos ó tratados lindos, ó de cantos suaves é himnos, todo aprovecha poco y tiene poco sabor cuando soy desamparado de la gracia y dejado en mi propia pobreza.

Entonces no hay mejor remedio que la paciencia y, negándome á mí mismo, ponerme en la voluntad de Dios.

7. Nunca hallé hombre tan religioso y devoto que alguna vez no tuviese apartamiento de la consolación divina ó sintiese diminución del fervor.

Ningún Santo fué tan altamente arrebatado y alumbrado que antes ó después no haya sido tentado.

Pues no es digno de la alta contemplación de Dios el que no es ejercitado en alguna tribulación.

Porque suele ser la tentación precedente señal de que vendrá la consolación.

Que á los probados en tentación es prometida la consolación celestial.

Al que venciere, dice, daré á comer del árbol de la vida.

8. Dase también la divina consolación para que el hombre sea más fuerte para sufrir las adversidades.

Y también se sigue la tentación por que no se ensoberbezca del bien.

El Demonio no duerme, y la carne no está aún muerta: por eso no ceses de prepararte á la batalla. Á la diestra y á la siniestra están los enemigos, que nunca descansan.

CAPÍTULO X

Del agradecimiento por la gracia de Dios.

1. ¿Para qué buscas descanso, pues naciste para el trabajo?

Ponte á paciencia más que á consolación, y á llevar cruz más que á tener alegrías.

¿Qué hombre del mundo no tomaría de muy buena gana la consolación y la alegría espiritual si siempre pudiese tenerla?

Porque las consolaciones espirituales exceden á todos los placeres del mundo y á los deleites de la carne.

Porque todos los deleites del mundo son torpes ó vanos; mas los deleites espirituales sólo son alegres y honestos, engendrados de las virtudes é infundidos por Dios en los corazones limpios.

Mas no puede ninguno usar de continuo de estas consolaciones divinas como quiere, porque el tiempo de la tentación pocas veces cesa.

2. Muy contraria es á la soberana visitación la falsa libertad del alma y la gran confianza de sí.

Bien hace Dios dando la gracia de la consolación; pero el hombre hace mal no atribuyéndolo todo á Dios haciéndole gracia.

Y por eso no abundan en nosotros los dones de la gracia, porque somos ingratos al Hacedor y no lo atribuimos todo á la fuente original.

Porque siempre se debe gracia al que dignamente es agradecido, y es quitado al soberbio lo que se suele dar al humilde.

3. No quiero consolación que me quite la compunción, ni deseo contemplación que me lleve en soberbia.

Pues no es santo todo lo alto, ni todo lo dulce bueno, ni todo deseo puro, ni todo lo que amamos agradable á Dios.

De grado acepto yo la gracia que me haga más humilde y temeroso y me disponga más á renunciarme á mí.

El enseñado con el don de la gracia y avisado con el escarmiento de haberla perdido, no osará

atribuirse á sí bien alguno; mas antes confesará ser pobre y desnudo.

Da á Dios lo que es de Dios, y atribuye á ti lo que es tuyo: esto es, da gracias á Dios por la gracia y sólo á ti atribuye la culpa, y conoce serte debida por la culpa dignamente la pena.

4. Ponte siempre en lo más bajo, y se te dará lo más alto; porque no está lo muy alto sin lo más bajo. Los grandes Santos cerca de Dios, son pequeños cerca de sí; y cuanto más gloriosos, tanto en sí más humildes.

Los llenos de verdad y de gloria celestial no son codiciosos de gloria vana.

Los que están fundados y confirmados en Dios en ninguna manera pueden ser soberbios.

Y los que atribuyen á Dios todo cuanto bien reciben no buscan ser loados unos de otros; mas quieren la gloria que de sólo Dios viene, y codician que sea Dios glorificado sobre todos, en Sí mismo y en todos los Santos, y siempre tienen esto por fin.

5. Pues sé agradecido en lo poco, y serás digno de recibir cosas mayores.

Ten en muy mucho lo poco, y lo más despreciado, por singular don.

Si miras á la dignidad del dador, ningún don te parecerá pequeño ó vil.

Por cierto, no es poco lo que el Soberano Dios da.

Y aunque da penas y castigos, debemos agradecérselo, que siempre es para nuestra salud todo lo que permite que nos venga.

El que desea guardar la gracia de Dios agradézcale la gracia que le ha dado, y sufra con paciencia cuando le fuere quitada.

Haga oración continua para que le sea tornada, y sea cauto y humilde para que no la pierda.

CAPÍTULO XI

Cuán pocos son los que aman la Cruz de Cristo.

1. Jesucristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial, mas muy pocos que lleven su cruz.

Tiene muchos que desean la consolación, y muy pocos que quieran la tribulación.

Muchos compañeros halla para la mesa, y pocos para la abstinencia.

Todos quieren gozar con Él, mas pocos quieren sufrir algo por Él.

Muchos siguen á Jesús hasta el partir del pan, mas pocos hasta beber el cáliz de la pasión.

Muchos honran sus milagros, mas pocos siguen el vituperio de la cruz.

Muchos aman á Jesús cuando no hay adversidades.

Muhos le alaban y bendicen en el tiempo que reciben de Él algunas consolaciones; mas si Jesús se escondiese y los dejase un poco, luego se quejarían ó desesperarían mucho.

2. Mas los que aman á Jesús por el mismo Jesús, y no por alguna propia consolación suya, bendícenle en toda la tribulación y angustia del corazón tan bien como en consolación.

Y aunque nunca más quisiese darles consolación, siempre le alabarían y querrían darle gracias.

3. ¡Oh! ¡Cuánto puede el amor puro de Jesús, sin mezcla del propio provecho ó amor!

¿No se pueden llamar propiamente mercenarios los que siempre buscan consolaciones?

¿No se aman á sí mismos más que á Cristo los que de continuo piensan en sus provechos y ganacias?

¿Dónde se hallará alguno tal que quiera servir á Dios de balde?

4. Pocas veces se halla ninguno tan espiritual que esté desnudo de todas las cosas.

¿Pues quién hallará el verdadero pobre de espíritu y desnudo de toda criatura?

Es tesoro inestimable y de lejanas tierras.

Si el hombre diere su hacienda toda, aún no es nada.

Si hiciera gran penitencia, aún es poco.

Aunque tenga toda la ciencia, aún está lejos; y si tuviere gran virtud y muy ferviente devoción, aún le falta mucho: le falta la cosa que es más necesaria.

Y esta, ¿cuál es? Que, dejadas todas las cosas, deje á sí mismo, y salga de sí del todo, y no le quede nada del amor propio.

Y cuando ha hecho todo lo que conociere que debe hacer, aún piense no haber hecho nada.

5. No tenga en mucho que puedan estimarle por grande; mas llámese en la verdad siervo sin provecho, como dice Jesucristo.

Cuando hubiereis hecho todo lo que os está mandado, aún decid: Siervos somos sin provecho.

Y así podrás ser pobre y desnudo de espíritu, y decir con el profeta: Porque uno solo y pobre soy.

Ninguno todavía hay más rico, ninguno más poderoso, ninguno más libre que aquel que sabe dejarse á sí y á toda cosa y ponerse en el más bajo lugar.

CAPÍTULO XII

Del camino real de la Santa Cruz.

1.. Esta palabra parece dura á muchos: Niégate á ti mismo, toma tu cruz, y sigue á Jesús. Pero mucho más duro será oir aquella postrera palabra: ¡Apartaos de mí, malditos; al fuego eterno! Pues los que ahora oyen y siguen de buena voluntad la palabra de la cruz, no temerán entonces oir la palabra de la eterna condenación.

Esta señal de la cruz estará en el Cielo cuando el Señor venga á juzgar.

Entonces todos los siervos de la Cruz que se conformaron en la vida con el crucificado, se llegarán á Cristo juez con gran confianza.

2. Pues que así es, ¿por qué teméis tomar la Cruz, por la cual se va al reino?

En la Cruz está la salud, en la Cruz la vida, en la Cruz está la defensa de los enemigos, en la Cruz está la infusión de la suavidad soberana, en la Cruz está la fortaleza del corazón, en la Cruz está el gozo del espíritu, en la Cruz está la suma virtud, en la Cruz está la perfección de la santidad.

No está la salud del alma ni la esperanza de la vida eterna sino en la Cruz.

Toma, pues, tu cruz, sigue á Jesús, é irás á la vida eterna.

Él vino primero y llevó su Cruz, y murió en la Cruz por ti, por que tú también la lleves y desees morir en ella.

Porque si murieres juntamente con Él, vivirás con Él.

Y si fueres compañero de la pena, lo serás también de la gloria.

3. Mira que todo consiste en la Cruz, y todo está en morir en ella.

Y no hay otra vía para la vida y para la verdadera entrañable paz sino la vía de la santa Cruz y continua mortificación.

Ve donde quisieres, busca lo que quisieres, y no hallarás más alto camino en lo alto ni más seguro en lo bajo sino la vía de la santa Cruz.

Dispón y ordena todas las cosas según tu querer y parecer, y no hallarás sino que has de padecer algo, ó de grado ó por fuerza; y así, siempre hallarás la Cruz.

Pues ó sentirás dolor en el cuerpo, ó padecerás tribulación en el espíritu.

4. Á veces te dejará Dios, á veces te perseguirá el prójimo; y lo que peor es, muchas veces te descontentarás de ti mismo, y no serás aliviado ni refrigerado con ningún remedio ni consuelo; mas conviene que sufras hasta cuando Dios quisiere.

Porque quiere Dios que aprendas á sufrir la tribulación sin consuelo, y que te sujetes del todo á Él, y te hagas más humilde con la tribulación.

Ninguno siente así de corazón la pasión de Cristo como aquel á quien acaece sufrir cosas semejantes.

Así que la cruz siempre está preparada y te espera en cualquier lugar; no puedes huir dondequiera que estuvieres, porque dondequiera que huyas llevas á ti contigo, y siempre hallarás á ti mismo.

Vuélvete arriba, vuélvete abajo, vuélvete fuera, vuélvete dentro, y en todo esto hallarás cruz. Y es necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior y merecer perpetua corona.

5. Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y te guiará al fin deseado, adonde será el fin del padecer, aunque aquí no lo sea.

Si contra tu voluntad la llevas, cárgaste y hácestela más pesada; y sin embargo, conviene que la sufras.

Si desechas una cruz, sin duda hallarás otra, y puede ser que más grave.

6. ¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo?

¿Quién de los Santos fué en el mundo sin cruz y tribulación?

Nuestro Señor Jesucristo, por cierto, en cuanto vivió en este mundo no estuvo una hora sin dolor de pasión.

Porque convenía, dice, que Cristo padeciese y resucitase de los muertos, y así entrase en su Gloria.

¿Pues cómo buscas tú otro camino sino este camino real, que es la vida de la santa Cruz?

7. Toda la vida de Cristo fué cruz y martirio; ¿y tú buscas para ti holganza y gozo?

Yerras, te engañas si buscas otra cosa sino sufrir tribulaciones; porque toda esta vida mortal está llena de miserias y de toda parte señalada de cruces. Y cuanto más altamente alguno aprovechare en espíritu, tanto más graves cruces hallará muchas veces, porque la pena de su destierro crece más por el amor.

8. Mas este tal, así afligido de tantas maneras, no está sin el alivio de la consolación, porque siente el gran fruto que le crece con llevar su cruz.

Porque cuando se sujeta á ella de su voluntad, toda la carga de la tribulación se convierte en confianza de la divina consolación.

Y cuanto más se quebranta la carne por la aflicción, tanto más se esfuerza el espíritu por la gracia interior.

Y algunas veces tanto es confortado por el afecto de la tribulación y adversidad, por el amor y conformidad de la Cruz de Cristo, que no quiere estar sin dolor y tribulación, porque se tiene por más acepto á Dios cuanto mayores y más graves cosas pudiere sufrir por Él.

Esto no es virtud humana, sino gracia de Cristo, que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye le acometa y acabe con fervor de espíritu.

9. No es según la condición humana llevar la cruz, amar la cruz, castigar el cuerpo, ponerle en servidumbre, huir las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse á sí mismo y desear ser despreciado,

sufrir toda cosa adversa y dañosa, y no desear cosa de prosperidad en este mundo.

Si miras á ti, no podrás por ti cosa alguna de éstas; mas si confías en Dios, Él te enviará fortaleza del Cielo, y hará que te estén sujetos el mundo y la carne.

Y no temerás al Diablo, tu enemigo, si estuvieses armado de fe y señalado con la Cruz de Cristo.

10. Dispónte, pues, como buen y fiel siervo de Cristo, para llevar varonilmente la Cruz de tu Señor, crucificado por tu amor.

Prepárate á sufrir muchas adversidades y diversas incomodidades en esta miserable vida, porque así estará contigo Jesús adondequiera que fueres, y de verdad que le hallarás en cualquier parte que te escondas.

Así conviene que sea, y no hay otro remedio para evadirse del dolor y de la tribulación de los males sino sufrir.

Bebe afectuosamente el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo y tener parte con Él.

Remite á Dios las consolaciones, para que haga con ellas lo que más le agradare.

Pero tú dispónte á sufrir las tribulaciones y estímalas por grandes consuelos, porque no son condignas las pasiones de este tiempo para merecer la gloria venidera, aunque tú solo pudieras sufrirlas todas.

11. Cuando llegares á tanto que la aflicción te sea dulce y gustosa por amor de Cristo, piensa entonces que te va bien, porque hallaste el Paraíso en la Tierra.

Cuando te parece grave el padecer y procuras huirlo, cree que te va mal, y dondequiera que fueres te seguirá la tribulación.

12. Si te dispones para hacer lo que debes, es á saber, sufrir y morir, luego te irá mejor y hallarás paz.

Y aunque fueres arrebatado hasta el tercer Cielo con San Pablo, no estarás por eso seguro de no sufrir alguna contrariedad. *Yo* (dice Jesús) *le mostraré cuántas cosas le convendrá padecer por mi nombre.*

Debes, pues, padecer, si quieres amar á Jesús y servirle siempre.

13. ¡Ojalá que fueses digno de padecer algo por el nombre de Jesús! ¡Cuán grande gloria te resultaría! ¡Cuánta alegría á todos los Santos de Dios! ¡Cuánta edificación sería para el prójimo.

Todos alaban la paciencia, pero pocos quieren padecer.

Con razón debieras sufrir algo de buena gana por Cristo, pues hay muchos que sufren graves cosas por el mundo.

14. Ten por cierto que te conviene morir viviendo, y cuanto más muere cada uno á sí mismo, tanto más comienza á vivir para Dios.

Ninguno es suficiente para comprender cosas celestiales si no se humilla á sufrir adversidades por Cristo.

No hay cosa á Dios más acepta, ni para ti en este mundo más saludable, que padecer de buena voluntad por Cristo.

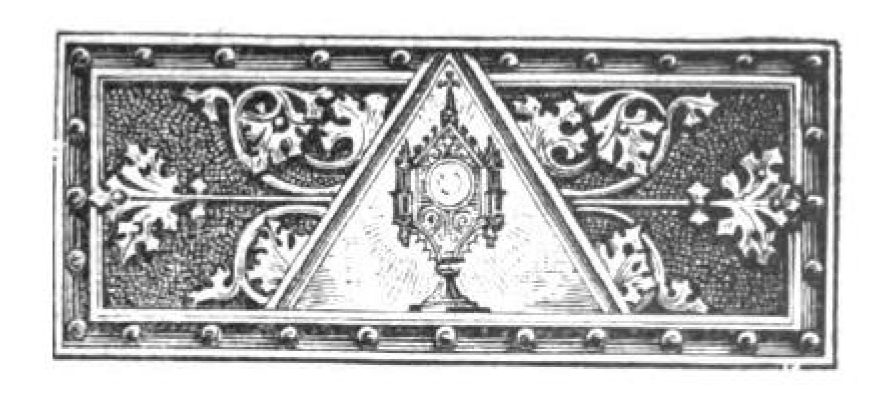
Y si te diesen á escoger, más debieras desear padecer cosas adversas por Cristo que ser recreado con muchas consolaciones, porque así le serías más semejante, y más conforme á todos los Santos.

No está, pues, nuestro merecimiento ni la perfección de nuestro estado en las muchas suavidades y consuelos, sino más bien en sufrir grandes penalidades y tribulaciones.

15. Porque si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salvación de los hombres que el padecer, Cristo lo hubiera declarado con su doctrina y con su ejemplo.

Pues manifiestamente exhorta á sus discípulos y á todos los que desean seguirle á que lleven la Cruz, y dice: *Si alguno quisiera venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.*

Así que, leídas y bien consideradas todas las cosas, sea ésta la postrera conclusión: *Que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios.*



IMITACIÓN DE CRISTO

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Del habla interior de Cristo al alma fiel.

EL ALMA: 1. *Oiré lo que habla el Señor Dios en mí.* Bienaventurada el alma que oye al Señor que le habla, y de su boca recibe palabras de consolación.

Bienaventurados los oídos que perciben los raudales de las inspiraciones divinas, y no cuidan de las murmuraciones mundanas.

Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que oyen de fuera, sino la verdad que enseña de dentro.

Bienaventurados los ojos que están cerrados á las cosas exteriores y muy atentos á las interiores.

Bienaveturados los que penetran las cosas interiores y estudian con ejercicios continuos en prepararse cada día más y más á recibir los secretos celestiales.

Bienaventurados los que se alegran de entregarse á Dios y se desembarazan de todo impedimento del mundo.

¡Oh alma mía! Considera bien esto, y cierra las puertas de tu sensualidad para que puedas oir lo que te habla el Señor tu Dios.

2. Esto dice tu amado:

JESUCRISTO: Yo soy tu salud, tu paz y tu vida.

Consérvate cerca de Mí, y hallarás paz.

Deja todas las cosas transitorias, y busca las eternas.

¿Qué es todo lo temporal sino engañoso? ¿Y qué te valdrán todas las criaturas si fueses desamparado del Creador?

Por eso, dejadas todas las cosas, hazte fiel y grata á tu Creador, para que puedas alcanzar la verdadera bienaventuranza.

CAPÍTULO II

Cómo la verdad habla dentro del alma sin sonido de palabras.

EL ALMA: 1. Habla, Señor, porque tu siervo escucha. Yo soy tu siervo: dame entendimiento para que sepa tus verdades.

Inclina mi corazón á las palabras de tu boca; descienda tu habla así como rocío.

Decían en otro tiempo los hijos de Israel á Moisés: *Háblanos tú, y oiremos; no nos hable el Señor, porque quizá moriremos.*

No así, Señor, no así te ruego, sino más bien, como el profeta Samuel, con humildad y deseo te suplico: *Habla, Señor, pues tu siervo oye.*

No me hable Moisés ni alguno de los profetas; sino más bien háblame Tú, Señor Dios, inspirador y alumbrador de todos los profetas, pues Tú solo sin ellos puedes enseñarme perfectamente; pero ellos sin Tí ninguna cosa me aprovecharán.

2. Es verdad que pueden pronunciar palabras; mas no dan espíritu.

Elegantemente hablan; mas callando Tú, no encienden el corazón.

Dicen la letra; mas Tú abres el sentido.

Predican misterios; mas Tú procuras su inteligencia.

Pronuncian mandamientos; pero Tú ayudas á cumplirlos.

Muestran el camino; pero Tú das esfuerzo para andarlo.

Ellos obran por de fuera solamente; pero Tú instruyes y alumbras los corazones.

Ellos riegan la superficie; mas Tú das la fertilidad.

Ellos dan voces; pero Tú haces que el oído las perciba.

3. No me hable, pues, Moisés, sino Tú, Señor Dios mío, eterna Verdad, para que por desgracia no muera y quede sin fruto si solamente fuere enseñado de fuera, y no encendido por dentro.

No me sea para condenación la palabra oída y no obrada, conocida y no amada, creída y no guardada.

Habla, pues, Tú, Señor; pues tu siervo oye, ya que tienes palabras de vida eterna.

Háblame para dar algún consuelo á mi alma, para la enmienda de toda mi vida, y para eterna alabanza, honra y gloria tuya.

CAPÍTULO III

Que las palabras de Dios se deben oir con humildad, y cómo muchos no las consideran como deben.

JESUCRISTO: 1. Oye, hijo, mis palabras; palabras suavísimas, que exceden toda la ciencia de los filósofos y sabios de este mundo.

Mis palabras son espíritu y vida, y no se pueden ponderar por la razón humana. No se deben traer para vana complacencia, sino oirse en silencio y recibirse con toda humildad y grande afecto.

EL ALMA: 2. Dijo David: Bienaventurado aquel á quien Tú, Señor, instruyeres y á quien mostrares tu ley; porque le guardas de los días malos, y no será desamparado en la Tierra.

JESUCRISTO: 3. Yo, dice Dios, enseñé á los profetas desde el principio, y no ceso de hablar á todos hasta ahora; pero muchos son duros y sordos á mi voz.

Oyen con más gusto al mundo que á Dios, y más fácilmente siguen el apetito de su carne que el beneplácito divino.

El mundo promete cosas temporales y pequeñas, y con todo eso le sirven con grande ansia: Yo prometo cosas grandes y eternas, y entorpécense los corazones de los mortales.

¿Quién me sirve á Mí y me obedece en todo con tanto cuidado como al mundo y á sus señores se sirve? Avergüénzate, Sidón, dice el mar; y si preguntas la causa, oye el por qué.

Por un pequeño beneficio van los hombres largo camino, y por la vida eterna, con dificultad muchos levantan una vez el pie del suelo.

Buscan los hombres viles ganancias: por una moneda pleitean á las veces torpemente; por cosas vanas y por una corta promesa no temen fatigarse noche y día.

4. Mas, ¡ay dolor!, que emperezan de fatigarse un poco por el bien que no se muda, por el galardón que es inestimable, y por la suma Gloria sin fin.

Avergüénzate, pues, siervo perezoso y descontentadizo, de que aquellos se hallen más dispuestos para la perdición que tú para la vida.

Alégranse ellos más por la vanidad que tú por la verdad.

Porque algunas veces les miente su esperanza; pero mi promesa á nadie engaña, ni deja frustrado al que confía en Mí.

Daré lo que he prometido, cumpliré lo que he dicho, si alguno perseverare fiel en mi amor hasta el fin.

Yo soy remunerador de todos los buenos, y fuerte examinador de todos los devotos.

5. Escribe tú mis palabras en tu corazón, y considéralas con mucha diligencia, pues en el tiempo de la tentación te serán muy necesarias.

Lo que no entiendes ahora cuando lo lees, lo conocerás en el día de mi visitación.

De dos maneras acostumbro visitar á mis escogidos; esto es, con tentación y con alivio.

Y dos lecciones les doy cada día: una, reprendiendo sus vicios; otra, amonestándolos al adelantamiento de las virtudes.

El que entiende mis palabras y las desprecia, tiene quien le juzgue en el postrero día.

ORACIÓN PARA PEDIR LA GRACIA DE LA DEVOCIÓN

6. Señor, Dios mío, Tú eres todos mis bienes. ¿Quién soy yo para que me atreva á hablarte?

Yo soy un pobrísimo siervecillo tuyo, y gusanillo desechado, mucho más pobre y despreciable de lo que yo sé y puedo decir.

Pero acuérdate, Señor, de que soy nada, de que nada tengo y nada valgo.

Tú solo eres bueno, justo y santo; Tú lo puedes todo, lo das todo, dejando vacío solamente al pecador.

Acuérdate de tus misericordias, y llena mi corazón de gracia, pues no quieres que sean vacías tus obras.

7. ¿Cómo podré sufrirme en esta miserable vida si no me confortare tu gracia y misericordia?

No me vuelvas el rostro, no dilates tu visitación, no desvíes tu consuelo, para que no sea mi alma para Ti como la tierra sin agua.

Señor, enséñame á hacer tu voluntad; enséñame á conversar delante de Ti digna y humildemente, pues Tú eres mi sabiduría, que en verdad me conoces, y me conociste antes que el mundo se hiciese y yo naciera en el mundo.

CAPÍTULO IV

Debemos conversar delante de Dios con verdad y humildad.

JESUCRISTO: 1. Hijo, anda delante de Mí en verdad, y búscame siempre con sencillez de corazón.

El que anda en mi presencia en verdad será defendido de los malos encuentros, y la verdad le librará de los engañadores y de las murmuraciones de los malvados.

Si la verdad te librare, serás verdaderamente libre, y no cuidarás de las palabras vanas de los hombres.

EL ALMA: 2. Verdad es, Señor; y así te suplico que lo hagas conmigo. Enséñeme tu verdad, y ella me guarde y me conserve hasta alcanzar mi salvación.

Ella me libre de toda mala afición y amor desordenado, y andaré contigo en gran libertad de corazón.

JESUCRISTO: 3. Yo te enseñaré, dice la verdad, lo que es recto y agradable delante de Mí.

Piensa en tus pecados con gran descontento y tristeza, y nunca te juzgues ser algo por tus buenas obras.

En verdad eres pecador, sujeto y enredado en muchas pasiones.

Por ti siempre vas á la nada: pronto caes, pronto eres vencido, presto te turbas, y presto desfalleces.

Nada tienes de que puedas alabarte; pero mucho de que humillarte, porque eres más flaco de lo que puedes pensar.

4. Por eso no te parezca gran cosa alguna de cuantas haces.

Nada tengas por grande, nada por preciso y admirable; nada estimes por digno de reputación, nada por alto, nada por verdaderamente de alabar y codiciar sino lo que es eterno.

Agrádete sobre todas las cosas la verdad eterna, y desagrádete siempre sobre todo tu grandísima vileza.

Nada temas ni desprecies, ni huyas cosa alguna tanto como tus vicios y pecados, los cuales deben desagradarte más que los daños de las cosas.

Algunos no andan sencillamente en mi presencia, sino que, guiados de cierta curiosidad y arrogancia, quieren saber mis secretos y entender las cosas altas de Dios, no cuidando de sí mismos ni de su salvación.

Estos muchas veces caen en grandes tentaciones y pecados por su soberbia y curiosidad, porque Yo les soy contrario.

5. Teme los juicios de Dios, atemorízate de la ira del Omnipotente, no quieras escudriñar las obras del Altísimo, sino examinar tus maldades, en cuántas cosas pecaste, y cuántas buenas obras dejaste de hacer por negligencia.

Algunos tienen su devoción solamente en los libros, otros, en las imágenes, y otros, en señales y figuras exteriores.

Algunos me traen en la boca; pero pocos en el corazón.

Hay otros que, alumbrados en el entendimiento y

purgados en el afecto, suspiran siempre por las cosas eternas, oyen con pena las terrenas, y con dolor sirven á las necesidades de la Naturaleza: éstos sienten lo que habla en ellos el espíritu de verdad.

Porque les enseña á despreciar lo terrestre y amar lo celestial, á aborrecer el mundo y desear el Cielo día y noche.

CAPÍTULO V

Del maravilloso afecto del amor divino.

EL ALMA: 1. Bendígote, Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, que tuviste por bien acordarte de este pobre.

¡Oh Padre de las misericordias y Dios de toda consolación! Gracias te doy porque á mí, indigno de todo consuelo, algunas veces recreas con tu consolación.

Bendígote y te glorifico siempre con tu Unigénito Hijo, con el Espíritu Santo consolador por los siglos de los siglos.

¡Oh Señor Dios, amador Santo mío! Cuando Tú vinieres á mi corazón, se alegrarán todas mis entrañas.

Tú eres mi gloria y la alegría de mi corazón.

Tú eres mi esperanza y refugio en el día de mi tribulación.

2. Mas porque soy aún flaco en el amor é imperfecto en la virtud, por eso tengo necesidad de ser fortalecido y consolado por Ti.

Por eso visítame, Señor, más veces, é instrúyeme con santas doctrinas.

Líbrame de mis malas pasiones, y sana mi corazón de todas mis aficiones desordenadas, para que, sano y bien purgado en lo interior, sea apto para amarte, fuerte para sufrir y firme para perseverar.

3. Gran cosa es el amor, y bien sobremanera grande: él solo hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual.

Pues lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo.

El amor noble de Jesús nos anima á hacer grandes cosas, y nos mueve á desear siempre lo más perfecto.

El amor quiere estar en lo más alto, y no ser retenido en ninguna cosa baja.

El amor quiere ser libre y ajeno de toda afición mundana para que no se impida su vista ni se embarace en ocupaciones de provecho temporal, ó caiga por algún daño.

No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más ancho, nada más alegre, nada más lleno ni mejor en el Cielo ni en la Tierra; porque el amor nació de Dios, y no puede aquietarse con todo lo creado, sino con el mismo Dios.

4. El que ama, vuela, corre y se alegra, es libre, y no embarazado.

Todo lo da por todo y todo lo tiene en todo, porque descansa en un Sumo Bien sobre todas las cosas, del cual mana y procede todo bien.

No mira á los dones, sino que se vuelve al dador sobre todos los bienes.

El amor muchas veces no guarda modo, mas se enardece sobre todo modo.

El amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos; desea más de lo que puede, no se queja de que le manden lo imposible, porque cree que todo lo puede y le conviene.

Pues para todo es bueno, y muchas cosas ejecuta y pone por obra en las cuales el que no ama desfallece y cae.

5. El amor siempre vela, y durmiendo no duerme.

Fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta; sino, como viva llama y ardiente luz, sube á lo alto y se remonta con seguridad.

Si alguno ama, conoce lo que dice esta voz:

Grande clamor es en los oídos de Dios el abrasado afecto del alma que dice: Dios mío, amor mío, Tú eres todo mío, y yo soy todo tuyo.

6. Dilátame en el amor, para que aprenda á gustar con la boca interior del corazón cuán suave es amar y derretirse y nadar en el amor.

Sea yo cautivo del amor, saliendo de mí por él grande fervor y admiración.

Cante yo cánticos de amor; sígate, Amado mío, á lo alto, y desfallezca mi alma en tu alabanza, alegrándome por el amor.

Amete yo más que á mí, y no me ame á mí sino por Ti, y en Ti á todos los que de verdad te aman

como manda la ley del amor, que emana de Ti como un resplandor de tu Divinidad.

7. El amor es diligente, sincero, piadoso, alegre y deleitable, fuerte, sufrido, fiel, prudente, magnánimo, varonil, y nunca se busca á sí mismo; porque cuando alguno se busca á sí mismo, luego cae del amor.

El amor es muy mirado, humilde y recto; no es regalón, liviano, ni entiende en cosas vanas: es sombrío, casto, firme, quieto y recatado contra todos los sentidos.

El amor es sumiso y obediente á los superiores, vil y despreciado para sí; para Dios, devoto y agradecido, confiando y esperando siempre en Él, aun cuando no le regala, porque no vive ninguno en amor sin dolor.

8. El que no está dispuesto á sufrirlo todo y á hacer la voluntad del amado, no es digno de llamarse amante.

Conviene al que ama abrazar de buena voluntad por el amado todo lo duro y amargo, y no apartarse de él por cosa contraria que acaezca.

CAPÍTULO VI

De la prueba del verdadero amor.

JESUCRISTO: 1. Hijo, no eres aún fuerte y prudente amador.

EL ALMA: 2. ¿Por qué, Señor?

JESUCRISTO: 3. Porque por una contradicción pequeña faltas en lo comenzado y buscas la consolación ansiosamente.

El constante amador está fuerte en las tentaciones, y no cree á las persuasiones engañosas del enemigo.

Como Yo le agrado en las prosperidades, así, no no le descontento en las adversidades.

4. El discreto amador no considera tanto el don del amante cuanto el amor del que da.

Antes mira á la voluntad que á la merced, y todas las dádivas las estima menos que al amado.

El amador noble no descansa en el don, sino en Mí sobre todo don.

Por eso, si algunas veces no gustas de Mí ó de mis Santos tan bien como deseas, no está todo perdido.

Aquel tierno y dulce afecto que sientes algunas veces, obra es de la presencia de la gracia, y gusto anticipado de la patria celestial, sobre lo cual no se debe estribar mucho, porque va y viene.

Pero pelear contra las perturbaciones incidentes del ánimo y menospreciar la sugestión del Diablo, señal es de virtud y de gran merecimiento.

5. No te turben, pues, las imaginaciones extrañas de diversas materias que te ocurrieren.

Guarda tu firme propósito y la intención recta para con Dios.

Ni tengas á engaño que de repente te arrebaten alguna vez á lo alto y luego tornes á las pequeñeces acostumbradas del corazón.

Porque más las sufres contra tu voluntad que las causas; y mientras te dan pena y las contradices, mérito es, y no pérdida.

6. Persuádete de que el enemigo antiguo de todos modos se esfuerza para impedir tu deseo en el bien y apartarte de todo ejercicio devoto, como es honrar á los Santos, la piadosa memoria de mi pasión, la útil contrición de los pecados, la guarda del propio corazón, el firme propósito de aprovechar en la virtud.

Te trae muchos pensamientos malos para disgustarte y atemorizarte, para desviarte de la oración y de la lección sagrada.

Desagrádale mucho la humilde confesión; y si pudiese, haría que dejases de comulgar.

No le creas, ni hagas caso de él, aunque muchas veces te arme lazos para seducirte.

Cuando te trajere pensamientos malos y torpes, atribúyelos á él, y dile:

Vete de aquí, espíritu inmundo; avergüénzate, desventurado: muy sucio eres, pues me traes tales cosas á la imaginación.

Apártate de mí, malvado engañador: no tendrás parte alguna en mí; mas Jesús estará conmigo como invencible capitán, y tú estarás confundido.

Más quiero morir y sufrir cualquier pena, que condescender contigo.

Calla y enmudece: no te oiré ya, aunque más me im-

portunes. *El Señor es mi luz y mi salud. ¿Á quién temeré?*

Aunque se ponga contra mí un ejército, no temerá mi corazón. El Señor es mi ayuda y mi Redentor.

7. Pelea como buen soldado; y si alguna vez cayeres por flaqueza de corazón, procura cobrar mayores fuerzas que las primeras confiando en mayor favor mío, y guárdate mucho del vano contentamiento y de la soberbia.

Por eso muchos están engañados, y caen algunas veces en ceguedad casi incurable.

Sírvate de aviso y de perpetua humildad la caída de los soberbios que locamente presumen de sí.

CAPÍTULO VII

Cómo se ha de encubrir la gracia bajo el velo de la humildad.

JESUCRISTO: 1. Hijo, te es más útil y más seguro encubrir la gracia de la devoción, y no ensalzarte, ni hablar mucho de ella, ni estimarla mucho, sino despreciarte á ti mismo, y temer, porque se te ha dado sin merecerla.

No es bien estar muy pegado á esta afección, porque se puede mudar presto en otra contraria.

Piensa cuando estás en gracia cuán miserable y pobre sueles ser sin ella.

Y no está sólo el aprovechamiento de la vida espiritual en tener gracia de consolación, sino en que con humildad, abnegación y paciencia lleves á bien que se te quite; de suerte que entonces no aflojes en el cuidado de la oración, ni dejes del todo las demás buenas obras que sueles hacer ordinariamente.

Mas como mejor pudieres y entendieres, haz de buena gana cuanto está en ti, sin que por la sequedad ó angustia de espíritu que sientes te descuides del todo.

2. Porque hay muchos que cuando las cosas no les suceden á su placer se hacen impacientes ó desidiosos.

Porque no está siempre en la mano del hombre su camino, sino que á Dios pertenece el dar y consolar

cuando quiere, y cuanto quiere y á quien quiere, según le agradare, y no más.

Algunos indiscretos se destruyeron á sí mismos por la gracia de la devoción, porque quisieron hacer más de lo que pudieron, no mirando la medida de su pequeñez, y siguiendo más el deseo de su corazón que el juicio de la razón.

Y porque se atrevieron á mayores cosas que Dios quería, por eso perdieron pronto la gracia.

Se hallaron pobres, y quedaron viles los que pusieron en el cielo su nido, para que humillados y empobrecidos aprendan á no volar con sus alas, sino á esperar debajo de las mías.

Los que aún son nuevos é inexpertos en el camino del Señor, si no se gobiernan por el consejo de discretos, fácilmente pueden ser engañados y perderse.

3. Si quieren más seguir su parecer que creer á los ejercitados, les será peligroso el fin, y si se niegan á ceder de su propio juicio.

Los que se tienen por sabios, rara vez sufren con humildad que otro los dirija.

Mejor es saber poco con humildad y poco entender, que grandes tesoros de ciencia con vano contento.

Más te vale tener poco, que mucho con que puedes ensoberbecerte.

No obra discretamente el que se entrega todo á la alegría, olvidando su primitiva miseria y el casto temor del Señor, que recela perder la gracia concedida.

Ni tampoco sabe mucho de virtud el que en tiempo de adversidad y de cualquiera molestia se desanima demasiado, y no piensa ni siente de Mí con la debida confianza.

4. El que quisiere estar muy seguro en tiempo de paz, se encontrará abatido y temeroso en tiempo de guerra.

Si supieses permanecer siempre humilde y pequeño para contigo y moderar y regir bien tu espíritu, no caerías tan presto en peligro ni pecado.

Buen consejo es que pienses cuando estás con fervor de espíritu lo que puede ocurrir con la ausencia de la luz.

Cuando esto acaeciere, piensa que otra vez puede volver la luz, que para tu seguridad y gloria mía te quité por algún tiempo.

5. Más aprovecha muchas veces esta prueba que si tuvieses de continuo á tu voluntad las cosas que deseas.

Porque los merecimientos no se han de calificar por tener muchas visiones ó consolaciones, ó porque sea uno entendido en la Escritura, ó por estar levantado en dignidad más alta.

Sino que consiste en estar fundado en verdadera humildad y lleno de caridad divina, en buscar siempre pura y enteramente la honra de Dios, en reputarse á sí mismo por nada y verdaderamente despreciarse, y en desear más ser abatido y despreciado que honrado de otros.

CAPÍTULO VIII

De la baja estimación de sí mismo ante los ojos de Dios.

EL ALMA: 1. *¿Hablaré á mi Señor, siendo yo polvo y ceniza?* Si por más me reputare, Tú estás contra mí, y mis maldades dan verdadero testimonio que no puedo contradecir.

Mas si me humillare y anonadare, y dejare toda propia estimación, y me volviere polvo como lo soy, será favorable para mí tu gracia, y tu luz se acercará á mi corazón, y toda estimación, por poca que sea, se hundirá en el valle de mi miseria, y perecerá para siempre.

Allí me haces conocer á mí mismo lo que soy, lo que fuí y en lo que he parado; porque soy nada, y no lo conocí.

Abandonado á mis fuerzas, soy nada y todo flaqueza; pero al punto que Tú me miras, luego me hago fuerte y me lleno de nuevo gozo.

Y es cosa maravillosa, por cierto, cómo tan de repente soy levantado sobre mí y abrazado de Ti con tanta benignidad, siendo así que yo, según mi propio peso, siempre voy á lo bajo.

2. Esto hace tu amor gratuitamente, anticipándo-

se y socorriéndome en tanta multitud de necesidades, guardándome también de graves peligros, y librándome de males verdaderamente innumerables.

Porque yo me perdí amándome desordenamente; pero buscándote á Ti solo y amándote puramente, me hallé á mí no menos que á Ti, y por el amor me anonadé más profundamente.

Porque Tú, ¡oh dulcísimo Señor!, haces conmigo mucho más de lo que merezco y más de lo que me atrevo á esperar y pedir.

3. ¡Bendito seas, Dios mío, que, aunque soy indigno de todo bien, todavía tu liberalidad é infinita bondad nunca cesa de hacer bien aun á los desagradecidos y apartados lejos de Ti!

Vuélvenos á Ti, para que seamos agradecidos, humildes y devotos, pues Tú eres nuestra salud, virtud y fortaleza.

CAPÍTULO IX

Todas las cosas se deben referir á Dios como á último fin.

JESUCRISTO: 1. Hijo, yo debo ser tu supremo y último fin, si deseas de verdad ser bienaventurado.

Con este propósito se purificará tu deseo, que vilmente se abate muchas veces á sí mismo y á las criaturas.

Porque si en algo te buscas á ti mismo, luego desfalleces y te quedas árido.

Atribúyelo, pues, todo principalmente á Mí, que soy el que todo lo he dado.

Así, considera cada cosa como venida del Soberano Bien, y por eso todas las cosas se deben reducir á Mí como á su origen.

2. De Mí sacan agua como de fuente viva el pequeño y el rico; y los que me sirven de buena voluntad y libremente, recibirán gracia por gracia.

Pero el que quiere ensalzarse fuera de Mí ó deleitarse en algún bien particular, no será confirmado en el verdadero gozo, ni dilatado en su corazón, sino que estará impedido y angustiado de muchas maneras.

Por eso no te apropies á ti alguna cosa buena, ni

atribuyas á algún hombre la virtud, sino refiérelo todo á Dios, sin el cual nada tiene el hombre.

Yo lo di todo; Yo quiero que se me vuelva todo, y con todo rigor exijo que se me den gracias por ello.

3. Ésta es la verdad con que se destruye la vanagloria.

Y si la gracia celestial y la caridad verdadera entraren en el alma, no habrá envidia alguna ni quebranto de corazón, ni te ocupará el amor propio.

La caridad divina lo vence todo y dilata todas las fuerzas del alma.

Si bien lo entiendes, en Mí solo te has de alegrar y en Mí solo has de esperar, porque ninguno es bueno, sino sólo Dios, el cual es de alabar sobre todas las cosas, y debe ser bendito en todas ellas.

CAPÍTULO X

En despreciando el mundo, es dulce cosa servir á Dios.

EL ALMA: 1. Otra vez hablaré, Señor, ahora, y no callaré. Diré en los oídos de mi Dios, mi Señor y mi Rey, que está en el Cielo.

¡Oh Señor; cuán grande es la abundancia de tu dulzura, que escondiste para los que te temen! Pero ¿qué eres para los que te aman, y qué para los que te sirven de todo corazón?

Verdaderamente, es inefable la dulzura de tu contemplación, la cual das á los que te aman.

En esto me has mostrado singularmente tu dulce caridad; en que cuando yo no existía, me creaste, y cuando erraba lejos de Ti, me convertiste para que te sirviese y me mandaste que te amase.

2. ¡Oh fuente de amor perenne! ¿Qué diré de Ti?

¿Cómo podré olvidarme de Ti, que te dignaste acordarte de mí, aun después que yo me perdí y perecí?

Usaste de misericordia con tu siervo sobre toda esperanza, y sobre todo merecimiento me diste tu gracia y amistad.

¿Qué te volveré yo por esta gracia? Porque no se

concede á todos que, dejadas todas las cosas, renuncien al mundo y escojan vida retirada.

Por ventura, ¿es gran cosa que yo te sirva, cuando toda criatura está obligada á servirte?

No debe parecerme mucho servirte, sino más bien me parece grande y maravilloso que tú te dignases recibir por siervo á un tan pobre é indigno y unirle con tus amados siervos.

3. Tuyas son, pues, todas las cosas que tengo y con que te sirvo.

Pero, por el contrario, Tú me sirves más á mí que yo á Ti.

El Cielo y la Tierra, que Tú creaste para el servicio del hombre, están prontos, y hacen cada día todo lo que les has mandado; y esto es poco, pues aún has destinado los ángeles para servicio del hombre.

Mas á todas estas cosas excede el que Tú mismo te dignaste servir al hombre, y le prometiste que te darías á Ti mismo.

4. ¿Qué te daré yo por tantos millares de beneficios? ¡Oh! ¡Si pudiera yo servirte todos los días de mi vida!

¡Oh! ¡Si pudiera solamente, siquiera un sólo día, hacerte algún digno servicio!

Verdaderamente, sólo Tú eres digno de todo servicio, de toda honra y de alabanza eterna.

Verdaderamente, sólo Tú eres mi Señor, y yo soy un pobre siervo tuyo, que estoy obligado á servirte con todas mis fuerzas, y nunca debo cansarme de alabarte.

Así lo quiero, así lo deseo; y lo que me falta, ruégote que Tú lo suplas.

5. Grande honra y gran gloria es servirte, y despreciar todas las cosas por Ti.

Por cierto, grande gracia tendrán los que de toda voluntad se sujetaren á tu santísimo servicio.

Hallarán la suavísima consolación del Espíritu Santo los que por amor tuyo despreciaren todo deleite carnal.

Alcanzarán gran libertad de corazón los que entran en senda estrecha por amor tuyo, y por él desechan todo cuidado del mundo.

6. ¡Oh agradable y alegre servidumbre de Dios,

con la cual se hace el hombre verdaderamente libre y santo!

¡Oh sagrado estado de la profesión religiosa, que hace al hombre igual á los ángeles, apacible á Dios, terrible á los demonios y recomendable á todos los fieles!

¡Oh esclavitud, digna de ser abrazada y siempre deseada, por la cual se merece el Sumo Bien y se adquiere el gozo que durará sin fin!

CAPITULO XI

Los deseos del corazón se deben examinar y moderar.

JESUCRISTO: 1. Hijo, aún te conviene aprender muchas cosas que no has aprendido bien.

EL ALMA: 2. ¿Qué cosas son, Señor?

JESUCRISTO: 3. Que pongas tu deseo totalmente en sola mi voluntad, y no seas amador de ti mismo, sino afectuoso celador de lo que á Mí me agrada.

Los deseos te encienden muchas veces, y te impelen con vehemencia; pero considera si te mueves por mi honra ó por tu provecho.

Si yo soy la causa, bien te contentarás de cualquier modo que Yo lo ordenare; pero si algo tienes escondido de amor propio con que siempre te buscas, mira que eso es lo que mucho te impide y agrava.

4. Guárdate, pues; no confíes demasiado en el deseo que tuviste sin consultarlo conmigo, porque puede ser que después te arrepientas, que te descontente lo que primero te agradaba, y que por parecerte mejor lo deseaste.

Porque no se puede seguir luego cualquier deseo que aparece bueno, ni tampoco huir á la primera vista toda afición que parece contraria.

Conviene algunas veces reprimir el ímpetu, aun en los buenos ejercicios y deseos, para que no caigas por importunidad en distracción del alma, y para que no causes escándalo á otros con tu indiscreción, ó por la contradicción de otros te turbes luego y te deslices.

5. También algunas veces conviene usar de fuer-

za, y contradecir varonilmente al apetito sensitivo, y no cuidar de lo que la carne quiere ó no quiere, sino andar más solícito, para que esté sujeta al espíritu, aunque le pese.

Y debe ser castigada y obligada á sufrir la servidumbre hasta que esté pronta para todo, aprenda á contentarse con lo poco, á holgarse con lo sencillo, y á no murmurar contra lo que es amargo.

CAPÍTULO XII

Declárase qué cosa sea paciencia y la lucha contra el apetito.

EL ALMA: 1. Señor Dios, á lo que yo echo de ver, la paciencia me es muy necesaria, porque en esta vida acaecen muchas adversidades.

Pues de cualquiera suerte que ordenare mi paz, no puede estar mi vida sin batalla y sin dolor.

JESUCRISTO: 2. Así es, hijo; pero no quiero que busques tal paz que carezca de tentaciones y no sienta contrariedades.

Antes cuando fueres ejercitado en diversas tribulaciones y probado en muchas contrariedades, entonces piensa que has hallado la paz.

Si dijeres que no puedes padecer mucho, ¿cómo sufrirás el fuego del Purgatorio?

De dos males, siempre se ha de escoger el menor.

Por eso, para que puedas escapar de los tormentos eternos, estudia sufrir con paciencia por Dios los males presentes.

¿Piensas tú que sufren poco ó nada los hombres del mundo? No lo creas, aunque sean los más regalados.

3. Pero dirás que tienen muchos deleites y siguen sus apetitos, y por eso se les da poco de algunas tribulaciones.

4. Mas aunque fuera así, que tengan cuanto quisieren, dime: ¿cuánto les durará?

Mira que los muy sobrados y ricos en el siglo desaparecerán como humo, y no les quedará memoria de los gozos pasados.

Pues, aun mientras viven, no se huelgan en ellos sin amargura, congoja y miedo.

Porque de la misma cosa que se recibe el deleite, de allí frecuentemente reciben la pena del dolor.

Justamente se procede con ellos, porque así como desordenadamente buscan y siguen los deleites, así los disfrutan con amargura y confusión.

¡Oh! ¡Cuán breves, cuán falsos, cuán desordenados y torpes son todos!

Mas por estar embriagados y ciegos no discurren, sino, á la manera de estúpidos animales, por un poco de deleite de la vida corruptible caen en la muerte del alma.

Por eso tú, hijo, no sigas tus apetitos, y quebranta tu voluntad.

Deléitate en el Señor, y te dará lo que le pidiere tu corazón.

5. Porque si quieres tener verdadero gozo y ser consolado por Mí abundantísimamente, tu suerte y bendición estarán en el desprecio de todas las cosas del mundo, y en cortar de ti todo deleite terreno: así se te dará copiosa consolación.

Y cuanto más te desviares de todo consuelo de las criaturas, tanto hallarás en Mí más suaves y poderosas consolaciones.

Mas no las alcanzarás sin alguna pena ni sin el trabajo de la pelea.

La costumbre te será contraria; pero la vencerás con otra costumbre mejor.

La carne resistirá; pero la refrenarás con el fervor del espíritu.

La serpiente antigua te instigará y exasperará; pero se ahuyentará con la oración, y con el trabajo provechoso le cerrarás del todo la puerta.

CAPÍTULO XIII

De la obediencia del súbdito humilde á ejemplo de Jesucristo.

JESUCRISTO: 1. Hijo, el que procura sustraerse de la obediencia, él mismo se aparta de la gracia; y el que quiere tener cosas propias, pierde las comunes.

El que no se sujeta de buena gana á su superior, señal es de que su carne aún no le obedece perfecta-

mente, sino que muchas veces se resiste y murmura.

Aprende, pues, á sujetarte prontamente á tu superior, si deseas tener la carne sujeta.

Porque tanto más presto se vence el enemigo exterior, cuanto no estuviere debilitado el hombre interior.

No hay enemigo peor ni más dañoso para el alma que tú mismo, si no estás bien avenido con el espíritu.

Necesario es que tengas verdadero desprecio de ti mismo, si quieres vencer la carne y la sangre.

Porque aún te amas muy desordenamente, por eso temes sujetarte del todo á la voluntad de otros.

2. Pero ¿qué mucho es que tú, polvo y nada, te sujetes al hombre por Dios, cuando Yo, Omnipotente y Altísimo, que crié todas las cosas de la nada, me sujeté al hombre humildemente por ti?

Me hice el más humilde y abatido de todos, para que vencieses tu soberbia con mi humildad.

Aprende, polvo, á obedecer; aprende, tierra y lodo, á humillarte y postrarte á los pies de todos.

Aprende á quebrantar tus inclinaciones y rendirte á toda sujeción.

3. Enójate contra ti, y no sufras que viva en ti el orgullo, sino hazte tan sumiso y pequeño, que puedan todos ponerse sobre ti y pisarte como el lodo de las calles.

¿Qué tienes, hombre despreciable, de qué quejarte?

¿Qué puedes contradecir, sórdido pecador, á los que te maltratan, pues tantas veces ofendiste á tu Creador, y muchas mereciste el Infierno?

Pero te perdonaron mis ojos, porque tu alma fué preciosa delante de Mí, para que conocieses mi amor y fueras siempre agradable á mis beneficios.

Y para que te dieses continuamente á la verdadera humildad y sujeción, y sufrieras con paciencia tu propio menosprecio.

CAPÍTULO XIV

Cómo han de considerarse los secretos juicios de Dios, para que no nos envanezcamos.

EL ALMA: 1. Tus juicios, Señor, me aterran como un espantoso trueno, estremeciéndose todos mis huesos penetrados de temor y temblor, y mi alma queda despavorida.

Estoy atónito; considero que los cielos no son limpios en tu presencia.

Si en los ángeles hallaste maldad y no los perdonaste, ¿qué será de mí?

Cayeron las estrellas del cielo; y yo, que soy polvo, ¿qué presumo?

Aquellos cuyas obras parecían muy dignas de alabanza, cayeron al profundo; y á los que comían pan de ángeles los vi deleitarse con el manjar de animales inmundos.

2. No hay, pues, santidad, si Tú, Señor, apartas tu mano.

No aprovechará discreción si dejas de gobernar.

No hay fortaleza que ayude si dejas de conservarla.

No hay castidad segura si no la defiendes.

Ninguna propia guarda aprovecha si nos falta tu santa vigilancia.

Porque en dejándonos Tú, luego nos vamos á fondo y perecemos; pero visitados por Ti, nos levantamos y vivimos.

Mudables somos; pero por Ti estamos firmes: nos entibiamos; mas Tú nos enciendes.

3. ¡Oh! ¡Cuán vil y bajamente debo sentir de mí! ¡Cuánto debo reputar por nada lo poco que acaso parezca tener de bueno!

¡Oh Señor! ¡Cuán profundamente debo anegarme en el abismo de tus juicios, donde no me hallo ser otra cosa que nada y más que nada!

¡Oh peso inmenso! ¡Oh piélago insondable, donde nada hallo de mí, sino ser nada en todo! ¿Pues dónde se esconde el fundamento de la vanidad? ¿Dónde la confianza de mi propia virtud?

Anégase toda vanagloria en la profundidad de tus juicios sobre mí.

4. ¿Qué es toda carne en tu presencia?

Por ventura, ¿podrá gloriarse el lodo contra el que lo trabaja?

¿Cómo se puede engreir con vanas alabanzas el corazón que está verdaderamente sujeto á Dios?

Todo el mundo no ensoberbecerá á aquel á quien sujeta la verdad, ni se moverá por mucho que le alaben el que tiene firme toda su esperanza en Dios.

Porque todos los que hablan son nada, y con el sonido de las palabras fallecerán; pero la verdad del Señor permanece para siempre.

CAPÍTULO XV

Cómo debe uno haberse y decir en todas las cosas que deseare.

JESUCRISTO: 1. Hijo, á cualquier cosa di así: Señor, si te agradare, hágase esto así.

Señor, si es honra tuya, hágase esto en tu nombre.

Señor, si vieres que me conviene y hallares serme provechoso, concédemelo para que use de ello á honra tuya.

Mas si conocieres que me sería dañoso y nada provechoso á la salvación de mi alma, desvía de mí tal deseo.

Porque no todo deseo procede del Espíritu Santo, aunque parezca justo y bueno al hombre.

Dificultoso es juzgar si te incita buen espíritu ó malo á desear esto ó aquello, ó si te mueve tu propio espíritu.

Muchos se hallan engañados al fin, que al principio parecían inspirados por buen espíritu.

2. Por eso siempre se debe desear y pedir con temor de Dios y humildad de corazón cualquier cosa apetecible que ocurriere al pensamiento, y sobre todo con propia resignación encomendarlo todo á Mí diciendo:

Señor, Tú sabes lo que es mejor: haz esto ó aquello, según te agradare.

Da lo que quisieres, cuanto quisieres y cuando quisieres.

Haz conmigo como sabes, como más te agradare y fuere mayor honra tuya.

Ponme donde quisieres, dispón de mí libremente en todo.

En tu mano estoy; vuélveme y revuélveme á la redonda,

Ve aquí tu siervo dispuesto á todo; porque no deseo, Señor, vivir para mí, sino para Ti. ¡Ojalá que viva digna y perfectamente!

ORACIÓN PARA CONSEGUIR LA VOLUNTAD DE DIOS

3. Concédeme, benignísimo Jesús, tu gracia para que esté conmigo, obre conmigo, y persevere conmigo hasta el fin.

Dame que desee y quiera siempre lo que te es más acepto y agradable á Ti.

Tu voluntad sea la mía, y mi voluntad siga siempre la tuya y se conforme en todo con ella.

Tenga yo un querer y no querer contigo, y no pueda querer ni no querer sino lo que Tú quieres y no quieres.

4. Dame, Señor, que muera á todo lo que hay en el mundo, y dame que desee por Ti ser despreciado y olvidado en este siglo.

Dame, sobre todo lo que se puede desear, descansar en Ti y aquietar mi corazón en Ti.

Tú eres la verdadera paz del corazón; Tú, el único descanso: fuera de Ti todas las cosas son molestas é inquietas.

En esta paz permanente, esto es, en Ti, Sumo y eterno Bien, dormiré y descansaré. Amén.

CAPÍTULO XVI

Sólo en Dios debe buscarse el verdadero consuelo.

EL ALMA: 1. Cualquiera cosa que puedo desear ó pensar para mi consuelo, no la espero aquí, sino en la otra vida.

Pues aunque yo solo tuviese todos los gustos del mundo y pudiera usar de todos sus delcites, cierto es que no podrían durar mucho.

Así que no podrás, alma mía, estar cumplidamente consolada ni perfectamente recreada sino en Dios, que es consolador de los pobres y recibe á los humildes.

Espera un poco, alma mía; espera la promesa divina, y tendrás abundancia de todos los bienes en el Cielo.

Si deseas desordenadamente estas cosas presentes, perderás las eternas y celestiales.

Sean las temporales para el uso: las eternas, para el deseo.

No puedes saciarte de ningun bien temporal, porque no eres creada para gozar de lo caduco.

2. Aunque tengas todos los bienes creados, no puedes ser dichosa y bienaventurada; mas en Dios, que creó todas las cosas, consiste toda tu bienaventuranza y tu felicidad.

No como la que admiran y alaban los necios amadores del mundo, sino como la que esperan los buenos y fieles discípulos de Cristo, y algunas veces la gustan los espirituales y limpios de corazón, cuya conversación está en los Cielos.

Vano es y breve todo consuelo humano.

El dichoso y verdadero consuelo es aquel que la Verdad hace percibir interiormente.

El hombre devoto en todo lugar lleva consigo á su consolador Jesús, y le dice: Ayúdame, Señor, en todo lugar y tiempo.

Sea, pues, mi consolación carecer de buena gana de todo humano consuelo.

Y si tu consolación me faltare, sea mi mayor consuelo tu voluntad y justa probación.

Porque no estarás airado perpetuamente, ni enojado para siempre.

CAPÍTULO XVII

Toda nuestra atención ha de ponerse sólo en Dios.

JESUCRISTO: 1. Hijo, déjame hacer contigo lo que quiero, pues yo sé lo que te conviene.

Tú piensas como hombre, y sientes en muchas cosas como te sugiere el afecto humano.

EL ALMA: 2. Señor, verdad es lo que dices: mayor

es el cuidado que Tú tienes de mí que todo el cuidado que yo puedo poner en mirar por mí.

Muy en peligro de caer está el que no pone toda su atención en Ti.

Señor, esté mi voluntad firme y recta contigo, y haz de mí lo que te agradare.

Que no puede ser sino bueno todo lo que Tú hicieres de mí.

Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas; y si quieres que esté en luz, seas también bendito.

Si te dignares consolarme, bendito seas; y si quieres atribularme, también seas bendito para siempre.

JESUCRISTO: 3. Hijo, así debes hacer, si deseas andar conmigo.

Tan pronto debes estar para padecer como para gozar.

Tan de grado debes ser pobre y menesteroso como abundante y rico.

EL ALMA: 4. Señor, de buena gana padeceré por Ti todo lo que quisieres que venga sobre mí.

Indiferentemente quiero recibir de tu mano lo bueno y lo malo, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste, y te daré gracias por todo lo que me sucediere.

Guárdame de todo pecado, y no temeré la muerte ni el Infierno.

Con tal que no me apartes de Ti para siempre ni me borres del libro de la vida, no me dañará cualquier tribulación que venga sobre mí.

CAPÍTULO XVIII

Que se sufran con serenidad de ánimo las miserias temporales, á ejemplo de Cristo.

JESUCRISTO: 1. Hijo, yo bajé del Cielo por tu salvación; abracé tus miserias, no por necesidad, sino por la caridad que me movía, para que aprendieses paciencia y sufrieras sin enojo las miserias temporales.

Porque desde la hora en que nací, hasta la muerte en la Cruz, no me faltaron dolores que sufrir.

Tuve mucha falta de las cosas temporales, oí muchas veces grandes quejas de Mí, y sufrí benigna-

mente sinrazones y afrentas. Por beneficios recibí ingratitudes, por milagros, blasfemias, y por la doctrina, reprensiones.

El Alma: 2. Señor, si Tú fuiste paciente en tu vida, principalmente cumpliendo en esto el mandato de tu padre, justo es que yo, miserable pecador, sufra con paciencia según tu voluntad, y mientras Tú quisieres lleve por mi salvación la carga de una vida corruptible.

Pues aunque la vida presente parece pesada, ya se ha hecho por tu gracia muy meritoria, y más tolerable y esclarecida para los flacos por tu ejemplo y el de tus Santos.

Y aun de mucho más consuelo de lo que fué en tiempo pasado bajo la ley antigua, cuando estaba cerrada la puerta del Cielo y el camino parecía tan obscuro, que eran raros los que tenían cuidado de buscar el reino de los Cielos.

Pero aun los que entonces eran justos y habían de salvarse, no podían entrar en el reino celestial hasta que llegase tu pasión y la satisfacción de tu sagrada muerte.

3. ¡Oh! ¡Cuántas gracias debo darte porque te dignaste demostrarme á mí y á todos los fieles el camino derecho y bueno de tu eterno reino!

Porque tu vida es nuestro camino, y por la santa paciencia vamos á Ti, que eres nuestra corona.

Si Tú no nos hubieras precedido y enseñado, ¿quién cuidaría de seguirte?

¡Ay! ¡Cuántos quedarían lejos y muy atrás si no mirasen tus heroicos ejemplos!

Si con todo eso aún estamos tibios después de haber oído tantas maravillas y lecciones tuyas, ¿qué haríamos si no tuviésemos tanta luz para seguirte?

CAPÍTULO XIX

De la tolerancia de las injurias, y cómo se prueba el verdadero paciente.

Jesucristo: 1. Hijo, ¿qué es lo que dices? Cesa de quejarte, considerando mi pasión y la de los Santos.

Aún no has resistido hasta derramar sangre.

Poco es lo que padeces, en comparación de lo que padecieron tantos tan fuertemente tentados, tan gravemente atribulados, probados y ejercitados de tan diversos modos.

Conviénete, pues, traer á la memoria las cosas muy graves de otros, para que fácilmente sufras tus pequeños trabajos.

Y si no te parecen pequeños, mira no lo cause tu impaciencia.

Pero, sean grandes ó pequeños, procura llevarlos todos con paciencia.

2. Cuanto más te dispones para padecer, tanto más cuerdamente obras y más mereces, y lo llevarás también más ligeramente si preparas con diligencia tu ánimo y le acostumbras á esto.

No digas: No puedo sufrir esto de aquel hombre ni debo aguantar semejantes cosas, porque me injurió gravemente y me levanta cosas que nunca pensé; mas de otro sufriré de grado y según me pareciere que se debe sufrir.

Indiscreto es tal pensamiento, que no considera la virtud de la paciencia ni mira quién la ha de galardonar: antes se ocupa en hacer caso de las personas y de las injurias que le hacen.

3. No es verdadero paciente el que no quiere padecer sino lo que le acomoda y de quien le parece.

El verdadero paciente no mira quién le ofende, si es superior, igual ó inferior; si es hombre bueno y santo, ó perverso é indigno.

Sino que cualquier adversidad que le venga de cualquier criatura indiferentemente y en cualquier tiempo, la recibe de buena gana como de la mano de Dios, y la estima por mucha ganancia.

Porque nada de cuanto se padece por Dios, por poco que sea, puede pasar sin mérito ante su divino acatamiento.

4. Está, pues, preparado para la batalla, si quieres conseguir la victoria.

Sin pelear, no puedes alcanzar la corona de la paciencia.

Si no quieres padecer, rehusa ser coronado; pero si deseas ser coronado, pelea varonilmente, sufre con paciencia.

Sin trabajo no se llega al descanso, ni sin pelear se consigue la victoria.

EL ALMA: 5. Hazme, Señor, posible por la gracia lo que me parece imposible por mi naturaleza.

Tú sabes cuán poco puedo yo padecer, y qué presto desfallezco á la más leve adversidad.

Séame por tu nombre amable y deseable cualquier ejercicio de paciencia; porque el padecer y ser atormentado por Ti, es de gran salud para mi alma.

CAPÍTULO XX

De la confesión de la propia flaqueza, y de las miserias de esta vida.

EL ALMA: 1. Confesaré, Señor, contra mí mismo mi iniquidad; te confesaré mi flaqueza.

Muchas veces es una cosa bien pequeña la que me abate y entristece.

Propongo pelear varonilmente; mas en viniendo una pequeña tentación, me lleno de angustia.

Algunas veces de la cosa más despreciable me viene una grave tentación.

Y cuando me creo algún tanto seguro, cuando no lo advierto, me hallo á veces casi vencido y derribado por un ligero soplo.

2. Mira, pues, Señor, mi bajeza y fragilidad, que te es bien conocida.

Compadécete, y sácame del lodo, para que no sea atollado y quede desamparado del todo.

Esto es lo que continuamente me acobarda y confunde delante de Ti; ver que tan deleznable y flaco soy para resistir á las pasiones.

Y aunque no me induzcan enteramente al consentimiento, sin embargo, me es molesto y pesado el domarlas, y muy tedioso el vivir así siempre en combate. En esto conozco yo mi flaqueza; en que las abominables imaginaciones más fácilmente vienen sobre mí que se van.

3. ¡Ojalá, fortísimo Dios de Israel, celador de las almas fieles, mires el trabajo y el dolor de tu siervo y le asistas en todo lo que emprendiere!

Fortifícame con fortaleza celestial, de modo que ni el hombre viejo ni la carne miserable, aún no

bien sujeta al espíritu, pueda señorearme; contra la cual conviene pelear en tanto que vivimos en este miserabilísimo mundo.

¡Ay! ¡Cuál es esta vida, donde no faltan tribulaciones y miserias, donde todas las cosas están llenas de lazos y enemigos!

Porque en faltando una tribulación ó tentación, viene otra; y aun antes que se acabe el combate de la primera, sobrevienen otras muchas no esperadas.

4. ¿Y cómo se puede amar una vida llena de tantas amarguras, sujeta á tantas calamidades y miserias?

¿Y cómo no se ha de llamar vil á la que engendra tantas muertes y pestes?

Con todo esto, se ama, y muchos la quieren para deleitarse en ella.

Muchas veces nos quejamos de que el mundo es engañoso y vano; mas no por eso lo dejamos fácilmente, porque los apetitos sensuales nos señorean demasiado.

Unas cosas nos incitan á amar al mundo, y otras, á despreciarlo.

Nos incitan á amarlo la sensualidad, la codicia y la soberbia de la vida; pero las penas y miserias que los siguen causan tedio y aversión al mundo.

5. Pero, ¡oh dolor!, que vence el deleite al alma que está entregada al mundo, y tiene por gusto estar envuelta en espinas; porque ni vió ni gustó la suavidad de Dios, ni el interior gozo de la virtud.

Mas los que perfectamente desprecian al mundo y trabajan en vivir para Dios en santa vigilancia, saben que está prometida la divina dulzura á quien de veras se renunciare á sí mismo, y ven más claro cuán gravemente yerra el mundo y de muchas maneras se engaña.

CAPÍTULO XXI

Sólo se ha de descansar en Dios sobre todas las cosas.

EL ALMA: 1. Alma mía, descansa sobre todas y en todas las cosas siempre en Dios, que es el eterno descanso de los Santos.

Concédeme Tú, dulcísimo y amantísimo Jesús, que

descanse en Ti sobre todas las cosas creadas, sobre toda salud y hermosura, sobre toda gloria y honra, sobre todo poder y dignidad, sobre toda ciencia y sutileza, sobre todas las riquezas y artes, sobre toda alegría y gozo, sobre toda fama y alabanza, sobre toda suavidad y consolación, sobre toda esperanza y promesa, sobre todo merecimiento y deseo, sobre todos los dones y regalos que puedes dar y enviar, sobre todo gozo y dulzura que el alma puede recibir y sentir, y, en fin, sobre todos los ángeles y arcángeles, y sobre todo el ejército celestial; sobre todo lo visible é invisible, y sobre todo lo que no es lo que eres Tú, Dios mío.

2. Porque Tú, Señor Dios mío, eres bueno sobre todo; Tú solo altísimo; Tú solo potentísimo; Tú solo suficientísimo y llenísimo; Tú solo suavísimo y agradabilísimo.

Tú solo hermosísimo y amantísimo; Tú solo nobilísimo y gloriosísimo sobre todas las cosas, en quien están, estuvieron y estarán todos los bienes junta y perfectamente.

Por eso es poco é insuficiente cualquier cosa que me das ó prometes ó me descubres de Ti mismo, no viéndote ni poseyéndote cumplidamente.

Porque no puede mi corazón descansar del todo y contentarse verdaderamente si no descansa en Ti trascendiendo todos los dones y todo lo creado.

3. ¡Oh esposo mío, amantísimo Jesucristo, amador purísimo, Señor de todas las criaturas! ¿Quién me dará alas de verdadera libertad para volar y descansar en Ti?

¡Oh! ¿Cuándo me será concedido ocuparme en Ti cumplidamente y ver cuán suave eres, Señor Dios mío?

¿Cuándo me recogeré del todo en Ti, que ni me sienta á mí por tu amor, sino á Ti solo sobre todo sentido y modo y de un modo no manifiesto á todos?

Pero ahora muchas veces gimo y llevo mi infelicidad con dolor.

Porque en este valle de miserias acaecen muchos males que me turban á menudo, me entristecen y anublan; muchas veces me impiden y distraen, halagan y embarazan para que no tenga libre la entra-

da á Ti y no goce de tus suaves abrazos, los cuales sin impedimento gozan los espíritus bienaventurados.

Muévante mis suspiros y la grande desolación que hay en la Tierra.

4. ¡Oh Jesús, resplandor de la eterna gloria, consolación del alma que anda peregrinando!

Delante de Ti está mi boca muda, y mi silencio te habla.

¿Hasta cuánto tarda en venir mi Señor?

Venga á mí, pobrecito tuyo, y lléneme de alegría. Extiende tu mano, y libra á este miserable de toda angustia.

Ven, ven; pues sin Ti ningún día ni hora será alegre, porque Tú eres mi gozo, y sin Ti está vacía mi mesa.

Miserable soy y como encarcelado y preso con grillos, hasta que Tú me recrees con la luz de tu presencia, y me pongas en libertad, y me muestres tu amigable rostro.

5. Busquen otros lo que quisieren en lugar de Ti, que á mí ninguna otra cosa me agrada ni agradará sino Tú, Dios mío, esperanza mía, salud eterna.

No callaré ni cesaré de clamar hasta que tu gracia vuelva y me hables interiormente.

JESUCRISTO: 6. Aquí estoy, á ti he venido, pues me llamaste. Tus lágrimas, y el deseo de tu alma, y tu humildad y la contricción de tu corazón me han inclinado y traído á ti.

EL ALMA: 7. Y dije: Señor, yo te llamé, y deseé gozar de Ti, dispuesto á menospreciarlo todo por Ti.

Pero Tú primero me despertaste para que te buscase.

Seas, pues, bendito, Señor, que hiciste con tu siervo este beneficio según la muchedumbre de tu misericordia.

¿Qué tiene más que decir tu siervo delante de Ti, sino humillarse mucho en tu acatamiento, acordándose siempre de su propia maldad y vileza?

Porque no hay semejante á Ti en todas las maravillas del Cielo y de la Tierra.

Tus obras son perfectísimas, tus juicios, verdaderos, y por tu providencia se rige el Universo.

Por eso alabanza y gloria á Ti, ¡oh sabiduría del Padre! Alábete y bendígate mi boca, mi alma, y juntamente todo lo creado.

CAPÍTULO XXII

De la memoria de los innumerables beneficios de Dios.

EL ALMA: 1. Abre, Señor, mi corazón á tu ley, y enséñame á andar en tus mandamientos.

Concédeme que conozca tu voluntad y con gran reverencia y diligente consideración tenga en la memoria tus beneficios, así generales como especiales, para que pueda de aquí adelante darte dignamente las gracias.

Mas yo sé y confieso que no puedo darte las debidas alabanzas y gracias por el más pequeño de tus beneficios.

Yo soy menor que todos los bienes que me has hecho; y cuando miro tu generosidad, desfallece mi espíritu á la vista de su grandeza.

2. Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo y cuantas cosas poseemos en lo interior ó en lo exterior, natural ó sobrenaturalmente, son beneficios tuyos y te engrandecen, como bienhechor piadoso y bueno de quien recibimos todos los bienes.

Y aunque uno reciba más y otro menos, todo es tuyo, y sin Ti no se puede alcanzar la menor cosa.

El que más recibió no puede gloriarse de su merecimiento, ni estimarse sobre los demás, ni desdeñar al menor; porque aquel que es mayor y mejor menos se atribuye á sí, y es más humilde, devoto y agradecido.

Y el que se tiene por más vil que todos y se juzga por más indigno, está más dispuesto para recibir mayores dones.

3. Mas el que recibió menos no debe entristecerse, indignarse, ni envidiar al que tiene más; antes debe reverenciarte y engrandecer sobremanera tu bondad, que tan copiosa, gratuita y liberalmente reparte tus beneficios, sin acepción de personas.

Todo procede de Ti, y por lo mismo en todo debes ser alabado.

Tú sabes lo que conviene darse á cada uno; y por qué tiene uno menos y otro más, no nos toca á nosotros discernirlo, sino á Ti, que sabes determinadamente los merecimientos de cada cual.

4. Por eso, Señor Dios, tengo también por grande beneficio no tener muchas cosas por las cuales me alaben y honren los hombres; de modo que cualquiera que considere la pobreza y vileza de su persona, no sólo no recibirá pesadumbre, ni tristeza, ni abatimiento, sino más bien consuelo y grande alegría.

Porque Tú, Dios, escogiste para familiares domésticos tuyos á los pobres, bajos y despreciados de este mundo.

Testigos son tus mismos apóstoles, á quienes constituíste príncipes sobre toda la Tierra.

Mas conversaron en el mundo sin queja y fueron tan humildes y sencillos, viviendo tan sin malicia ni fraude, que se alegraban de padecer injurias por tu nombre y abrazaban con grande afecto lo que el mundo aborrece.

5. Por eso ninguna cosa debe alegrar tanto al que te ama y reconoce tus beneficios como tu voluntad para con él y el beneplácito de tu eterna disposición.

Lo cual ha de consolarle de manera que quiera tan voluntariamente ser el menor de todos, como desearía otro ser el mayor.

Y así, tan pacífico y contento debe estar en el último lugar como en el primero, y tan de buena gana sufrir verse despreciado y desechado y no tener nombre y fama, como si fuese el más honrado y mayor del mundo,

Porque tu voluntad y el amor de tu honra ha de ser sobre todas las cosas, y más se debe consolar y contentar una persona con esto que con todos los beneficios recibidos ó que puede recibir.

CAPÍTULO XXIII

Cuatro cosas que causan gran paz.

JESUCRISTO: 1. Hijo, ahora te enseñaré el camino de la paz y de la verdadera libertad.

EL ALMA: 2. Haz, Señor, lo que dices, que me alegro mucho de oirlo.

JESUCRISTO: 3. Procura, hijo, hacer antes la voluntad de otro que la tuya.

Escoge siempre tener menos que más.

Busca siempre el lugar más bajo, y está sujeto á todos.

Desea siempre y ruega que se cumpla en ti enteramente la divina voluntad.

Así entrarás en los términos de la paz y del descanso.

EL ALMA: 4. Señor, este tu breve sermón mucha perfección contiene en sí.

Corto es en las palabras, pero lleno de sentido y de copioso fruto.

Que si pudiese yo fielmente guardarlo, no habia de entrar en mí la turbación tan fácilmente.

Porque cuantas veces me siento inquieto y agravado, hallo haberme apartado de esta doctrina.

Mas Tú, que todo lo puedes y buscas siempre el provecho del alma, dame gracia más abundante para que pueda cumplir tu doctrina y hacer lo que importa para mi salvación.

ORACIÓN CONTRA LOS MALOS PENSAMIENTOS

5. Señor, Dios mío, no te alejes de mí: Dios mío, cuida de ayudarme, pues se han levantado contra mí varios pensamientos y grandes temores que afligen mi alma.

¿Cómo saldré sin daño? ¿Cómo los desecharé?

6. Yo, dices, iré delante de ti, y humillaré á los soberbios de la Tierra; abriré las puertas de la cárcel, y te revelaré los secretos de las cosas escondidas.

7. Haz, Señor, como lo dices, y huyan en tu presencia todos los malos pensamientos.

Ésta es mi esperanza y única consolación; acudir á Ti en toda tribulación, confiar en Ti, invocarte de veras, y esperar constantemente que me consueles.

ORACIÓN PIDIENDO LA LUZ DEL ENTENDIMIENTO

8. Alúmbrame, buen Jesús, con la claridad de tu lumbre interior, y quita de la morada de mi corazón toda tiniebla.

Refrena mis muchas distracciones, y quebranta las tentaciones que me hacen violencia.

Pelea fuertemente por mí, y ahuyenta las malas bestias, que son los apetitos halagüeños, para que venga la paz con tu virtud y resuene la abundancia de tu alabanza en el santo palacio; esto es, en la conciencia limpia.

Manda á los vientos y tempestades. Di al mar: sosiégate; y al cierzo: no soples; y habrá gran bonanza.

9. Envía tu luz y tu verdad para que resplandezcan sobre la Tierra, porque soy tierra vana y vacía hasta que Tú me alumbres.

Derrama de lo alto tu gracia, riega mi corazón con el rocío celestial, concédeme las aguas de la devoción para sazonar la superficie de la Tierra, para que produzca fruto bueno y perfecto.

Levanta el ánimo oprimido con el peso de los pecados, y emplea todo mi deseo en las cosas del Cielo, para que después de gustada la suavidad de la felicidad celestial me sea enfadoso pensar en la terrestre.

10. Apártame y líbrame de la transitoria consolación de las criaturas, porque ninguna cosa creada basta para aquietar y consolar cumplidamente mi apetito.

Uneme á Ti con el vínculo inseparable del amor, porque Tú solo bastas al que te ama, y sin Ti todas las cosas son despreciables.

CAPÍTULO XXIV

Cómo se ha de evitar la curiosidad de saber las vidas ajenas.

JESUCRISTO: 1. Hijo, no quieras ser curioso ni tener cuidados impertinentes.

¿Qué te va á ti de esto ó de lo otro? Sígueme tú.

¿Qué te importa que aquél sea tal ó cual, ó que éste viva ó hable de este ó del otro modo?

No necesitas tú responder por otros, sino dar razón de ti mismo. ¿Pues por qué te ocupas en eso?

Mira que yo conozco á todos; veo cuanto pasa debajo del Sol, y sé de qué manera está cada uno, qué piensa, qué quiere, y á qué fin dirige su intención.

Por eso deben encomendarse á Mí todas las cosas; pero tú consérvate en santa paz, y deja al bullicioso hacer cuanto quisiere.

Sobre él vendrá lo que hiciere, porque no puede engañarme.

2. No tengas cuidado de la autoridad y gran nombre, ni de la familiaridad de muchos, ni del amor particular de los hombres.

Porque esto causa distracciones y grandes tinieblas en el corazón.

De buena gana te hablaría mi palabra y te revelaría mis secretos, si tú esperases con diligencia mi venida y me abrieras la puerta del corazón.

Está apercibido, vela en oración, y humíllate en todo.

CAPÍTULO XXV

En qué consiste la paz firme del corazón y el verdadero aprovechamiento.

JESUCRISTO: 1. Hijo, yo dije: *La paz os dejo, mi paz os doy; y no la doy como la da el mundo.*

Todos desean la paz; mas no tienen todos cuidado de las cosas que pertenecen á la verdadera paz.

Mi paz está con los humildes y mansos de corazón. Tu paz la hallarás en la mucha paciencia.

Si me oyeres y siguieres mi voz, podrás gozar de mucha paz.

EL ALMA: 2. ¿Pues qué haré?

JESUCRISTO: 3. Mira en todas las cosas lo que haces y lo que dices, y dirige toda tu intención al fin de agradarme á Mí solo y no desear ni buscar nada fuera de Mí.

Ni juzgues temerariamente de los hechos ó dichos ajenos, ni te entremetas en lo que no te han encomendado: con esto podrá ser que poco ó tarde te turbes.

Porque el no sentir alguna tribulación ni sufrir alguna fatiga en el corazón ó en el cuerpo, no es de este siglo, sino propio del eterno descanso.

No juzgues, pues, haber hallado la verdadera paz porque no sientas alguna pesadumbre, ni que ya es

todo bueno porque no tengas ningún adversario, ni que está la perfección en que todo te suceda según tú quieres.

Ni entonces te reputes por grande ó digno especialmente de amor porque tengas gran devoción y dulzura, porque en estas cosas no se conoce el verdadero amador de la virtud, ni consiste en ellas el provecho y perfección del hombre.

EL ALMA: 4. ¿Pues en qué consiste, Señor?

JESUCRISTO: 5. En ofrecerte de todo tu corazón á la divina voluntad, no buscando tu interés en lo poco ni en lo mucho, ni en lo temporal ni en lo eterno.

De manera que con rostro igual des gracias á Dios en las cosas prósperas y adversas, pesándolo todo con un mismo peso.

Si fueres tan fuerte y firme en la esperanza que, quitándote la consolación interior, aún esté dispuesto tu corazón para padecer mayores penas, y no te justificares diciendo que no debieras padecer tales ni tantas cosas, sino que me tuvieres por justo y alabares por santo en todo lo que Yo ordenare, cree entonces que andas en el recto y verdadero camino de la paz, y podrás tener esperanza cierta de ver nuevamente mi rostro con júbilo.

Y si llegares al perfecto menosprecio de ti mismo, sábete que entonces gozarás de abundancia de paz, cuanto cabe en este destierro.

CAPÍTULO XXVI

De la elevación del espíritu libre, la cual se alcanza mejor con la oración humilde que con la lectura.

EL ALMA: 1. Señor, obra es de varón perfecto no entibiar nunca el ánimo en la consideración de las cosas celestiales, y entre muchos cuidados pasar casi sin cuidado; no á la manera de un estúpido, sino con la prerrogativa de un alma libre, que no pone desordenado afecto en criatura alguna.

2. Ruégote, piadosísimo Dios mío, que me apartes de los cuidados de esta vida, para que no me embarace demasiado en ellos, para que no me deje llevar del deleite ni de las muchas necesidades del

cuerpo, para que no pierda el fruto con los muchos obstáculos y molestias del alma.

No hablo de las cosas que la vanidad mundana desea con tanto afecto, sino de aquellas miserias que penosamente agravan y detienen el alma de tu siervo con la común maldición de los mortales, para que no pueda alcanzar la libertad del espíritu cuantas veces quisiere.

3. ¡Oh Dios mío, dulzura inefable! Conviérteme en amargura todo consuelo carnal que me aparta del amor de los eternos lisojeándome torpemente con la vista de bienes temporales que deleitan.

No me venza, Dios mío, no me venza la carne y la sangre; no me engañe el mundo y su breve gloria; no me derribe el Demonio y su astucia.

Dame fortaleza para resistir, paciencia para sufrir, constancia para perseverar.

Dame, en lugar de todas las consolaciones del mundo, la suavísima unción de tu espíritu; y en lugar del amor carnal, infúndeme el amor de tu nombre.

4. Porque muy embarazosas son para el espíritu fervoroso la comida, la bebida, el vestido y todas las demás cosas necesarias para sustentar el cuerpo.

Concédeme usar de todo lo necesario templadamente, y que no me ocupe en ello con sobrado afecto.

No es lícito dejarlo todo, porque se ha de sustentar la naturaleza; pero la ley santa prohibe buscar lo superfluo y lo que más deleita, porque de otro modo la carne se rebelará contra el espíritu.

Ruégote, Señor, que me rija y enseñe tu mano en estas cosas para que en nada me exceda.

CAPÍTULO XXVII

El amor propio nos desvía mucho del bien eterno.

JESUCRISTO: 1. Hijo, conviene que lo des todo por el todo, y no ser nada de ti mismo.

Sabe que el amor propio te daña más que ninguna cosa del mundo.

Según fuere el amor y afición que tienes á las cosas, estarás más ó menos ligado á ellas.

Si tu amor fuere puro, sencillo y bien ordenado, no serás esclavo de ninguna.

No codicies lo que no te conviene tener.

Ni quieras tener cosa que pueda impedirte y quitarte la libertad interior.

Es de admirar que no te entregues á *Mí* de lo íntimo del corazón con todo lo que puedes tener ó desear.

2. ¿Por qué te consumes con vana tristeza? ¿Por qué te fatigas con superfluos cuidados?

Está á mi voluntad, y no sufrirás daño alguno.

Si buscas esto ó aquello y quisieres estar aquí ó allí por tu provecho y propia voluntad, nunca tendrás quietud ni estarás libre de cuidados; porque en todas las cosas hay alguna falta, y en cada lugar habrá quien te ofenda.

3. Y así, no cualquier cosa alcanzada ó multiplicada exteriormente aprovecha, sino más bien la despreciada y desarraigada del corazón.

No entiendas eso solamente de las posesiones y de las riquezas, sino también de la ambición de la honra y deseo de vanas alabanzas, todo lo cual pasa con el mundo.

Importa poco el lugar si falta el fervor del espíritu; ni durará mucho la paz buscada por de fuera si falta el verdadero fundamento de la disposición del corazón: quiero decir, si no estuvieses en *Mí*, puedes mudarte, pero no mejorarte.

Porque en llegando y agradando la ocasión, hallarás lo mismo que huías, y más.

ORACIÓN PARA PEDIR LA LIMPIEZA DE CORAZÓN Y LA SABIDURÍA CELESTIAL

EL ALMA: 4. Confírmame, Señor, en la gracia del Espíritu Santo.

Dame esfuerzo para fortalecerme en mi interior y desocupar mi corazón de toda inútil solicitud y congoja, y para que no me lleven tras sí tan varios deseos por cualquier cosa vil ó preciosa, sino que las mire todas como pasajeras, y á mí mismo como que he de pasar por ellas.

Porque nada hay permanente debajo del Sol, adonde todo es vanidad y aflicción de espíritu. ¡Oh! ¡Cuán sabio es el que así piensa!

5. Dame, Señor, sabiduría celestial para que aprenda á buscarte y hallarte sobre todas las cosas, gustarte y amarte sobre todas y entender lo demás como es, según el orden de tu sabiduría.

Dame prudencia para desviarme del lisonjero y sufrir con paciencia al adversario.

Porque es muy gran sabiduría no moverse á todo viento de palabras, ni tampoco dar oídos á la engañosa sirena, pues así se anda con seguridad el camino del Cielo.

CAPÍTULO XXVIII

Contra las lenguas maldicientes.

JESUCRISTO: 1. Hijo, no te enojes si algunos tuvieren mala opinión de ti y dijeren lo que no quisieras oir.

Tú debes sentir de ti peores cosas y tenerte por el más flaco de todos.

Si andas dentro de ti, no apreciarás mucho las palabras que vuelan.

No es poca prudencia callar en el tiempo adverso y volverse á mi corazón, sin turbarse por los juicios humanos.

2. No esté tu paz en la boca de los hombres; pues si pensaren de ti bien ó mal no serás por eso hombre diferente.

¿Dónde está la verdadera paz y la verdadera gloria sino en Mí?

Y el que no desea contentar á los hombres ni teme desagradarlos, gozará de mucha paz.

Del desordenado amor y vano temor nace todo desasosiego del corazón y la distracción de los sentidos.

CAPÍTULO XXIX

Cómo debemos llamar á Dios y bendecirle en el tiempo de la tribulación.

EL ALMA: 1. Sea tu nombre, Señor, para siempre bendito, que quisiste que viniera sobre mi esta tentación y tribulación.

Yo no puedo huirla, sino que necesito acudir á Ti para que me ayudes y me la conviertas en provecho.

Señor, ahora estoy atribulado y no le va bien á mi corazón, sino que me atormenta mucho esta pasión.

¿Y qué diré ahora, Padre amado? Rodeado estoy de angustias. Sálvame en esta hora.

Mas he llegado á este trance para que seas Tú glorificado cuando yo estuviere muy humillado y fuere librado por Ti.

Dígnate, Señor, librarme, porque yo, pobre, ¿qué puedo hacer y adónde iré sin Ti?

Dame paciencia, Señor, también en este trance.

Ayúdame, Dios mío, y no temeré, por más atribulado que me halle.

2. Y entre estas congojas, ¿qué diré ahora?

Hágase, Señor, tu voluntad. Bien he merecido ser atribulado y angustiado.

Aún me conviene sufrir: ¡ojalá sea con paciencia hasta que pase la tempestad y haya bonanza!

Pues poderosa es tu mano omnipotente para quitar de mí esta tentación y amansar su furor para que del todo no caiga; así cómo antes lo has hecho muchas veces conmigo, Dios mío, misericordia mía.

Y cuanto para mí es más difícil, tanto es para Ti fácil esta mudanza de la diestra del Altísimo.

CAPÍTULO XXX

Cómo se ha de pedir el favor divino, y de la confianza en recobrar la gracia.

JESUCRISTO: 1. Hijo, yo soy el Señor, que conforta en el día de la tribulación.

Ven á Mí cuando no te hallares bien.

Lo que más impide la consolación celestial es que muy tarde vuelves á la oración.

Porque antes de orar con atención buscas muchas consolaciones, y te recreas en lo exterior.

De aquí viene que todo te aprovecha poco, hasta que conozcas que Yo soy el que libro á los que esperan en Mí; y fuera de Mí no hay auxilio eficaz, consejo provechoso ni remedio durable.

Mas, recobrado el aliento después de la tempestad, esfuérzate á la luz de mis misericordias, porque cerca estoy (dice el Señor) para reparar todo lo perdido, no sólo cumplida, sino abundante y colmadamente.

2. ¿Por ventura, hay cosa difícil para Mí? ¿Ó seré yo como el que dice y no hace?

¿Dónde está tu fe? Ten firmeza y perseverancia. Sé varón fuerte y magnánimo, y á su tiempo te llegará el consuelo.

Espérame, espera; Yo vendré y te curaré.

Tentación es la que te atormenta, y vano temor el que te espanta.

¿Qué aprovecha el cuidado de lo que está por venir, sino para tener tristeza sobre tristeza? *Bástale á cada día su molestia.*

Vana cosa es y sin provecho entristecerse ó alegrarse de lo venidero, que quizás nunca acaecerá.

3. Pero es propio de la humana flaqueza engañarse con tales imaginaciones, y también es señal de poco ánimo dejarse burlar tan ligeramente por el enemigo.

Pues él no cuida de que sea verdadero ó falso aquello con que nos burla ó engaña, ó de si derribará con el amor de lo presente ó con el temor de lo futuro.

No se turbe, pues, ni tema tu corazón.

Cree en Mí, y ten confianza en mi misericordia.

Cuando piensas que estás lejos de Mí, estoy más cerca de ti regularmente.

Cuando piensas que está todo casi perdido, entonces muchas veces está cerca la ganancia del merecer.

No está todo perdido cuando alguna cosa te sucede contraria.

No debes juzgar como sientes ahora, ni embarazarte ni acongojarte con cualquier contrariedad que te venga, como si no hubiese esperanza de remedio.

4. No te tengas por desamparado del todo aunque te envíe á tiempos alguna tribulación ó te prive del consuelo deseado, porque de ese modo se llega al reino de los Cielos.

Y sin duda te conviene más á ti y á los demás siervos míos ser ejercitados en adversidades, que si todo os sucediese á vuestro gusto.

Yo penetro los secretos, y sé que te conviene mucho para tu bien que algunas veces te deje desconsolado, para que no te ensoberbezcas en los sucesos prósperos ni quieras complacerte en ti mismo por lo que no eres.

Lo que yo te di puedo quitártelo, y volvértelo cuando me agradare.

5. Cuando te lo diere, mío es: cuando te lo quitare, no tomo cosa tuya, pues *mía es cualquier dádiva buena y todo don perfecto.*

Si te enviare pesadumbre ó alguna contrariedad, no te indignes ni desfallezca tu corazón.

Presto puedo levantarte y mudar toda pena en gozo.

Justo soy y digno de ser alabado cuando así me porto contigo.

6. Si bien lo entiendes y lo miras á la luz de la verdad, nunca debes entristecerte ni descaecer tanto por las adversidades, sino antes holgarte más y darme gracias.

Y tener por único gozo el ver que afligiéndote con dolores, no te contemplo.

Así como me amó el Padre, Yo os amo, dije á mis amados discípulos, á los cuales no envié á gozos temporales, sino á grandes peleas; no á honras, sino á desprecios; no á ocio, sino á trabajo; no al descanso, sino á recoger grandes frutos de paciencia. Acuérdate, hijo mío, de estas palabras.

CAPÍTULO XXXI

Del desprecio de todas las criaturas para hallar al Creador.

EL ALMA: 1. Señor, necesaria me es aún mayor gracia, si tengo de llegar adonde nadie ni criatura alguna, pueda embarazarme.

Porque mientras que alguna cosa me detiene, no puedo volar á Ti libremente.

Deseaba volar libremente el que decía: *¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?*

¿Qué cosa hay más quieta que la pura intención? ¿Y quién más libre que el que nada desea en la Tierra?

Por eso conviene levantarse sobre todo lo creado y olvidarse totalmente de sí mismo, elevándose, y quedando suspenso para ver que Tú, Creador de todo, no tienes semejanza con las criaturas.

Y el que no se desocupare de lo creado, no podrá libremente entender en lo divino.

Por eso, pues, se hallan pocos contemplativos, porque son raros los que saben desasirse del todo de las criaturas y de lo perecedero.

2. Para eso es menester gran gracia que levante el alma y la suba sobre sí misma.

Pero si no eleva al hombre levantado en espíritu, libre de todo lo creado y todo unido á Dios, de poca estima es cuanto sabe y cuanto tiene.

Mucho tiempo será niño y mundano el que estima alguna cosa por grande, sino sólo el único, inmenso y eterno Bien.

Y lo que Dios no es, nada es, y por nada se debe contar.

Hay gran diferencia entre la sabiduría del varón iluminado y devoto y la ciencia del letrado y del estudioso clérigo.

Mucho más noble es la doctrina que emana de la influencia divina que la que se alcanza con trabajo por el ingenio humano.

3. Se hallan muchos que desean la contemplación, pero no procuran ejercitar las cosas que para ella se requieren.

Es grande impedimento fijarse en las cosas exteriores y sensibles, y descuidar la verdadera mortificación.

No sé qué es, ni qué espíritu nos lleva, ni qué esperamos los que parece somos llamados espirituales, cuando tanto trabajo y solicitud ponemos en las cosas transitorias y viles, y con dificultad y muy tarde nos recogemos del todo á considerar nuestro interior.

4. ¡Oh dolor; que al momento que nos hemos recogido un poco, nos distraemos y no escudriñamos nuestras obras con riguroso examen!

No miramos dónde tenemos nuestras aficiones, ni lloramos cuán manchadas están todas nuestras cosas.

Toda carne había corrompido su camino, y por eso se siguió el gran diluvio.

Porque estando corrompido nuestro afecto interior, es necesario que la obra que de él dimana (señal de la privación de la virtud interior) también se corrompa.

Del corazón puro procede el fruto de la buena vida.

5. Se examina cuanto hace alguno; pero no indagamos de cuánta virtud proceden sus acciones.

Se averigua si alguno es valiente, rico, hermoso, hábil ó buen escritor, buen cantor, buen artista; pero poco se habla de cuán pobre sea de espíritu, cuán paciente y manso, cuán devoto y recogido.

La naturaleza mira las cosas exteriores del hombre; mas la gracia se ocupa en las interiores. Aquélla muchas veces se engaña, y ésta espera en Dios para no engañarse.

CAPÍTULO XXXII

De la abnegación de sí mismo y de la abdicación de todo apetito.

JESUCRISTO: 1. Hijo, no puedes poseer libertad perfecta si no te niegas del todo á ti mismo.

En prisiones están todos los ricos y amadores de sí mismo, los codiciosos, ociosos y vagabundos, y los que buscan siempre las cosas de gusto, y no las de Jesucristo, sino que antes componen é inventan muchas veces lo que no ha de durar.

Porque todo lo que no procede de Dios perecerá.

Imprime en tu alma esta breve y perfectísima máxima: Déjalo todo, y lo hallarás todo; deja tu apetito, y hallarás sosiego.

Reflexiona bien esto, y cuando lo cumplieres lo entenderás todo.

EL ALMA: 2. Señor, no es esta obra de un día ni

juego de niños; antes en tan breve sentencia se encierra toda la perfección religiosa.

JESUCRISTO: 3. Hijo, no debes volver atrás, ni decaer presto en oyendo el camino de los perfectos; antes debes esforzarte para cosas más altas, ó á lo menos aspirar á ellas con deseo.

¡Ojalá hubieses llegado á tanto que no fueras amador de ti mismo, y estuvieses dispuesto puramente á mi voluntad y á la del superior que te he dado! Entonces me agradarías sobremanera, y toda tu vida correría gozosa y pacífica.

Aún tienes mucho que dejar, que si no lo renuncias enteramente, no alcanzarás lo que pides.

Para que seas rico, te aconsejo que compres de Mi oro acendrado; esto es, la sabiduría celestial, que desprecia todo lo terreno.

Pospón la sabiduría terrena y toda humana y propia complacencia.

4. Yo te dije que las cosas más viles al parecer humano deben comprarse con las preciosas y altas.

Porque muy vil y pequeña parece la verdadera sabiduría celestial, puesta casi en olvido entre los hombres. Ella no sabe grandezas de sí, ni quiere ser engrandecida en la Tierra. Está en la boca de muchos, pero muy lejos de sus obras, siendo ella una perla preciosísima escondida para los más.

CAPÍTULO XXXIII

De la inconstancia del corazón, y que la intención final ha de dirigirse á Dios.

JESUCRISTO: 1. Hijo, no creas á tu deseo, pues el que ahora es, presto se te mudará en otro.

Mientras vivieres, estás sujeto á mudanzas, aunque no quieras, porque ya te hallarás alegre, ya triste, ya sosegado, ya turbado, ya devoto, ya indevoto, ya diligente, ya perezoso, ahora pesado, ahora liviano.

Mas el sabio bien instruído en el espíritu es superior á estas mudanzas, no mirando lo que experimenta dentro sí ni de qué parte sopla el viento de la instabilidad, sino á dirigir toda la intención de su espíritu al debido y deseado fin.

Porque así podrá permanecer siempre el mismo é ileso en tan varios casos, dirigiendo á Mí sin cesar la mira de su sencilla intención.

2. Y cuanto más pura fuere, tanto estará más constante entre las diversas tempestades.

Pero en muchas cosas se obscurecen los ojos de la pura intención, porque se mira fácilmente á lo que se presenta como deleitable.

Así es que rara vez se halla quien esté enteramente libre del lunar de su propio interés.

De este modo los judíos en otro tiempo fueron á casa de Marta y de María en Betania, no sólo por Jesús, sino también para ver á Lázaro.

Débense, pues, limpiar los ojos de la intención, para que sea sencilla y recta y se enderece á Mí sin detenerse en los medios.

CAPÍTULO XXXIV

Que Dios es para quien le ama más delicioso que todo, y en todo.

EL ALMA: 1 ¡Oh mi Dios y mi todo! ¿Qué más quiero yo y qué mayor dicha puedo apetecer? ¡Oh sabrosa y dulce palabra! Pero para quien ama á Dios, y no al mundo ni á lo que en él está.

Mi Dios y mi todo. Al que entiende, basta lo dicho, y repetirlo muchas veces es deleitable al que ama.

Porque estando Tú presente, todo es agradable; mas estando ausente, todo fastidioso.

Tú haces el corazón tranquilo y das gran paz y alegría festiva.

Tú haces sentir bien de todo y que te alaben todas las cosas. No puede cosa alguna deleitar mucho tiempo sin Ti; pero si ha de agradar y gustarse de veras, conviene que tu gracia la presencie y tu sabiduría la sazone.

2. A quien Tú eres sabroso, ¿qué no le sabrá bien?

Y á quien de Ti no gusta, ¿qué podrá agradarle?

Mas los sabios del mundo, y los que lo son según la carne, no tienen idea de tu sabiduría; en aquéllos se encuentra mucha vanidad, y en éstos, la muerte.

Pero los que te siguen, despreciando al mundo y mortificando su carne, éstos son verdaderos sabios, porque pasan de la vanidad á la verdad, y de la carne al espíritu.

A éstos es Dios sabroso, y cuanto bien hallan en las criaturas todo lo refieren á gloria de su Creador.

Pero diferente y muy diferente es el sabor del Creador y de la criatura, de la eternidad y del tiempo, de la luz increada y de la luz creada.

3. ¡Oh luz perpetua, que estás sobre toda luz creada! Envía desde lo alto tal resplandor, que penetre todo lo secreto de mi corazón.

Purifica, alegra, clarifica y vivifica mi espíritu y sus potencias, para que se una contigo con exceso de júbilo.

¡Oh; cuándo vendrá esa dichosa y deseada hora, para que Tú me hartes con tu presencia y me seas todo en todas las cosas!

Entretanto que esto no se me concediere, no tendré gozo cumplido.

Mas, ¡ay dolor!, que vive aún el hombre viejo en mí; no está del todo crucificado ni perfectamente muerto.

Aún codicia vivamente contra el espíritu, mueve guerras interiores, y no consiente que esté quieto el dominio del alma.

4. Mas Tú, que señoreas el poderío del mar y amansas el movimiento de sus ondas, levántate y ayúdame.

Destruye á las gentes que buscan guerras; quebrántalas con tu virtud.

Ruégote que muestres tus maravillas y que sea glorificada tu diestra, porque no tengo otra esperanza ni otro refugio sino á Ti, Señor Dios mío.

CAPÍTULO XXXV

En esta vida no hay seguridad de carecer de tentaciones.

JESUCRISTO: 1. Hijo, nunca estás seguro en esta vida, porque mientras vivieres tienes necesidad de armas espirituales.

Entre enemigos andas; á diestra y siniestra te combaten.

Si, pues, no te vales del escudo de la paciencia á cada instante, no estarás mucho tiempo sin herida.

Demás de esto, si no pones tu corazón fijo en Mí, con pura voluntad de sufrir por Mí todo cuanto viniere, no podrás pasar esta recia batalla, ni alcanzar la palma de los bienaventurados. Conviénete, pues, romper varonilmente con todo y pelear con mucho esfuerzo contra lo que viniere.

Porque al vencedor se da el maná, y al perezoso le aguarda mucha miseria.

2. Si buscas descanso en esta vida, ¿cómo hallarás entonces la eterna bienaventuranza?

No procures mucho descanso, sino mucha paciencia.

Busca la verdadera paz, no en la Tierra, sino en el Cielo; no en los hombres ni en las demás criaturas, sino sólo en Dios.

Por amor de Dios debes padecer de buena gana todas las cosas adversas, como son trabajos, dolores, tentaciones, vejaciones, congojas, necesidades, dolencias, injurias, murmuraciones, reprensiones, humillaciones, confusiones, correcciones y menosprecios.

Estas cosas aprovechan para la virtud, estas prueban al nuevo soldado de Cristo y fabrican la corona celestial.

Yo daré eterno galardón por breve trabajo, y Gloria infinita por confusión pasajera.

3. ¿Piensas tener siempre consolaciones espirituales al sabor de tu paladar?

Mis Santos no siempre las tuvieron, sino muchas pesadumbres, diversas tentaciones y grandes desconsuelos.

Pero las sufrieron todas con paciencia y confiaron más en Dios que en sí, porque sabían que no son equivalentes todas las penas de esta vida para merecer la Gloria venidera.

¿Quieres hallar de pronto lo que muchos después de copiosas lágrimas y trabajos con dificultad alcanzaron?

Espera en el Señor, trabaja y esfuérzate varonil-

mente: no desconfíes, no huyas; mas ofrece el cuerpo y el alma por la gloria de Dios con gran constancia.

CAPÍTULO XXXVI

Contra los vanos juicios de los hombres.

JESUCRISTO: 1. Hijo, pon tu corazón fijamente en Dios, y no temas los juicios humanos cuando la conciencia no te acusa.

Bueno es, y dichoso también, padecer de esta suerte; y esto no es duro al corazón humilde que confía más en Dios que en sí mismo.

Los más hablan demasiadamente, y por eso se les debe dar poco crédito.

Y también satisfacer á todos no es posible.

Aunque San Pablo trabajó en contentar á todos en el Señor y fué todo para todos, sin embargo, en nada tuvo el ser juzgado del mundo.

2. Mucho hizo por la salud y edificación de los otros, trabajando cuanto pudo y estaba de su parte; pero no pudo librarse de que le juzgaran y despreciaran algunas veces.

Por eso lo encomendó todo á Dios, que lo conoce todo, y con paciencia y humildad se defendía de las malas lenguas y de los que piensan vanidades y mentiras, y las dicen como se les antoja.

Y también respondió algunas veces, por que no se escandalizasen algunas almas débiles en verle callar.

3. ¿Quién eres tú para que temas al hombre mortal? Hoy es, y mañana no parece.

Teme á Dios, y no te espantes de los hombres.

¿Qué puede hacerte el hombre con palabras ó injurias? Más bien se daña á sí mismo que á ti, y, cualquiera que sea, no podrá huir el juicio de Dios.

Ten presente á Dios, y no contiendas con palabras de queja.

Si ahora quedas debajo, al parecer, y sufres la humillación que no mereciste, no te indignes por eso, ni por la impaciencia disminuyas tu victoria.

Sino mírame á Mí en el Cielo, que puedo librar de toda confusión é injuria y dar á cada uno según sus obras.

CAPÍTULO XXXVII

De la pura y entera renuncia de sí mismo para alcanzar la libertad del corazón.

JESUCRISTO: 1. Hijo, déjate á ti, y me hallarás á Mí. Vive sin voluntad ni amor propio, y ganarás siempre.

Porque al punto que te renunciares sin reserva, se te dará mayor gracia.

EL ALMA: 2. Señor, ¿cuántas veces me renunciaré y en qué cosas me dejaré?

JESUCRISTO: 3. Siempre y cada hora, así en lo poco como en lo mucho. Nada exceptúo, sino que en todo quiero hallarte desnudo.

De otro modo, ¿cómo podrás ser mío y yo tuyo, si no te despojas de toda voluntad interior y exteriormente?

Cuanto más presto hicieres esto, tanto mejor te irá; y cuanto más pura y cumplidamente, tanto más me agradará y mucho más ganarás.

4. Algunos se renuncian, pero con alguna excepción; no confían en Dios del todo, y por eso trabajan en mirar por sí.

También algunos al principio lo ofrecen todo; pero después, combatidos por alguna tentación, se vuelven á sus comodidades, y por eso no aprovechan en la virtud.

Estos nunca llegarán á la verdadera libertad del corazón puro ni á la gracia de mi suave familiaridad, si no se renuncian antes haciendo de todo cada día sacrificios de sí mismos, sin lo cual no están ni estarán en la unión con que se goza de Mí.

5. Muchas veces te dije, y ahora vuelvo á decírtelo: *Déjate á ti, renúnciate, y gozarás de grande paz interior.*

Dalo todo por el todo: nada busques, nada exijas; está puramente y sin dudar en Mí, y me poseerás.

Serás libre de corazón, y no te ofuscarán las tinieblas.

Encamina todos tus esfuerzos, deseos y oraciones á fin de despojarte de todo apego para seguir así

desnudo á Jesús desnudo, morir para ti, y vivir para Mí eternamente.

Entonces se desvanecerán todas las vanas imaginaciones, las perturbaciones malas y los cuidados superfluos.

Entonces también desaparecerá el temor excesivo, y morirá el amor desordenado.

CAPÍTULO XXXVIII

Del buen régimen en las cosas exteriores y del recurso á Dios en los peligros.

JESUCRISTO: 1. Hijo, con diligencia debes mirar que en cualquier lugar y en toda ocupación exterior estés muy dentro de ti, libre y señor de ti mismo, y que todas las cosas estén debajo de ti, y no tú debajo de ellas.

Para que seas señor y director de tus obras, no siervo ni esclavo venal, sino más bien libre y verdadero israelita que pasa á la suerte y libertad de los hijos de Dios.

Los cuales desprecian las cosas presentes y atienden á las eternas.

Miran lo transitorio con el ojo izquierdo, y con el derecho lo celestial.

Y no los atraen las cosas temporales para estar asidos á ellas; antes ellos las atraen más para servirse bien de ellas según están ordenadas por Dios é instituídas por el Supremo Artífice, que no hizo cosa sin orden en lo creado.

2. Si en cualquier acontecimiento estás firme y no juzgas de él según la apariencia exterior, ni miras con la vista del sentido que lo oyes y ves, antes luego por cualquier causa entras á lo interior, como Moisés en el tabernáculo, á pedir consejo al Señor, oirás algunas veces la respuesta divina, y volverás instruído de muchas cosas presentes y venideras.

Pues siempre recurrió Moisés al tabernáculo para determinar las dudas y dificultades, y tomó el auxilio de la oración para librar de los peligros y maldades á los hombres.

Á este modo debes tú entrar en el secreto de tu corazón, pidiendo con eficacia el socorro divino.

Por eso se lee que Josué y los hijos de Israel fueron engañados por los gabaonitas, porque no consultaron primero con el Señor, sino que, creyendo fácilmente en las blandas palabras, con falsa piedad fueron engañados.

CAPÍTULO XXXIX

Que el hombre no sea importuno en los negocios.

JESUCRISTO. 1. Hijo, encomiéndate siempre á tus negocios, y yo los dispondré bien y oportunamente.

Espera mi voluntad, y sentirás provecho.

EL ALMA. 2. Señor, de muy buena gana te encomiendo todas las cosas, porque poco puede aprovechar mi cuidado.

¡Ojalá que no me ocupasen mucho los acontecimientos que pueden venirme, sino que me ofreciera sin tardanza á tu voluntad!

JESUCRISTO. 3. Hijo, muchas veces el hombre negocia con ahinco lo que desea; mas cuando ya lo alcanza comienza á pensar de otro modo, porque las aficiones no duran mucho cerca de una misma cosa, sino que nos llevan de una cosa á otra.

Por lo cual no es poco dejarse á sí mismo, aun en las cosas pequeñas.

4. El verdadero aprovechar es negarse á sí mismo, y el hombre negado á sí es muy libre y está seguro.

Mas el enemigo antiguo y adversario de todos los buenos no cesa de tentar, sino que de día y de noche pone graves asechanzas para precipitar, si pudiere, al incauto en el lazo del engaño.

Velad y orad, dice el Señor, *para que no entréis en tentación.*

CAPÍTULO XL

Que ningún bien tiene el hombre de suyo ni cosa alguna de qué alabarse.

EL ALMA. 1. Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, ó el hijo del hombre para que le visites?

¿Qué ha merecido el hombre para que le dieses tu gracia?

Señor, ¿de qué puedo quejarme si me desamparas, ó cómo justamente podré contender contigo si no hicieres lo que pido?

Por cierto, una cosa puedo yo pensar y decir con verdad: *Nada soy, Señor, nada puedo, nada bueno tengo de mí; mas en todo me hallo vacío, y camino siempre á la nada.*

Y si no soy ayudado é instruído interiormente por Ti, me vuelvo enteramente tibio y disipado.

2. Mas Tú, Señor, eres siempre el mismo, y permaneces eternamente, siempre bueno, justo y santo, haciendo las cosas bien, justa y santamente, y ordenándolas con sabiduría.

Pero yo, que soy más inclinado á caer que á aprovechar, no persevero siempre en un estado, y me mudo siete veces cada día.

Mas luego me va mejor cuando te dignas alargarme tu mano auxiliadora; porque Tú solo, sin humano favor, puedes socorrerme y fortalecerme de manera que no se mude más mi semblante, sino que á Ti solo se convierta y en Ti descanse mi corazón.

3. Por lo cual, si yo supiera bien desechar toda consolación humana, ya sea por alcanzar devoción ó por la necesidad que tengo de buscarte, porque no hay hombre que me consuele, entonces con razón podría yo esperar en tu gracia y alegrarme con el don de la nueva consolación.

4. Gracias sean dadas á Ti, de quien viene todo siempre que me sucede algún bien.

Porque delante de Ti yo soy vanidad y nada, hombre mudable y flaco.

¿De dónde, pues, puedo gloriarme, ó por qué deseo ser estimado?

¿Por ventura de la nada? Esto es vanísimo.

Verdaderamente, la gloria frívola es una verdadera peste y grandísima vanidad, porque nos aparta de la verdadera gloria y nos despoja de la gracia celestial.

Porque contentándose un hombre á sí mismo, te descontenta á Ti; cuando desea las alabanzas humanas, es privado de las virtudes verdaderas.

5. La verdadera gloria y la alegría santa consisten en gloriarse en Ti, y no en sí; gozarse en tu nombre,

y no en su propia virtud, ni deleitarse en criatura alguna, sino por Ti.

Sea alabado tu nombre, y no el mío; engrandecidas sean tus obras, y no las mías: bendito sea tu santo nombre, y no me sea á mí atribuída parte alguna de las alabanzas de los hombres.

Tú eres mi gloria; Tú la alegría de mi corazón.

En Ti me gloriaré y ensalzaré todos los días; mas de mi parte no hay de qué, sino de mis flaquezas.

6. Busquen los hombres la gloria que se dan recíprocamente; yo buscaré la gloria que viene solamente de Dios.

Porque toda la gloria humana, toda honra temporal, toda la alteza del mundo, comparada con tu eterna gloria, es vanidad y necedad.

¡Oh Verdad mía y Misericordia mía, Dios mío, Trinidad bienaventurada; á Ti solo sea alabanza, honra, virtud y gloria para siempre jamás!

CAPÍTULO XLI

Del desprecio de toda honra temporal.

JESUCRISTO: 1. Hijo, no te pese si vieres honrar y ensalzar á otros, y ser tú despreciado y abatido.

Levanta tu corazón á Mí en el Cielo, y no te entristecerá el desprecio humano en la Tierra.

EL ALMA: 2. Señor, en gran ceguedad estamos, y la vanidad presto nos engaña.

Si bien me miro, nunca se me ha hecho injuria por criatura alguna; por lo cual no tengo de qué quejarme justamente de Ti.

Mas porque yo muchas veces pequé gravemente contra Ti, con razón se arman contra mí todas las criaturas.

Justamente, pues, se me debe la confusión y desprecio, y á Ti, alabanza, honor y gloria.

Si no me dispusiere de modo que me huelgue mucho ser de cualquiera criatura despreciado y abandonado y ser tenido por nada, no podré estar interiormente pacificado y asegurado, ni recibir la luz espiritual, ni unirme á Ti perfectamente.

CAPÍTULO XLII

Qae nuestra paz no debe depender de los hombres.

JESUCRISTO: 1. Hijo, si buscas la paz en el trato con alguno para tu entretenimiento y compañía, siempre te hallarás inconstante y embarazado.

Pero si vas á buscar la verdad que siempre vive y permanece, no te entristecerás por el amigo que se fuere ó se muriere.

En Mí ha de estar el amor del amigo, y por Mí se debe amar á cualquiera que en esta vida te parece bueno y muy amable.

Sin Mí no vale ni durará la amistad, ni es verdadero ni limpio el amor en que yo no intervengo.

Tan muerto debes estar á las aficiones de los amigos, que habías de desear (por lo que á ti te toca) vivir lejos de todo trato humano.

Tanto más se acerca el hombre á Dios, cuanto se desvía de todo gusto terreno.

Y tanto más alto sube á Dios, cuanto más bajo desciende en sí y se tiene por más vil.

2. El que se atribuye á sí mismo algo bueno, impide que la gracia de Dios venga sobre él, porque la gracia del Espíritu Santo siempre busca el corazón humilde.

Si tú supieses perfectamente anonadarte y desviarte de todo amor terreno, yo entonces te llenaría de abundantes gracias.

Cuando miras á las criaturas, apartas la vista del Creador.

Aprende á vencerte en todo por el Creador, y entonces podrás llegar al conocimiento divino.

Cualquier cosa, por pequeña que sea, si se ama ó mira desordenadamente, nos estorba gozar del Sumo Bien, y nos daña.

CAPÍTULO XLIII

Contra la ciencia vana del mundo.

JESUCRISTO: 1. Hijo, no te muevan los dichos agudos y limados de los hombres, porque no consiste el reino de Dios en palabras, sino en virtud.

Mira mis palabras, que encienden los corazones y alumbran los entendimientos, provocan á compunción y traen muchas consolaciones.

Nunca leas cosas para mostrarte más letrado ó sabio.

Estudia en mortificar los vicios, porque más te aprovechará eso que saber muchas cuestiones dificultosas.

2. Cuando hubieres acabado de leer y saber muchas cosas, te conviene venir á un solo principio,

Yo soy el que enseño al hombre la ciencia y doy más claro entendimiento á los pequeños que ningún hombre puede enseñar.

Aquel á quien yo hablo, luego será sabio y aprovechará mucho en el espíritu.

¡Ay de aquellos que quieren aprender de los hombres curiosidades y cuidan muy poco del camino de servirme á Mí!

Tiempo vendrá en que aparecerá el Maestro de los maestros, Cristo, Señor de los ángeles, á oir las lecciones de todos; esto es, á examinar la ciencia de cada uno.

Y entonces escudriñará á Jerusalén con candelas, y serán descubiertos los secretos de las tinieblas, y callarán los argumentos de las lenguas.

3. Yo soy el que levanta en un instante al humilde entendimiento para que entienda más razones de la verdad eterna que si hubiese estudiado diez años en las Escuelas.

Yo enseño sin ruido de palabras, sin confusión de pareceres, sin fausto de honra, sin alteración de argumentos.

Yo soy el que enseña á despreciar lo terreno y á aborrecer lo presente, á buscar y saber lo eterno, á huir las honras, á sufrir los estorbos, á poner toda la esperanza en Mí y fuera de Mí no desear nada,

y á amarme ardientemente sobre todas las cosas.

4. Y asi uno, amándome entrañablemente, aprendió cosas divinas y hablaba maravillas.

Más aprovechó con dejar todas las cosas que con estudiar sutilezas.

Pero á unos hablo cosas comunes, á otros, cosas especiales.

Á unos me muestro dulcemente con señales y figuras, y á otros les revelo misterios con mucha luz.

Una cosa dicen los libros; más no enseñan igualmente á todos, porque Yo soy doctor interior de la verdad, escrudiñador del corazón, conocedor de los pensamientos, promovedor de las acciones, repartiendo á cada uno según juzgo ser digno.

CAPÍTULO XLIV

No se deben buscar las cosas exteriores.

JESUCRISTO: 1 Hijo, en muchas cosas te conviene ser ignorante y estimarte como muerto sobre la Tierra, y á quien todo el mundo esté crucificado.

Á muchas cosas te conviene también hacerte sordo, y pensar más lo que conviene para tu paz.

Más útil es apartar los ojos de lo que no te agrada y dejar á cada uno en su parecer, que ocuparte en porfías.

Si estás bien con Dios y miras su juicio, fácilmente te darás por vencido.

EL ALMA: 2. ¡Oh Señor; á qué hemos llegado! Lloramos los daños temporales, por una pequeña ganancia trabajamos y corremos, y el daño espiritual se pasa en olvido y apenas tarde vuelve á la memoria.

Por lo que poco ó nada vale se mira mucho, y por lo que es muy necesario se pasa con descuido, porque todo hombre se va á lo exterior, y si presto no vuelve en sí, con gusto se está envuelto en ello

CAPÍTULO XLV

Que no se debe creer á todos, y cómo fácilmente se resbala en las palabras

EL ALMA: 1 Señor, ayúdame en la tribulación, porque es vana la seguridad del hombre.

¿Cuántas veces no hallé fidelidad donde pensé que la había?

¿Cuántas veces también la hallé donde menos lo esperaba?

Por eso es vana la esperanza en los hombres; mas la salud de los justos está en Ti, mi Dios.

Bendito seas, Señor, Dios mío, en todas las cosas que nos sucedan.

Flacos somos y mudables: presto somos engañados, y nos mudamos.

2. ¿Qué hombre hay que pueda guardarse con tanta cautela y discreción en todo que alguna vez no caiga en algún engaño ó perplejidad?

Mas el que te busca á Ti, Señor, y te busca con sencillo corazón, no resbala tan fácilmente.

Y si cayere en alguna tribulación, de cualquier manera que estuviere en ella enlazado, presto será librado por Ti ó consolado; porque no desamparas para siempre al que en Ti espera.

Raro es el fiel amigo que persevera en todos los trabajos de su amigo.

Tú, Señor, sólo Tú eres fidelísimo en todo, y fuera de Ti no hay otro semejante.

3. ¡Oh; cuán bien lo entendía aquella alma santa que dijo: *¡Mi alma está asegurada y fundada en Jesucristo!*

Si yo estuviera así, no me acongojaría tan presto el temor humano, ni me moverían las palabras injuriosas.

¿Quién puede preverlo todo? ¿Quién es capaz de precaver los males venideros?

Si lo que hemos previsto con tiempo nos daña muchas veces, ¿qué hará lo prevenido sino perjudicarnos gravemente?

¿Pues por qué, miserable de mí, no me previne mejor? ¿Por qué creí de ligero á otros?

Pero somos hombres, y hombres flacos y frágiles, aunque por muchos seamos estimados y llamados ángeles.

Señor, ¿á quién creeré, á quién sino á Tí? Eres la Verdad, que no puede engañar ni ser engañada.

El hombre, al contrario, es falaz, flaco y resbaladizo, especialmente en palabras; de modo que con

muy gran dificultad se debe creer lo que parece recto á la primera vista.

4. ¡Cuán prudentemente nos avisaste que nos guardásemos de los hombres, que los enemigos del hombre son los de su casa, y que no diésemos crédito al que nos dijese: *Á Cristo míralo aquí ó míralo allá!*

He escarmentado en mí mismo: ¡ojalá sea para mi mayor cautela, y no para continuar con mi imprudencia!

¡Cuidado, me dice uno: cuidado; reserva lo que te digo! Y mientras yo lo callo y creo que está oculto, él no pudo callar el secreto que me confió, sino que me descubrió á mí y á sí mismo, y se marchó.

Defiéndeme, Señor, de aquestas ficciones y de hombres tan indiscretos, para que nunca caiga en sus manos ni yo incurra en semejantes cosas.

Pon en mi boca las palabras verdaderas y fieles, y desvía lejos de mí las lenguas astutas.

De lo que no puedo sufrir debo guardarme mucho.

5. ¡Oh; cuán bueno y de cuanta paz es callar de otros, y no creerlo todo facilmente, ni hablarlo después con ligereza, descubrirse á pocos, buscarte siempre á Ti, que miras al corazón, y no moverse por cualquier viento de palabras, sino desear que todas las cosas interiores y exteriores se acaben y perfeccionen según el beneplácito de tu voluntad!

¡Cuán seguro es para conservar la gracia celestial huir la vana apariencia y no codiciar las cosas visibles que causen admiración, sino seguir con toda diligencia las cosas que dan fervor y enmienda de vida!

¡Á cuántos ha dañado la virtud descubierta y alabada antes de tiempo!

¡Cuán provechosa fué siempre la gracia guardada en silencio en esta vida frágil, que toda es malicia y tentación!

CAPÍTULO XLVI

De la confianza que debemos tener en Dios cuando nos dicen injurias.

JESUCRISTO: 1. Hijo, está firme y espera en Mí. ¿Qué son las palabras, sino palabras? Vuelan por el aire; mas no mellan una piedra.

Si estás culpado, determina enmendarte.

Si no hallas en ti culpa, llévalo con gusto por Dios.

Muy poco es el que sufras alguna vez siquiera malas palabras, ya que aún no puedes tolerar grandes golpes.

¿Y por qué tan pequeñas cosas te llegan al corazón, sino porque aún eres carnal y miras mucho más á los hombres de lo que conviene?

Porque temes ser despreciado, por eso no quieres ser reprendido de tus faltas, y buscas la sombra de las excusas.

2. Considérate mejor, y conocerás que aún vive en ti el amor del mundo y el deseo vano de agradar á los hombres.

Porque en huir de ser abatido y confundido por tus defectos se muestra hoy claramente que no eres humilde verdadero, ni estás del todo muerto en el mundo, ni el mundo está á ti crucificado.

Mas oye mis palabras, y no cuidarás de cuantas te dijeren los hombres.

Dime: si se diere contra ti todo cuanto maliciosamente pudiera fingirse, ¿qué te dañaría si lo dejaras pasar y lo despreciases enteramente? Por ventura, ¿podría arrancarte un cabello?

3. Mas el que no está dentro de su corazón ni me tiene á Mí delante de sus ojos, presto se muere por una palabra de menosprecio; pero el que confía en *Mí* y no desea su propio parecer, vivirá sin temer á los hombres.

Porque Yo soy el Juez, y conozco todos los secretos; Yo sé cómo pasan las cosas; Yo conozco muy bien al que hace la injuria, y también al que la sufre.

De *Mí* sale esta palabra: permitiéndolo Yo acaece esto, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

Yo juzgo al culpable y al inocente; pero quise probar primero al uno y al otro con juicio secreto.

4. El testimonio de los hombres muchas veces engaña: mi juicio es verdadero, firme, y no se revoca.

Muchas veces está escondido, y pocos lo penetran en todo; pero nunca yerra ni puede errar, aunque á los ojos de los necios no parezca recto.

Á Mí, pues, habéis de recurrir en cualquier juicio, y no confiar en el propio saber.

Porque el justo no se turbará por cosas que Dios envíe sobre él; y si algún juicio fuere dicho contra él injustamente, no se inquietará por ello.

Ni se ensalzará vanamente si otros le defendieren con razón.

Porque sabe que Yo soy quien escudriña los corazones y los pensamientos, y que no juzgo según el exterior y la apariencia humana.

Antes muchas veces se halla á mis ojos culpable el que al juicio humano parece digno de alabanza.

EL ALMA: 5. Señor Dios, justo juez, fuerte y paciente, que conoces la flaqueza y maldad de los hombres; sé Tú mi fortaleza y toda mi confianza, pues no me basta mi conciencia.

Tú sabes lo que yo no sé: por eso debo humillarme en cualquier represión y llevarla con mansedumbre.

Perdóname también, Señor piadoso, todas las veces que no lo hice así, y dame gracia de mayor sufrimiento para otra vez.

Porque mejor me está tu misericordia copiosa para alcanzar perdón, que mi presumida justificación para defender lo oculto de mi conciencia.

Y aunque ella de nada me acuse, no por eso puedo tenerme por justo, porque, quitada tu misericordia, no será justificado en tu acatamiento ningún viviente.

CAPÍTULO XLVII

Todas las cosas pasadas deben padecerse por la vida eterna.

JESUCRISTO: 1. Hijo, no te quebranten los trabajos que has tomado por Mí, ni te abatan del todo las tribulaciones; mas mi promesa te esfuerce y consuele en todo lo que viniere.

Yo basto para galardonarte sobre toda manera y medida.

No trabajarás aquí mucho tiempo, ni serás agravado siempre de dolores.

Espera un poquito, y verás cuán presto se pasan los males.

Vendrá una hora en que cesará todo trabajo é inquietud.

Poco y breve es todo lo que pasa con el tiempo.

2. Atiende á tu negocio, trabaja fielmente en mi viña, que yo seré tu galardón.

Escribe, lee, canta, suspira, calla, ora, sufre varonilmente lo adverso: la vida eterna digna es de ésta y de otras mayores peleas.

Vendrá la paz un día que el Señor sabe, el cual no se compondrá de día y noche como en esta vida temporal, sino de luz perpetua, claridad infinita, paz firme y descanso seguro.

No dirás entonces: *¿Quién me librará de este cuerpo mortal?* Ni clamarás: *¡Ay de mí, que se ha dilatado mi destierro!* Porque la muerte estará destruída, y la salud vendrá sin defecto; ninguna congoja habrá ya, sino bienaventurada alegría, compañía dulce y hermosa.

3. ¡Oh! ¡Si vieses las coronas eternas de los Santos en el Cielo, y de cuánta gloria gozan ahora los que eran en este mundo despreciados y tenidos por indignos de vivir!

Por cierto, luego te humillarías hasta la tierra, y desearías más estar sujeto á todos que mandar á uno solo.

Y no codiciarías los días placenteros de esta vida, sino antes te alegrarías de ser atribulado por Dios, y tendrías por grandísima ganancia ser tenido por nada entre los hombres.

4. ¡Oh! Si gustases aquestas cosas y las rumiases profundamente en tu corazón, ¿cómo te atreverías á quejarte ni una sola vez?

¿No te parece que son de sufrir todas las cosas trabajosas por la vida eterna?

No es cosa de poco momento ganar ó perder el reino de Dios.

Levanta, pues, tu rostro al Cielo; mírame á Mí, y conmigo á todos mis Santos, los cuales tuvieron graves combates en este siglo: ahora se regocijan y están consolados y seguros; ahora descansan en paz, y permanecerán conmigo sin fin en el reino de mi Padre.

CAPÍTULO XLVIII

Del día de la eternidad y de las angustias de esta vida.

EL ALMA: 1. ¡Oh bienaventurada mansión de la ciudad soberana! ¡Oh día clarísimo de la eternidad, que no le obscurece la noche, sino que siempre le alumbra la pura verdad; día siempre alegre, siempre seguro y siempre sin mudanza!

¡Oh; si ya amaneciese este día y desapareciesen todas estas cosas temporales!

Alumbra, por cierto, á los Santos con una perpetua claridad; mas no así á los que están en esta peregrinación, sino de lejos y como en figura.

2. Los ciudadanos del Cielo saben cuán alegre sea aquel día; los desterrados hijos de Eva gimen de ver que éste sea tan amargo y lleno de tedio.

Los días de este mundo son pocos y malos, llenos de dolores y angustias, donde el hombre se ve manchado con muchos pecados, enredado en muchas pasiones, angustiado de muchos temores, ocupado con muchos cuidados, distraído con muchas curiosidades, complicado en muchas vanidades, envuelto en muchos errores, quebrantado en muchos trabajos: las tentaciones le acosan, los placeres le afeminan, la pobreza le atormenta.

3. ¡Oh; cuándo se acabarán todos estos males! ¡Cuándo me veré libre de la servidumbre de los vicios!

¡Cuándo me acordaré, Señor, de Ti solo! ¡Cuándo me alegraré cumplidamente en Ti!

¡Cuándo estaré sin ningún impedimento, en verdadera libertad y sin ninguna molestia de alma y cuerpo!

¡Cuándo tendré firme paz; paz imperturbable y segura, paz por dentro y por fuera; paz del todo permanente!

¡Oh buen Jesús! ¡Cuándo estaré para verte! ¡Cuándo contemplaré la gloria de tu reino! ¡Cuándo me serás todo en todas las cosas!

¡Cuándo estaré contigo en tu reino, el cual preparaste desde la eternidad para tus escogidos!

Me han dejado acá pobre y desterrado en tierra de enemigos, donde hay continuas peleas y grandes calamidades.

4. Consuela mi destierro, mitiga mi dolor, porque á Ti suspira todo mi deseo. Todo el placer del mundo es para mí pesada carga.

Deseo gozarte íntimamente; mas no puedo conseguirlo.

Deseo estar unido con las cosas celestiales; pero me abaten las temporales y las pasiones no mortificadas.

Con el espíritu quiero elevarme sobre todas las cosas; pero la carne me violenta á estar debajo de ellas.

Así yo, hombre infeliz, peleo conmigo y me soy enfadoso á mí mismo viendo que el espíritu busca lo de arriba, y la carne lo de abajo.

5. ¡Oh señor; cuánto padezco cuando revuelvo en mi pensamiento las cosas celestiales y luego se me ofrece un tropel de cosas del mundo! ¡Dios mío, no te alejes de mí ni te desvíes con ira de tu siervo!

Resplandezca un rayo de tu claridad, y destruya estas tinieblas; envía tus saetas, y contúrbense todas las asechanzas del enemigo.

Recoge todos mis sentidos en Ti, hazme olvidar todas las cosas mundanas, otórgame desechar y apartar de mí aun las sombras de los vicios.

Socórreme, Verdad eterna, para que no me mueva vanidad alguna.

Ven, suavidad celestial, y huya de tu presencia toda torpeza.

6. Perdóname también y mírame con misericordia todas cuantas veces pienso en la oración alguna cosa fuera de Ti.

Pues confieso ingenuamente que acostumbro estar muy distraído.

De modo que muchas veces no estoy allí donde se halla mi cuerpo en pie ó sentado, sino más bien allá donde me lleva mi pensamiento.

Allí estoy donde está mi pensamiento; allí está mi pensamiento á menudo donde está lo que amo.

Al punto me ocurre lo que naturalmente deleita ó agrada por la costumbre.

7. Por lo cual, Tú, Verdad eterna, dijiste: *Donde está tu tesoro, allí está tu corazón.*

Si amo al Cielo, con gusto pienso en las cosas celestiales.

Si amo el mundo, alegróme con sus prosperidades, y me entristezco con sus adversidades.

Si amo la carne, muchas veces pienso en las cosas carnales.

Si amo el espíritu, recréome en pensar cosas espirituales.

Porque de todas las cosas que amo, hablo y oigo con gusto, y llevo conmigo á mi casa las ideas de ellas.

Pero bienaventurado aquel que por tu amor da repudio á todo lo creado, que hace fuerza á su natural y crucifica los apetitos carnales con el fervor del espíritu, para que, serenada su conciencia, te ofrezca oración pura y sea digno de estar entre los coros angélicos, desechadas dentro y fuera de sí todas las cosas terrenas.

CAPÍTULO XLIX

Del deseo de la vida eterna, y cuántos bienes están prometidos á los que pelean.

JESUCRISTO: 1. Hijo, cuando sientes en ti algún deseo de la eterna bienaventuranza y anhelas salir de la cárcel del cuerpo para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanzas, dilata tu corazón y recibe con todo amor esta santa inspiración.

Da muchas gracias á la soberana bondad que así se digna favorecerte, visitarte con clemencia, moverte con eficacia, sostenerte con vigor para que no te deslices por tu propio peso á las cosas terrenas.

Porque esto no lo recibes por tu diligencia ó fuerzas, sino sólo por el querer de la gracia soberana y del agrado divino, para que aproveches en virtudes y en mayor humildad y te prepares para los combates que han de venirte, y trabajes por llegarte á Mí de todo corazón y servirme con ardiente voluntad.

2. Hijo, muchas veces arde el fuego; pero no sube la llama sin humo.

Así, los deseos de algunos se encienden á las cosas celestiales; mas aún no están libres del amor carnal.

Y por eso no obran sólo por la honra de Dios pura-

mente, aun en lo que con tan gran deseo me piden.

Tal suele ser algunas veces tu deseo, el cual mostraste con tanta importunidad.

Pues no es puro ni perfecto lo que va inficionado de propio interés.

3. Pide, no lo que es para ti deleitable y provechoso, sino lo que es para Mí aceptable y honroso, porque, si rectamente juzgas, debes seguir y anteponer mi voluntad á tu deseo y á cualquiera cosa deseada.

Conozco tu deseo, y he oído tus continuos gemidos.

Ya quisieras estar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios: ya te deleita la casa eterna, y la patria celestial te llena de gozo; pero aún no es venida esa hora, aún resta otro tiempo: tiempo de guerra, tiempo de trabajo y de prueba.

Deseas gozar del sumo bien; mas no puedes alcanzarlo ahora.

Yo soy; espérame, dice el Señor, *hasta que venga el reino de Dios*.

4. Has de ser probado en la Tierra y ejercitado en muchas cosas.

Algunas veces serás consolado; pero no te será dada satisfacción cumplida.

Esfuérzate, pues, y aliéntate así á hacer como á padecer cosas repugnantes á la naturaleza.

Conviene que te vistas de un hombre nuevo y que te vuelvas un varón constante.

Es preciso hacer muchas veces lo que no quieres, y dejar lo que quieres.

Lo que agrada á otros progresará: lo que á ti te contenta no se hará.

Lo que dicen otros será oído: lo que dices tú será reputado por nada.

Pedirán otros, y recibirán: tú pedirás, y no alcanzarás.

5. Otros serán grandes en boca de los hombres: de ti no se hará cuenta.

Á otros se encargará este ó aquel negocio: tú serás tenido por inútil.

Por éste se contristará alguna vez la naturaleza, y no harás poco si lo sufrieres callando.

En éstas y otras cosas semejantes es probado el

siervo fiel del Señor para ver cómo sabe negarse y mortificarse en todo.

Apenas se hallará cosa en que más necesites morir á ti mismo que en ver y sufrir cosas repugnantes á tu voluntad, principalmente cuando parece conforme, y menos útil lo que te mandan hacer.

Y porque tú, siendo inferior, no osas resistir á la voluntad de tu superior, por eso te parece cosa dura andar pendiente de la votuntad de otro y dejar tu propio parecer.

Mas considera, hijo, el fin cercano de estos trabajos, el fruto de ellos y su grandísimo premio, y no te serán pesados, sino un gran consuelo de tu paciencia.

Pues por esta poca voluntad que ahora dejas de grado, poseerás para siempre tu voluntad en el Cielo.

Allí, pues, hallarás todo lo que quisieres y cuanto pudieres desear.

Allí tendrás en tu poder todo el bien, sin miedo de perderlo.

Allí tu voluntad, unida con la mía para siempre, no apetecerá cosa alguna contraria ó propicia.

Allí ninguno te resistirá, ninguno se quejará de ti, nadie te embarazará, nada se te opondrá, sino que todas las cosas que deseares las disfrutarás juntas, y llenarán y colmarán tus deseos.

Allí te daré honor por la afrenta padecida, vestidura de gloria por la aflicción, y por el ínfimo lugar, la silla del reino eterno.

Allí se verá el fruto de la obediencia, aparecerá muy alegre el trabajo de la penitencia, y la humilde sumisión será gloriosamente coronada.

7. Inclínate, pues, humildemente bajo la mano de todos, y no cuides de mirar quién lo dijo ó quién lo mandó.

Sino procura con gran cuidado que, ya sea superior, inferior ó igual el que algo te exigiere ó insinuare, todo lo tengas por bueno y cuides de cumplirlo con sincera voluntad.

Busque cada uno lo que quisiere, gloríese éste en esto y aquél en lo otro, y sea alabado mil millares de veces; mas tú no te alegres ni en esto ni en aquello, sino en el desprecio de ti mismo y en sola mi voluntad y honra.

Una cosa debes desear, y es que, en vida ó en muerte, sea Dios siempre glorificado en ti.

CAPÍTULO L

Cómo se debe ofrecer en las manos de Dios el hombre desconsolado.

EL ALMA: 1. Señor, Dios, Padre santo; ahora y para siempre seas bendito, que como Tú quieres así se ha hecho, y lo que haces es bueno.

Alégrese tu siervo en Ti, no en sí ni en otro alguno, porque sólo Tú eres alegría verdadera; Tú, esperanza mía y corona mía; Tú, Señor, eres mi gozo y mi premio.

¿Qué tiene tu siervo sino lo que recibió de Ti, aun sin merecerlo? Tuyo es todo lo que me has dado y has hecho conmigo.

Pobre soy y lleno de trabajos desde mi juventud: mi alma se estristece algunas veces hasta llorar, y otras veces se turba contigo por las pasiones que la acosan.

2. Deseo el gozo de la paz; la paz de tus hijos pido, que son recreados por Ti en la luz de la consolación. Si me das paz, si derramas en mí un santo gozo, estará el alma de tu siervo llena de alegría y devota para alabarte.

Pero si te apartares, como muchas veces lo haces, no podrá correr por el camino de tus mandamientos, sino que hincará las rodillas para herir su pecho; porque no le va como en los días anteriores, cuando resplandecía tu luz sobre su cabeza, y era defendida de las tentaciones impetuosas debajo de la sombra de tus alas.

3. Padre justo y siempre laudable, llegó la hora en que tu siervo debe ser probado.

Padre amable, justo es que tu siervo padezca algo por Ti en esta hora.

Padre para siempre adorable, ya ha llegado la hora que habías previsto desde la eternidad, en la cual tu siervo esté abatido en lo exterior un corto tiempo, mas para que viva siempre interiormente contigo.

Despreciado sea y humillado un poco, y decaiga

delante de los hombres; sea consumido de pasiones y enfermedades, para que vuelva nuevamente á verse contigo en la aurora de una nueva luz y sea ilustrado en las cosas celestiales.

¡Padre Santo! Así lo ordenaste Tú, así lo quisiste, y lo que mandaste se ha hecho.

4. Ésta es, pues, la gracia que haces á tu amigo; que padezca y sea atribulado por tu amor en este mundo por cualquiera y cuantas veces lo permitieres.

Sin tu consejo y providencia y sin causa, nada se hace en la Tierra.

Bueno es para mí, Señor, que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones y destierre de mi corazón toda soberbia y presunción.

Provechoso es para mí que la confusión haya cubierto mi rostro, para que así te busque á Tí para consolarme, y no á los hombres.

También aprendí en esto á temblar de tu inescrutable juicio, que afliges así al justo como al impío, aunque no sin equidad y justicia.

5. Gracias te doy porque no me escaseaste los males, sino que me afligiste con amargos azotes, enviándome dolores y angustias interiores y exteriores.

No hay quien me consuele debajo del Cielo sino Tú, Señor Dios mío, médico celestial de las almas, que hieres y sanas, pones en grandes tormentos y libras de ellos.

Sea tu corrección sobre mí, y tu mismo castigo me enseñará.

6. Padre amado, vesme aquí en tus manos; yo me inclino bajo la vara de tu corrección.

Hiere mis espaldas y mi cerviz para que enderece mis torcidas inclinaciones á tu voluntad.

Hazme piadoso y humilde discípulo, como sueles hacerlo, para que ande siempre pendiente de tu voluntad.

Me entrego enteramente á Ti con todas mis cosas para que las corrijas. Más vale ser corregido aquí que en la otra vida.

Tú sabes todas y cada una de las cosas, y no se te esconde nada en la humana conciencia.

Antes que suceda sabes lo venidero, y no hay ne-

cesidad que alguno te enseñe ó avise de las cosas que se hacen en la Tierra.

Tú sabes lo que conviene para mí adelantamiento, y cuánto me aprovecha la tribulación para limpiar el orín de los vicios.

Haz conmigo tu voluntad y gusto, y no deseches mi vida pecaminosa, á ninguno mejor ni más claramente conocida que á Ti solo.

7. Concédeme, Señor, saber lo que se debe saber, amar lo que se debe amar, alabar lo que á Ti es agradable, estimar lo que te parece precioso, aborrecer lo que á tus ojos es feo.

No permitas que juzgue según la vista de los ojos exteriores, ni que sentencie según el oído de los hombres ignorantes, sino dame gracia para que pueda discernir con verdadero juicio entre lo visible y lo espiritual, y sobre todo, buscar siempre la voluntad de tu divino beneplácito.

8. Muchas veces se engañan los hombres en sus opiniones y juicios, y los mundanos se engañan también en amar solamente lo visible.

¿Qué tiene de mejor el hombre porque otro le alabe?

El falaz engaña al falaz, el vano, al vano, el ciego, al ciego, el enfermo, al enfermo cuando le ensalza, y, verdaderamente, más le confunde cuando vanamente le alaba.

Porque cuanto es cada uno en tus ojos, tanto es y no más, dice el humilde San Francisco.

CAPÍTULO LI

Que debemos emplearnos en ejercicios humildes cuando no podemos en los sublimes.

JESUCRISTO. 1. Hijo, no puedes permanecer siempre en el deseo fervoroso de las virtudes ni perseverar en el más alto grado de la contemplación, sino que es necesario por el vicio original que desciendas alguna vez á cosas bajas, y también á llevar la carga de esta vida corruptible, aunque te pese y fastidie. Mientras lleves el cuerpo mortal, sentirás tedio é inquietud de corazón.

Es preciso, pues, mientras vives en carne gemir

muchas veces por el peso de la carne, porque no puedes ocuparte perfectamente en los ejercicios espirituales y en la divina contemplación.

2. Entonces conviene que te emplees en ejercicios humildes y exteriores, consolándote con hacer buenas obras. Espera mi venida y la visita del Cielo con firme confianza; sufre con paciencia tu destierro y la sequedad del espíritu, hasta que otra vez yo te visite y seas libre de toda congoja.

Porque te haré olvidar las penas, y que goces de gran serenidad interior.

Yo extenderé delante de ti los prados de las Escrituras para que, dilatado tu corazón, corras la carrera de mis mandamientos.

Entonces dirás: *No son comparables las penas de este tiempo con la Gloria que se nos descubrirá.*

CAPÍTULO LII

Que el hombre no se repute por digno de consuelo, sino de castigo.

EL ALMA: 1. Señor, no soy digno de tu consolación ni de ninguna visita espiritual, y por eso justamente lo haces conmigo cuando me dejas pobre y desconsolado.

Porque aunque yo pudiese derramar un mar de lágrimas, aún no merecería tu consuelo.

Por eso yo soy digno de ser afligido y castigado; porque te ofendí gravemente y muchas veces, y pequé mucho y de muchas maneras. Así que, bien mirado, no soy digno de la menor consolación.

Mas Tú, Dios clemente y misericordioso, que no quieres que tus obras perezcan para manifestar las riquezas de tu bondad en los vasos de tu misericordia aun sobre todo merecimiento, tienes por bien consolar á tu siervo de un modo sobrenatural.

Porque tus consolaciones no son ilusorias como las humanas.

2. ¿Qué he hecho, Señor, para que Tú me dieses ninguna consolación celestial?

Yo no me acuerdo de haber hecho ningún bien, sino que he sido siempre inclinado á vicios y muy perezoso para enmendarme.

Esto es verdad, y no puedo negarlo. Si dijese otra cosa, Tú estarías contra mí y no habría quien me defendiese.

¿Qué he merecido por mis pecados, sino el Infierno y el fuego eterno? Conozco, en verdad, que soy digno de todo escarnio y menosprecio; ni merezco ser contado entre tus devotos.

Y aunque me incomode este lenguaje, no dejaré de acusar mis pecados contra mí y en favor de la verdad, para que más fácilmente merezca alcanzar tu misericordia.

3. ¿Qué diré yo, pecador y lleno de toda confusión? No tengo boca para hablar sino sólo esta palabra: *¡Pequé, Señor, pequé; ten misericordia de mí: perdóname!*

Déjame un poco para que llore mi dolor antes que vaya á la tierra tenebrosa y cubierta de obscuridad de muerte.

¿Qué es lo que principalmente exiges del culpable y miserable pecador, sino que se convierta y se humille por sus pecados?

De la verdadera contrición y humildad de corazón nace la esperanza de ser perdonado: se reconcilia la conciencia turbada, repárase la gracia perdida, se defiende el hombre de la ira venidera, y se juntan en santa paz Dios y el alma contrita.

4. Señor, el humilde arrepentimiento de los pecados es para Ti sacrificio muy acepto, que huele más suavemente en tu presencia que el incienso.

Éste es también el ungüento agradable que Tú quisiste que se derramase sobre tus sagrados pies, porque nunca desechaste el corazón contrito y humillado. Allí está el lugar del refugio para el que huye del enemigo; allí se enmienda y limpia lo que en otro lugar se erró y se manchó.

CAPÍTULO LIII

La gracia de Dios no se mezcla con el gusto de las cosas terrenas.

JESUCRISTO: 1. Hijo, mi gracia es preciosa; no admite mezcla de cosas extrañas ni de consolaciones terrenas.

Conviene desviar todos los impedimentos de la gracia, si deseas que se te infunda.

Busca lugar secreto para ti, desea estar á solas contigo, deja las conversaciones, y ora devotamente á Dios para que te dé compunción de corazón y pureza de conciencia.

Reputa por nada todo el mundo, y prefiere á todas las cosas exteriores el ocuparte en Dios.

Porque no podrás ocuparte en Mí y juntamente deleitarte en lo transitorio.

Conviene desviarse de conocidos y de amigos y tener el espíritu retirado de todo placer temporal.

Así desea que se abstengan todos los fieles cristianos el apóstol San Pedro, portándose como extranjeros y peregrinos en este mundo.

2. ¡Oh; cuánta confianza tendrá en la muerte aquel que no tiene afición á cosa alguna de este mundo!

Pero tener así el corazón desprendido de todas las cosas, no lo alcanza el alma todavía enferma, ni el hombre carnal conoce la libertad del hombre espiritual.

Mas si quiere ser verdaderamente espiritual, es preciso que renuncie á los extraños y á los allegados y que de nadie se guarde más que de sí mismo.

Si á ti te vences perfectamente, todo lo demás lo sujetarás con más facilidad.

La perfecta victoria es vencerse á sí mismo.

Porque el que se tiene sujeto á sí mismo de modo que la sensualidad obedezca á la razón y la razón me obedezca á Mí en todo, éste es verdaderamente vencedor de sí y señor del mundo.

3. Si deseas subir á esta cumbre, conviene comenzar varonilmente y poner la segur á la raíz, para que arranques y destruyas la oculta desordenada inclinación que tienes á ti mismo y á todo bien propio y corporal.

De este amor desordenado que se tiene el hombre á sí mismo depende casi todo lo que se ha de vencer radicalmente: vencido y señoreado este mal, luego hay gran paz y sosiego.

Mas porque pocos trabajan en morir perfectamente á sí mismos y no salen enteramente de su propio

amor, por eso se quedan envueltos en sus afectos y no pueden levantarse sobre sí en espíritu.

Pero el que desea andar libre conmigo, es necesario que mortifique todas sus malas y desordenadas aficiones y que no se pegue á criatura alguna con amor apasionado.

CAPÍTULO LIV

De los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia.

JESUCRISTO: 1. Hijo, mira con vigilancia los movimientos de la naturaleza y de la gracia, porque son muy contrarios y sutiles, de modo que con dificultad son conocidos sino por varones espirituales é interiormente alumbrados.

Todos desean el bien, y en sus dichos y hechos buscan alguna bondad: por eso muchos se engañan con color del bien.

2. La naturaleza es astuta: atrae á sí á muchos, los enreda y engaña, y siempre se pone á sí misma por fin.

Mas la gracia anda sin doblez, se desvía de toda apariencia de mal, no pretende engañar, sino que hace todas las cosas puramente por Dios, en quien descansa como en su fin.

3. La naturaleza no quiere ser mortificada de buena gana, ni estrechada, ni vencida, ni sometida de grado.

Mas la gracia estudia en la propia mortificación, resiste á la sensualidad, quiere estar sujeta, desea ser vencida, no quiere usar de su propia libertad, apetece vivir bajo una estrecha observancia, no codicia señorear á nadie, sino vivir y servir y estar debajo de la mano de Dios; por Dios está pronta á obedecer con toda humildad á cualquiera criatura humana.

4. La naturaleza trabaja por su conveniencia, y tiene la mira á la utilidad que le puede venir.

Pero la gracia no considera lo quo le es útil y conveniente, sino lo que aprovecha á muchos.

5. La naturaleza recibe con gusto la honra y la reverencia.

Mas la gracia atribuye fielmente á sólo Dios toda honra y gloria.

6. La naturaleza teme la confusión y el desprecio.

Pero la gracia se alegra en padecer injurias por el nombre de Jesús.

7. La naturaleza ama el ocio y la quietud corporal.

Mas la gracia no puede estar ociosa; antes abraza de buena voluntad el trabajo.

8. La naturaleza busca tener cosas curiosas y hermosas, y aborrece las viles y groseras.

Mas la gracia se deleita con cosas llanas y bajas, no desecha las ásperas, ni rehusa el vestir ropas viejas.

9. La naturaleza mira lo temporal y se alegra de las ganancias terrenas, se entristece del daño, y enójase con cualquier palabra injuriosa.

Pero la gracia mira lo eterno, no está pegada á lo temporal, ni se turba cuando lo pierde, ni se exaspera con las palabras ofensivas, porque puso su tesoro y gozo en el Cielo, donde ninguna cosa perece.

10. La naturaleza es codiciosa, y de mejor gana toma que da; ama sus cosas propias y particulares.

Mas la gracia es piadosa y común para todos, huye la singularidad, conténtase con poco, tiene por mayor felicidad el dar que el recibir.

11. La naturaleza nos inclina á las criaturas, á la propia carne, á la vanidad y á las distracciones.

Pero la gracia nos lleva á Dios y á las virtudes, renuncia las criaturas, huye el mundo, aborrece los deseos de la carne, refrena los pasos vanos, avergüénzase de parecer en público.

12. La naturaleza toma de buena gana cualquier placer exterior en que deleite sus sentidos.

Pero la gracia en sólo Dios quiere consolarse, y deleitarse en el Sumo bien sobre todo lo visible.

13. Cuanto hace la naturaleza es por su propia utilidad y conveniencia; no puede hacer cosa de balde, sino que espera alcanzar otro tanto ó más, ó si no, alabanza ó favor por el bien que ha hecho, y desea que sean sus obras y sus dádivas muy ponderadas.

Mas la gracia ninguna cosa temporal busca, ni quiere otro premio sino á sólo Dios, y de lo temporal no quiere más que cuanto basta para conseguir lo eterno.

14. La naturaleza se complace en sus muchos amigos y parientes, se gloría de su noble nacimiento y distinguido linaje, halaga á los poderosos, lisonjea á los ricos, aplaude á los iguales.

Pero la gracia ama aun á los enemigos, no se engríe por los muchos amigos, ni hace caso de propio nacimiento y linaje si en él no hay mayor virtud.

Favorece más al pobre que al rico, se acomoda más bien al inocente que al poderoso, se alegra con el veraz, no con el engañoso.

Exhorta siempre á los buenos á que aspiren á gracias mejores y se asemejen al Hijo de Dios por sus virtudes.

15. La naturaleza luego se queja de la necesidad y del trabajo.

Pero la gracia lleva con buen rostro la pobreza.

16. La naturaleza todo lo dirige á sí misma, y por sí pelea y porfía.

Mas la gracia todo lo refiere á Dios, de donde originalmente emana; ningún bien se arroga ni se atribuye á sí misma. No porfía ni prefiere su modo de pensar al de los otros, sino que en todo dictamen y opinión se sujeta á la Sabiduría eterna y al divino examen.

17. La naturaleza apetece saber secreto y oir novedades; quiere aparecer en público y observar mucho por los sentidos; desea ser conocida y hacer cosas de donde le proceda alabanza y fama.

Pero la gracia no cuida de oir cosas nuevas ni curiosas, porque todo esto nace de la corrupción antigua, y no hay cosa nueva ni durable sobre la Tierra.

Enseña á recoger los sentidos, á huir la vana complacencia y ostentación, á esconder humildemente lo que tenga digno de admiración ó alabanza, y buscar en todas las cosas y en toda ciencia fruto de utilidad y la alabanza y honra de Dios.

No quiere que ella ni sus cosas sean pregonadas, sino que Dios sea glorificado en sus dones, que los da todos con purísimo amor.

18. Esta gracia es una luz sobrenatural y un don especial de Dios, y propiamente la marca de los escogidos y la prenda de la salvación eterna, la cual levanta al hombre de lo terreno á amar lo celestial, y de carnal le hace espiritual.

Así que cuanto más apremiada sea la naturaleza, tanto mayor gracia se infunde, y cada día es reformado el hombre interior según la imagen de Dios con nuevas visitaciones.

CAPÍTULO LV

De la corrupción de la naturaleza, y de la eficacia de la gracia divina.

EL ALMA: 1. Señor, Dios mío, que me creaste á tu imagen y semejanza; concédeme aquesta gracia que declaraste ser tan grande y necesaria para la salvación, á fin de que yo pueda vencer mi perversa naturaleza, que me arrastra á los pecados y á la perdición.

Pues yo siento en mi carne la ley del pecado que contradice á la ley de mi alma y me lleva cautivo á obedecer en muchas cosas á la sensualidad, y no puedo resistir á sus pasiones si no me asiste tu santísima gracia, eficazmente infundida en mi corazón.

2. Necesaria es tu gracia, y grande gracia, para vencer la naturaleza, inclinada siempre á lo malo desde su juventud.

Porque, abatida en el primer hombre Adán y viciada por el pecado, pasa á todos los hombres la pena de esta mancha; de suerte que la misma naturaleza, que fué creada por Ti buena y derecha, ya se toma por el vicio y enfermedad de la naturaleza corrompida, porque el mismo movimiento suyo que le quedó, la induce al mal y á lo terreno.

Pues la poca fuerza que le ha quedado es como una centellita escondida en la ceniza.

Ésta es la razón natural, cercada de grandes tinieblas, pero capaz todavía de juzgar del bien y del mal y de discernir lo verdadero de lo falso, aunque no tiene fuerza para cumplir todo lo que le parece bueno, ni usa de la perfecta luz de la verdad, ni tiene sanas sus aficiones.

3. De aquí viene, Dios mío, que yo, según el hombre interior, me deleito en tu ley, sabiendo que tus mandamientos son buenos, justos y santos, juzgando también que todo mal y pecado se debe huir.

Pero con la carne sirvo á la sensualidad más que á la razón.

Así es también que propongo frecuentemente hacer muchas buenas obras; pero como falta la gracia para ayudar á mi flaqueza, con poca resistencia vuelvo atrás y desfallezco.

Por la misma causa sucede que conozco el camino de la perfección, y veo con bastante claridad cómo debo obrar.

Mas, agravado del peso de mi propia corrupción, no me levanto á cosas más perfectas.

4. ¡Oh; cuán necesaria me es, Señor, tu gracia para comenzar el bien, continuarlo y perfeccionarlo!

Porque sin ella, ninguna cosa puedo hacer; pero en Ti todo lo puedo, confortado con la gracia.

¡Oh gracia verdaderamente celestial, sin la cual nada son los merecimientos propios, ni se han de estimar en algo los dones naturales!

Ni las artes, ni la riqueza, ni la hermosura, ni el ingenio ó la elocuencia valen delante de Ti, Señor, sin tu gracia.

Porque los dones naturales son comunes á buenos y á malos; mas la gracia ó la caridad es don propio de los escogidos, y con ella se hacen dignos de la vida eterna.

Tan encumbrada es esta gracia, que ni el don de la profecía, ni el hacer milagros ó algún otro saber, por sutil que sea, es estimado en algo sin ella.

Ni aun la fe ni la esperanza ni las otras virtudes son aceptas á Ti sin caridad ni gracia.

5. ¡Oh beatísima gracia, que al pobre de espíritu le haces rico en virtudes, y al rico de muchos bienes vuelves humilde de corazón!

¡Ven; desciende á mí, lléname luego de tu consolación, para que no desmaye mi alma de cansancio y sequedad de corazón!

Suplícote, Señor, que halle gracia en tus ojos, pues me basta, aunque me falte todo lo que la naturaleza desea.

Si fuere tentado y atormentado de muchas tribulaciones, no temeré los males estando tu gracia conmigo.

Ella es mi fortaleza, ella me da consejo y favor.

Mucho más poderosa es que todos los enemigos, y mucho más sabia que todos los sabios.

6. Ella enseña la verdad, da la ciencia, alumbra el corazón, consuela en las aflicciones, destierra la tristeza, quita el temor, alimenta la devoción, produce lágrimas afectuosas.

¿Qué soy yo sin la gracia, sino un madero seco y un tronco inútil y desechado?

Asístame, pues, Señor tu gracia, para estar siempre atento á emprender, continuar y perfeccionar buenas obras por tu Hijo Jesucristo. Amén.

CAPÍTULO LVI

Que debemos negarnos á nosotros mismos, y asemejarnos á Cristo por la Cruz.

JESUCRISTO: 1. Hijo, cuanto puedes salir de ti, tanto puedes pasarte á Mí.

Así como no desear nada exteriormente produce la paz interior, así el negarse interiormente causa la unión con Dios.

Quiero que aprendas la perfecta renuncia de ti mismo en mi voluntad, sin réplica ni queja.

Sígueme: *Yo soy camino, verdad y vida.* Sin camino, no hay por donde andar; sin verdad, no podemos conocer; sin vida, no hay quien pueda vivir. Yo soy el camino que debes seguir, la verdad que debes creer, la vida que debes esperar. Yo soy camino inviolable, verdad infalible, vida interminable.

Yo soy camino muy derecho, verdad suma, vida verdadera, vida bienaventurada, vida increada.

Si permanecieres en mi camino, conocerás la verdad, y la verdad te librará y alcanzarás la vida eterna.

2. Si quieres entrar en la vida, guarda mis mandamientos.

Si quieres conocer la verdad, créeme á Mí.

Si quieres ser perfecto, vence todas las cosas.

Si quieres ser mi discípulo, niégate á ti mismo.

Si quieres poseer la vida bienaventurada, desprecia la presente.

Si quieres ser ensalzado en el Cielo, humíllate en el mundo.

Si quieres reinar conmigo, lleva la Cruz conmigo.

Porque sólo los siervos de la Cruz hallan el cami-

no de la bienaventuranza y de la luz verdadera.

EL ALMA: 3. Señor, Jesús, pues que tu camino es estrecho y despreciado en el mundo, concédeme que te imite en despreciar el mundo.

Pues no es mejor el siervo que su señor, ni el discípulo es superior al maestro.

Ejercítese tu siervo en tu vida, pues en ella está mi salud y la santidad verdadera.

Cualquier cosa que fuera de ella oigo ó leo, no me recrea ni satisface cumplidamente.

JESUCRISTO: 4. Hijo, pues sabes eso y lo has leído todo, si lo hicieres, serás bienaventurado.

El que abraza mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama, y Yo le amaré, y me manifestaré á él, y le haré sentarse conmigo en el reino de mi Padre.

EL ALMA: 5. Señor, Jesús, como lo dijiste y prometiste, así se haga, y pueda yo merecerlo.

Recibí de tu mano la Cruz: yo la llevaré hasta la muerte, así como Tú me la pusiste.

Verdaderamente, la vida del buen religioso es cruz; pero guía al Paraíso.

Ya hemos comenzado: no se debe volver atrás, ni conviene dejarla.

6. ¡Ea, hermanos; vamos juntos: Jesús será con nosotros!

Por Jesús tomamos esta cruz; por Jesús perseveremos en ella.

Será nuestro auxiliador el que es nuestro capitán y fué nuestro ejemplo.

Mirad á nuestro rey, que va delante de nosotros y peleará por nosotros.

Sigámosle varonilmente; nadie tema los terrores; estemos preparados á morir con ánimo en la batalla, y no demos tal afrenta á nuestra gloria que huyamos de la Cruz.

CAPÍTULO LVII

No debe acobardarse demasiado el que cae en algunas faltas.

JESUCRISTO: 1. Hijo, más me agradan la humildad y la paciencia en la adversidad, que el mucho consuelo y devoción en la prosperidad.

¿Por qué te entristece una pequeña cosa dicha contra ti?

Aunque más fuera, no debieras inquietarte.

Mas ahora déjala pasar, porque no es la primera ni nueva, ni será la última si mucho vivieres.

Harto esforzado eres cuando ninguna cosa contraria te viene.

Aconsejas bien y sabes alentar á otros con palabras; pero cuando viene á tu puerta alguna repentina tribulación, luego te falta consejo y esfuerzo.

Mira tu gran fragilidad, que experimentas á cada paso en pequeñas ocasiones; mas todo este mal que te sucede redunda en tu salud.

2. Apártalo como mejor supieres de tu corazón, y si llegó á tocarte, no permitas que te abata ni te lleve embarazado mucho tiempo.

Sufre á lo menos con paciencia, si no puedes con alegría.

Y si oyes algo contra tu gusto y te sientes irritado, refrénate, y no dejes salir de tu boca alguna palabra desordenada que pueda escandalizar á los inocentes.

Presto se aquietará el ímpetu excitado en tu corazón, y el dolor interior se dulcificará con la vuelta de la gracia.

Aún vivo Yo (dice el Señor), dispuesto para ayudarte y para consolarte más de lo acostumbrado, si confías en Mí y me llamas con devoción.

3. Ten buen ánimo, y apercíbete para trances mayores.

Aunque te veas muchas veces atribulado ó gravemente tentado, no por eso está ya todo perdido.

Hombre eres, y no Dios; carne, y no ángel.

¿Cómo podrás tú estar siempre en un mismo estado de virtud, cuando le faltó al ángel en el Cielo y al primer hombre en el Paraíso?

Yo soy el que levanta con entera salud á los que lloran, y traigo á mi Divinidad á los que conocen su flaqueza.

EL ALMA: 4. ¡Señor, bendita sea tu palabra, dulce para mi boca más que la miel y el panal!

¿Qué haría yo en tantas tribulaciones y angustias si Tú no me animases con tus santas palabras?

Con tal que al fin llegue yo al puerto de salvación, ¿qué se me da de cuanto hubiere padecido?

Dame buen fin, dame una dulce partida de este mundo.

Acuérdate de mí, Dios mío, y guíame por camino derecho á tu reino. Amén.

CAPÍTULO LVIII

No deben escudriñarse las cosas altas y los juicios ocultos de Dios.

JESUCRISTO: 1. Hijo, guárdate de disputar de materias altas y de los secretos juicios de Dios, por qué uno es desamparado y otro tiene tantas gracias, por qué está uno muy afligido y otro tan altamente ensalzado.

Estas cosas exceden á toda humana capacidad, y no basta razón ni disputa alguna para investigar el juicio divino.

Por eso, cuando el enemigo te trajere esto al pensamiento ó algunos hombres curiosos lo preguntaren, responde aquello del profeta: *Justo eres, Señor, y justo tu juicio.*

Y también: *Los juicios del Señor son verdaderos y justificados en sí mismos.*

Mis juicios han de ser temidos, no examinados, porque no se comprenden con entendimiento humano.

2. Tampoco te pongas á inquirir ó disputar de los merecimientos de los Santos, cuál sea más santo ó mayor en el reino de los Cielos.

Estas cosas muchas veces causan contiendas y disensiones sin provecho; aumentan también la soberbia y la vanagloria, de donde nacen envidias y discordias cuando uno quiere preferir imprudentemente un Santo y otro quiere á otro.

Querer saber é inquirir tales cosas, ningún fruto trae; antes desagrada mucho á los Santos, porque Yo no soy Dios de discordia, sino de paz, la cual consiste más en la verdadera humildad que en la propia estimación.

3. Algunos con celo de amor se aficionan á unos Santos más que á otros, pero más por afecto humano que divino.

Yo soy el que hice á todos los Santos; Yo les di la gracia; Yo les he dado la Gloria.

Yo sé los méritos de cada uno; Yo les previne con bendiciones de mi dulzura.

Yo conocí mis amados antes de los siglos; Yo los escogí del mundo, y no ellos á Mí.

Yo los llamé por gracia y atraje por misericordia; Yo los llevé por diversas tentaciones.

Yo les envié grandes consolaciones, les dí la perseverancia, y coroné su paciencia.

4. Yo conozco al primero y al último.

Yo los abrazo á todos con amor inestimable.

Yo soy digno de ser alabado en todos mis Santos y ensalzado sobre todas las cosas; Yo debo ser honrado por cada uno de cuantos he engrandecido y predestinado, sin preceder algún merecimiento suyo.

Por eso quien despreciare á uno de mis pequeñuelos, no honra al grande, porque yo hice al grande y al pequeño.

Y el que quisiere deprimir á alguno de los Santos, á Mí me deprime y á todos los demás del reino de los Cielos.

Todos son una misma cosa por vínculo de la caridad; todos tienen un mismo parecer y un mismo querer, y todos se aman recíprocamente.

5. Y sobre todo, más me aman á Mí que á sí mismos y á todos sus merecimientos.

Porque, elevados sobre sí y libres de su propio amor, se pasan del todo al mío, y en él descansan y se regocijan con gozo inexplicable.

No hay cosa que pueda apartarlos ni declinarlos, porque, llenos de la verdad eterna, arden en el fuego inextinguible de la caridad.

Callen, pues, los hombres carnales y animales, y no disputen del estado de los Santos, pues no saben amar sino los gozos particulares. Quitan y ponen según su inclinación, no como agrada á la eterna Verdad.

6. Muchos, por efecto de ignorancia, especialmente los que se hallan con poca luz interior, con dificultad saben amar á alguno con perfecto amor espiritual.

Y aun los lleva mucho el afecto natural y la amis-

tad humana, con la cual se inclinan más á unos que á otros; y así como sienten de las cosas terrenas, así imaginan de las celestiales.

Mas hay grandísima diferencia entre lo que piensan los hombres imperfectos y lo que saben los varones espirituales por la revelación divina.

7. Guárdate, pues, hijo de tratar curiosamente de las cosas que exceden á tu alcance: de lo que debes tratar es de que puedas ser siquiera el menor en el reino de Dios.

Y aunque uno supiese quién es más santo que otro ó el mayor en el reino del Cielo, ¿de qué le serviría el saberlo si no se humillase delante de Mí por este conocimiento y no se levantase á alabar más puramente mi nombre?

Mucho más agradable es á Dios el que piensa en la gravedad de sus propios pecados y en la poquedad de sus virtudes, y cuán lejos está de la perfección de los Santos, que el que porfía cuál será mayor ó menor Santo.

Mejor es rogar á los Santos con devotas oraciones y lágrimas y con humilde corazón invocar su favor, que escudriñar sus secretos con inútil investigación.

8. Ellos están cumplidamente contentos, si los hombres saben contentarse y refrenar la vanidad de su lengua.

No se glorian de sus propios merecimientos, pues que ninguna cosa buena se atribuyen á sí mismos, sino todo á Mí, porque yo les di todo cuanto tienen con mi infinita caridad.

Llenos están de tanto amor de la Divinidad y de tal abundancia de gozos, que ninguna parte de gloria les falta, ni puede faltarles cosa alguna de bienaventuranza.

Todos los Santos, cuanto más altos están en la Gloria, tanto más humildes son en sí mismos, están más cercanos á Mí y son más amados de Mí.

Por lo cual está escrito que abatieron sus coronas delante de Dios, y se postraron sobre su rostro delante del Cordero, y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

9. Muchos preguntan quién es el mayor en el

reino de Dios, que no saben si serán dignos de ser contados con los ínfimos.

Gran cosa es ser en el Cielo siquiera el menor, donde todos son grandes, porque todos se llamarán y serán hijos de Dios.

El menor será grande entre mil, y el pecador de cien años morirá.

Pues cuando preguntaron los discípulos quién fuese mayor en el reino de los Cielos, tuvieron esta respuesta:

Si no os hiciereis y os volviereis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos.

Por eso, cualquiera que se humillare como niño, aquel será el mayor en el reino del Cielo,

10. ¡Ay de aquellos que se desdeñan de humillarse de voluntad con los pequeñitos, porque la puerta humilde y angosta del reino celestial no les permitirá entrar! ¡Ay también de los ricos que tienen aquí sus deleites, porque cuando entraren los pobres en el reino de Dios, quedarán ellos fuera aullando y llorando á lágrima viva!

Alegraos los humildes, y regocijaos los pobres, que vuestro es el reino de Dios si andáis en el camino de la verdad.

CAPÍTULO LIX

Toda la esperanza y confianza se debe poner en sólo Dios.

EL ALMA: 1. Señor, ¿cuál es mi confianza en esta vida, ó cuál mi mayor contento de cuantos hay debajo del Cielo?

Por ventura, ¿no eres Tú mi Dios y Señor, cuyas misericordias no tienen número?

¿Dónde me fué bien sin Ti, ó cuándo pudo irme mal estando Tú presente?

Más quiero ser pobre por Ti, que rico sin Ti.

Por mejor tengo peregrinar contigo en la Tierra, que poseer sin Ti el Cielo. Donde Tú estás, allí está el Cielo, y donde no, el Infierno y la muerte.

Á Ti se dirige todo mi deseo, y por eso no cesaré de orar, gemir y clamar en pos de Ti.

En fin, yo no puedo confiar cumplidamente en al-

guno que me ayude oportunamente en mis necesidades, sino en Ti solo, Dios mío.

Tú eres mi esperanza y mi confianza; Tú mi consolador y el amigo más fiel en todo.

2. Todos buscan su interés; Tú buscas solamente mi salud y mi aprovechamiento, y todo me lo conviertes en bien.

Aunque algunas veces me dejas en diversas tentaciones y adversidades, todo lo ordenas para mi provecho, que sueles de mil modos probar á tus escogidos. En esta prueba debes ser tan amado y alabado como si me colmases de consolaciones celestiales.

3. En Ti, pues, Señor Dios, pongo toda mi esperanza y refugio; en tus manos dejo mis tribulaciones y angustias, porque fuera de Ti, todo es débil é inconstante.

Porque no me aprovecharán los muchos amigos, ni podrán ayudarme los defensores poderosos, ni los consejeros discretos darme respuesta conveniente, ni los libros doctos consolarme, ni cosa alguna preciosa librarme, ni algún lugar secreto y delicioso defenderme, si Tú mismo no me auxilias, ayudas, esfuerzas, consuelas, enseñas y guardas.

4. Porque todo lo que parece conducente para tener paz y felicidad, es nada si Tú estás ausente, ni da sino una sombra de felicidad.

Tú eres, pues, fin de todos los bienes, centro de la vida y abismo de sabiduría; y esperar en Ti sobre todo es grandísima consolación para tus siervos.

Á Ti, Señor, levanto mis ojos; en Ti confío, Dios mío, padre de misericordias.

Bendice y santifica mi alma con bendición celestial, para que sea morada santa tuya y silla de tu gloria eterna; y no haya en este templo tuyo cosa que ofenda los ojos de tu Majestad soberana.

Mírame según la grandeza de tu bondad y según la multitud de tus misericordias, y oye la oración de este pobre siervo tuyo, desterrado lejos, en la región de la sombra de la muerte.

Defiende y conserva el alma de este tu siervecillo entre tantos peligros de la vida corruptible, y acompañándola tu gracia, guíala por el camino de la paz á la patria de la perpetua claridad. Amén.



IMITACIÓN DE CRISTO

LIBRO CUARTO

Del Santísimo Sacramento del Altar.

EXHORTACIÓN DEVOTA PARA LA SAGRADA COMUNIÓN

JESUCRISTO: *Venid á Mí todos los que tenéis trabajos y estáis cargados, y yo os aliviaré,* dice el Señor.

El pan que yo daré, es mi carne, por la vida del mundo.

Tomad y comed: éste es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de Mí.

El que come mi carne y bebe mi sangre, está en Mí, y yo en él.

Las palabras que os he dicho, espíritu y vida son.

CAPÍTULO PRIMERO

Con cuánta reverencia se ha de recibir á Jesucristo.

EL ALMA: 1. Éstas son tus palabras, ¡oh buen Jesús, Verdad eterna! Aunque no fueron dichas en un tiempo ni escritas en un mismo lugar.

Y, pues son tuyas y verdaderas, debo yo recibirlas todas con gratitud.

Tuyas son, pues Tú las dijiste; y también son mías, pues las dijiste por mi bien.

Muy de grado las recibo de tu boca, para que sean más profundamente grabadas en mi corazón.

Despiértanme palabras de tanta piedad, llenas de dulzura y de amor; mas, por otra parte, mis propios pecados me espantan, y mi mala conciencia me retrae de recibir tan altos misterios.

La dulzura de tus palabras me convida; mas la multitud de mis vicios me oprime.

2. Me mandas que me llegue á Ti con gran confianza si quiero tener parte contigo, y que reciba el manjar de la inmortalidad si deseo alcanzar vida y gloria para siempre.

Dices: *Venid á Mí todos los que tenéis trabajos y estais cargados, que yo os recrearé.*

¡Cuán dulces y amables son á los oídos del pecador estas palabras, por las cuales Tú, Señor Dios mío, convidas al pobre y al mendigo á la comunión de tu Santísimo Cuerpo!

Mas ¿quién soy yo, Señor, para que presuma llegarme á Ti?

Veo que no cabes en los Cielos de los Cielos, y Tú dices: *¡Venid á Mí todos!*

3. ¿Qué quiere decir esta tan piadosa dignación y este tan amistoso convite?

¿Cómo osaré llegarme yo, que no reconozco en mí cosa buena en que pueda confiar?

¿Cómo te hospedaré en mi habitación yo, que tantas veces ofendí tu benignísima presencia?

Los ángeles y arcángeles tiemblan; los Santos y justos temen, y Tú dices: *¡Venid á Mí todos!*

Si Tú, Señor, no dijeses esto, ¿quién lo creería?

Y si Tú no lo mandases, ¿quién osaría llegarse á Ti?

4. Noé, varón justo, trabajó cien años en fabricar un arca para guarecerse en ella con pocas personas: ¿pues cómo podré yo en una hora prepararme para recibir con reverencia al que fabricó el mundo?

Moisés, tu gran siervo y tu amigo especial, hizo un arca de madera incorruptible, y la guarneció de oro purísimo para poner en ella las tablas de la Ley; y yo, criatura podrida, ¿osaré recibirte tan fácilmente á Ti, hacedor de la ley y dador de la vida?

Salomón, el más sabio de los reyes de Israel, edi-

ficó en siete años en honor de tu nombre un magnífico templo.

Celebró ocho días la fiesta de su dedicación, ofreció mil hostias pacíficas, y colocó solemnemente el Arca del Testamento, con músicas y regocijos, en el lugar que le estaba preparado.

Y yo, miserable y el más pobre de los hombres, ¿cómo te introduciré en mi casa, que difícilmente estoy con devoción media hora? ¡Y ojalá que alguna vez gastase bien media hora!

5. ¡Oh Dios mío! ¿Qué no hicieron aquéllos por agradarte?

Mas, ¡ay de mí! ¡Cuán poco es lo que yo hago! ¡Qué corto tiempo gasto en prepararme para la Comunión!

Rara vez estoy del todo recogido, y rarísima me veo libre de toda distracción.

Y en verdad que en tu saludable y divina presencia no debiera ocurrirme pensamiento alguno poco decente ni ocuparme criatura alguna, porque no voy á hospedar á algún ángel, sino al Señor de los ángeles.

6. Además, hay grandísima diferencia entre el Arca del Testamento con cuanto contenía, y tu purísimo Cuerpo con sus inefables virtudes; entre aquellos sacrificios de la ley antigua que figuraban los venideros, y el sacrificio de tu Cuerpo, que es el cumplimiento de todos los sacrificios antiguos.

7. ¿Por qué, pues, no me inflamo más en tu venerable presencia?

¿Por qué no me dispongo con mayor cuidado para recibirte en el Sacramento al ver que aquellos antiguos santos patriarcas y profetas, reyes y príncipes, con todo su pueblo, mostraron tanta devoción al culto divino?

8. El devotísimo rey David bailó con toda su fuerza delante del arca de Dios, acordándose de los beneficios hechos en otro tiempo á los padres. Hizo diversos instrumentos músicos, compuso salmos y ordenó que se cantasen con alegría, y aun él mismo los cantó frecuentemente al arpa, inspirado por la gracia del Espíritu Santo; enseñó al pueblo de Israel á alabar á Dios de todo corazón, y á bendecirle y celebrarle cada día con voces acordes.

Pues si tanta era entonces la devoción y tanto se pensó en alabar á Dios delante del Arca del Testamento, ¿cuánta reverencia y devoción debo yo tener y todo el pueblo cristiano en presencia del Sacramento y al recibir el Santísimo Cuerpo de Cristo?

9. Muchos corren á diversos lugares para visitar las reliquias de los Santos, y se maravillan de oir sus hechos; miran los grandes edificios de los templos, y besan los sagrados huesos guardados en oro y seda.

Y Tú estás aquí presente delante de mí en el altar, Dios mío, Santo de los Santos, Creador de los hombres y Señor de los ángeles.

Muchas veces los hombres hacen aquellas visitas por la novedad y por la curiosidad de ver cosas que no han visto; y así es que sacan muy poco fruto de enmienda, mayormente cuando andan con liviandad de una parte á otra sin contrición verdadera.

Mas aquí, en el Sacramento del Altar, estás todo presente, Jesús mío, Dios y hombre; en él se coge copioso fruto de eterna salud todas las veces que te recibieren digna y devotamente.

Y á esto no nos trae ninguna liviandad ni curiosidad ó sensualidad, sino la fe firme, la esperanza devota y la pura caridad.

10. ¡Oh Dios invisible, Creador del mundo; cuán maravillosamente lo haces con nosotros!

¡Cuán suave y graciosamente te portas con tus escogidos, á quienes te ofreces á Ti mismo en este Sacramento para que te reciban!

Esto, en verdad, excede sobre todo entendimiento; esto especialmente cautiva los corazones de los devotos y enciende su afecto.

Porque los verdaderos fieles tuyos que se disponen para enmendar toda su vida, de este Sacramento dignísimo reciben continuamente grandísima gracia de devoción y amor de la virtud.

11. ¡Oh admirable y escondida gracia de este Sacramento, la cual conocen solamente los fieles de Cristo! Pero los infieles y los que sirven al pecado no la pueden gustar.

En este Sacramento se da gracia espiritual, se re-

para en el alma la virtud perdida, y reflorece la hermosura afeada por el pecado. Tanta es algunas veces esta gracia, que de la abundante devoción que causa no sólo el alma, sino aun el cuerpo flaco, siente haber recibido fuerzas mayores.

12. Pero es muy mucho de sentir y de llorar nuestra tibieza y negligencia, porque no nos movemos con mayor afecto á recibir á Cristo, en quien consiste toda la esperanza y el mérito de los que han de salvarse.

Porque Él es nuestra santificación y redención, Él, nuestro consuelo en esta peregrinación y el gozo eterno de los Santos.

Y así, es muy digno de llorarse el poco caso que muchos hacen de este saludable Sacramento, el cual alegra al Cielo y conserva al Universo mundo.

¡Oh ceguedad y dureza del corazón humano, que tan poco atiende á tan inefable don, y por la mucha frecuencia ha venido á reparar menos en él!

13. Porque si este sacratísimo Sacramento se celebrase en un solo lugar y se consagrara por un solo sacerdote en todo el mundo, ¿con cuánto deseo y afecto acudirían los hombres á aquel sacerdote de Dios para verle celebrar los divinos misterios?

Mas ahora hay muchos sacerdotes, y se ofrece Cristo en muchos lugares, para que se muestre tanto mayor la gracia y amor de Dios al hombre cuanto la sagrada Comunión es más liberalmente difundida por el mundo.

Gracias á Ti, buen Jesús, pastor eterno que te dignaste recrearnos á nosotros, pobres y desterrados, con tu precioso Cuerpo y Sangre, y también convidarnos con palabras de tu propia boca á recibir estos misterios diciendo: *Venid á Mí todos los que tenéis trabajos y estáis cargados, que yo os aliviaré.*

CAPÍTULO II

De la bondad y caridad de Dios, que se manifiesta en este Sacramento para con los hombres.

EL ALMA: 1. Señor, confiando en tu bondad y gran misericordia, vengo yo, enfermo, al médico; hambriento y sediento, á la fuente de la vida; pobre, al

rey del Cielo; siervo, al Señor; criatura, al Creador; desconsolado, á mi piadoso consolador.

Mas ¿de dónde á mi tanto bien, que Tú vengas á mí? ¿Quién soy yo para que te me des á Ti mismo?

¿Cómo se atreve el pecador á comparecer delante de Ti? Y Tú ¿cómo te dignas venir al pecador?

Tú conoces á tu siervo, y sabes que ningún bien tiene por donde pueda merecer que Tú le hagas este beneficio.

Yo te confieso, pues, mi vileza, reconozco tu verdad, alabo tu piedad, y te doy gracias por tu extremada caridad.

Pues así lo haces conmigo, no por mis merecimientos, sino por Ti mismo, para darme á conocer mejor tu bondad, para que se me infunda mayor caridad y se recomiende más la humildad.

Pues así te agrada á Ti y así mandaste que se hiciese, también me agrada á mí que Tú lo hayas tenido por bien. ¡Ojalá que no lo impida mi maldad!

2. ¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesús! ¡Cuánta reverencia y gracias acompañadas de perpetua alabanza te son debidas por habernos dado tu Sacratísimo Cuerpo, cuya dignidad ningún hombre es capaz de explicar!

Mas ¿qué pensaré en esta Comunión cuando quiero llegarme á mi Señor, á quien no puedo venerar debidamente, y, sin embargo, deseo recibir con devoción?

¿Qué cosa mejor y más saludable pensaré, sino humillarme profundamente delante de Ti y ensalzar tu infinita bondad sobre mí?

Yo te alabo, Dios mío, y deseo que seas ensalzado para siempre. Despréciome y me rindo á tu Majestad en el abismo de mi bajeza.

3. Tú eres el Santo de los Santos, y yo, la basura de los pecadores.

Tú te bajarás á mí, que no soy digno de alzar los ojos para mirarte.

Tú vienes á mí, Tú quieres estar conmigo, Tú me convidas á tu mesa.

Tú quieres darme á comer el manjar celestial y el pan de los ángeles, que no es otra cosa, por cierto, sino Tú mismo; pan vivo que descendiste del Cielo y das vida al mundo.

4. ¡Cuánto es, pues, tu amor, cuál tu dignación, y cuántas gracias y alabanza te son debidas por esto!

¡Oh; cuán saludable y provechoso designio tuviste en la institución de este Sacramento! ¡Cuán suave es y cuán agradable este convite, en que te das á Ti mismo por manjar!

¡Oh; cuán admirables son tus obras, Señor! ¡Cuán poderosa tu virtud! ¡Cuán inefable tu verdad!

Pues Tú hablaste, y fué hecho el Universo, y se hizo lo que Tú mandaste.

5. Admirable cosa es, digno objeto de la fe y superior al entendimiento humano, que Tú, Señor Dios mío, verdadero Dios y hombre, eres contenido entero debajo de las especies de pan y vino, y sin detrimento eres comido por el que te recibe.

Tú, Señor de todo, que de nada necesitas, quisiste habitar entre nosotros por medio de este Sacramento.

Conserva mi corazón y mi cuerpo sin mancha, para que con alegre y limpia conciencia pueda celebrar frecuentemente y recibir para mi eterna salvación este digno misterio, que ordenaste y estableciste principalmente para honra tuya y memoria continua.

6. Alégrate, alma mía, y da gracias á Dios por don tan excelente y consuelo tan singular que te fué dejado en este valle de lágrimas.

Porque cuantas veces te acuerdas de este misterio y recibes el cuerpo de Cristo, tantas representas la obra de tu redención, y te hace participante de todos sus merecimientos.

Porque la caridad de Cristo nunca se disminuye, y la grandeza de su misericordia nunca mengua.

7. Por eso debes prepararte siempre con nueva devoción del alma, y pensar con atenta consideración este gran misterio de salud.

Así debe parecerte tan grande, tan nuevo y agradable cuando celebras ú oyes Misa como si fuese el mismo día en que Cristo, descendiendo en el vientre de la Virgen, se hizo hombre, ó aquel en que, puesto en la Cruz, padeció y murió por la salud de los hombres.

CAPÍTULO III

Que es provechoso comulgar con frecuencia.

EL ALMA: 1. Á Ti vengo, Señor, para disfrutar de tu don sagrado y regocijarme en tu santo convite, que en tu dulzura preparaste, Dios mío, para el pobre.

En Ti está cuanto puedo y debo desear; Tú eres mi salud y redención, mi esperanza y fortaleza, mi honor y mi gloria.

Alegra, pues, hoy el alma de tu siervo, porque á Ti, Jesús mío, he levantado mi espíritu.

Deseo yo recibirte ahora con devoción y reverencia; deseo hospedarte en mi casa de manera que merezca, como Zaqueo, tu bendición, y ser contado entre los hijos de Abraham.

Mi alma anhela tu sagrado cuerpo; mi corazón desea ser unido contigo.

2. Date, Señor, á mí, y me basta; porque sin Ti, ninguna consolación satisface.

Sin Ti no puedo existir, y sin tu visitación no puedo vivir.

Por eso me conviene llegarme muchas veces á Ti y recibirte para remedio de mi salud, para que no me desmaye en el camino si fuere privado de este manjar celestial.

Pues Tú, benignísimo Jesús, predicando á los pueblos y curando diversas enfermedades, dijiste: *No quiero consentir que se vayan ayunos á su casa, por que no desmayen en el camino.*

Haz, pues, ahora conmigo de esta suerte, pues te quedaste en el Sacramento para consolación de los fieles.

Tú eres suave alimento del alma, y quien te comiere dignamente, será participante y heredero de la Gloria eterna.

Yo, que tantas veces caigo y peco, tan presto me entibio y desmayo, necesito verdaderamente renovarme, purificarme y alentarme por la frecuencia de oraciones y confesiones y de la sagrada participación de tu Cuerpo, no sea que absteniéndome de comulgar por mucho tiempo, decaiga de mi santo propósito.

3. Porque las inclinaciones del hombre son hacia lo malo desde su juventud; y si no le socorre la medicina celestial, al punto va de mal en peor.

Así es que la santa Comunión retrae de lo malo y conforta en lo bueno.

Y si ahora que comulgo ó celebro soy tan negligente y tibio, ¿qué sucedería si no tomase tal medicina y si no buscara auxilio tan grande?

Y aunque no esté preparado cada día ni bien dispuesto para celebrar, procuraré, sin embargo, recibir los divinos misterios en los tiempos convenientes para hacerme participante de tanta gracia.

Porque el principal consuelo del alma fiel mientras peregrina unida á este cuerpo mortal, es acordarse frecuentemente de su Dios y recibir á su amado con devoto corazón.

4. ¡Oh admirable dignación de tu clemencia para con nosotros, que tú, Señor Dios, Creador y Vivificador de todos los espíritus, te dignas venir á una pobrecilla alma y satisfacer su hambre con toda tu Divinidad y Humanidad!

¡Oh feliz espíritu y dichosa alma la que merece recibir con devoción á su Dios y Señor y rebosar así de gozo espiritual!

¡Oh; qué Señor tan grande recibe, qué huésped tan amable aposenta, qué compañero tan agradable admite, qué amigo tan fiel elige, qué esposo abraza tan noble y tan hermoso, y más amable que todo cuanto se puede amar y desear!

Callen en tu presencia, mi dulcísimo amado, el Cielo y la Tierra con todo su ornato, porque todo cuanto tienen de esplendor y de hermosura lo han recibido de tu beneficencia, y nunca pueden aproximarse á la gloria de tu nombre, cuya sabiduría es infinita.

CAPÍTULO IV

De los muchos bienes que se conceden á los que devotamente comulgan.

EL ALMA: 1. Señor, Dios mío, prevén á tu siervo con las bendiciones de tu dulzura, para que merezca llegar digna y devotamente á tu sublime Sacramento.

Mueve mi corazón hacia Ti, y sácame de este grave entorpecimiento; visítame con tu gracia saludable para que pueda gustar en espíritu de suavidad, cuya abundancia se halla en este Sacramento como en su fuente.

Alumbra también mis ojos para que pueda mirar tan alto misterio, y esfuérzame para creerlo con firmísima fe.

Porque obra tuya es, y no poder humano; sagrada institución tuya, y no invención de hombres.

Ninguno, ciertamente, es capaz por sí mismo de entender cosas tan altas, que aun á la sutileza angélica exceden.

Pues yo, pecador indigno, tierra y ceniza, ¿qué podré escudriñar y entender de tan alto secreto?

2. Señor, con sencillez de corazón, con fe firme y sincera y por mandato tuyo, me acerco á Ti con reverencia y confianza, y creo verdaderamente que estás aquí presente en el Sacramento como Dios y como hombre.

Pues quieres, Señor, que yo te reciba y que me una contigo en caridad.

Por eso suplico á tu clemencia y pido la gracia especial de que todo me deshaga en Ti y rebose de amor, y que no cuide ya de ninguna otra consolación.

Porque este altísimo y dignísimo Sacramento es la salud del alma y del cuerpo, medicina de toda enfermedad espiritual, con la cual se curan mis vicios, refrénanse mis pasiones, las tentaciones se vencen ó disminuyen, dase mayor gracia, la virtud comenzada crece, confírmase la fe, esfuérzase la esperanza, y se enciende y dilata la caridad.

3. Porque muchos bienes has dado y das siempre en este Sacramento á tus amados que devotamente comulgan, Dios mío, huésped de mi alma, reparador de la enfermedad humana y dador de toda consolación interior.

Tú les infundes mucho consuelo contra diversas tribulaciones, y de lo profundo de su propio desprecio los levantas á esperar tu protección, y con una nueva gracia los recreas y alumbras interiormente; y así, los que antes de la Comunión estaban inquietos y sin devoción, después, recreados con

este sustento celestial, se hallan muy mejorados.

Y esto lo haces de gracia con tus escogidos para que conozcan verdaderamente y experimenten á las claras cuánta flaqueza tienen en sí mismos, y cuán grande bondad y gracia alcanzan de tu clemencia.

Porque, siendo por sí mismos fríos, duros é indevotos, de Ti reciben el estar fervorosos, devotos y alegres.

¿Pues quién, llegando humildemente á la fuente de la suavidad, no vuelve con algo de dulzura?

¿O quién está cerca de algún gran fuego, que no reciba algún calor?

Tú eres fuente llena que siempre mana y rebosa; fuego que de continuo arde y nunca se apaga.

4. Por eso, si no me es dado sacar agua de la abundancia de la fuente, beber hasta hartarme, pondré siquiera mis labios á la boca del caño celestial, para que á lo menos reciba de allí alguna gotilla para templar mi sed y no secarme enteramente.

Y si no puedo ser todo celestial y tan abrasado como los querubines y serafines, trabajaré á lo menos por hacerme devoto y disponer mi corazón para adquirir siquiera una pequeña llama del divino incendio, mediante la humilde comunión de este vivífico Sacramento.

Pero todo lo que me falta, buen Jesús, Salvador santísimo, súplelo Tú benigna y graciosamente por mí, pues tuviste por bien llamar á todos, diciendo: *Venid á Mí todos los que tenéis trabajos y estáis cargados, que yo os recrearé.*

5. Yo, pues, trabajo con sudor de mi rostro, soy atormentado con dolor de mi corazón, estoy cargado de pecados, combatido de tentaciones, envuelto y oprimido por muchas pasiones, y no hay quien me valga, no hay quien me libre y salve, sino Tú, Señor Dios, Salvador mío, á quien me encomiendo y todas mis cosas, para que me guardes y lleves á la vida eterna.

Recíbeme para honra y gloria de tu nombre, pues me dispusiste tu Cuerpo y Sangre en manjar y bebida.

Concédeme, Señor Dios, Salvador mío, que crezca el afecto de mi devoción con la frecuencia de este soberano misterio.

CAPÍTULO V

De la dignidad del Sacramento y del estado del sacerdocio.

JESUCRISTO: 1. Aunque tuvieses la pureza de los ángeles y la santidad de San Juan Bautista, no serías digno de recibir ni manejar este Sacramento.

Porque no cabe en merecimiento humano que el hombre consagre y tenga en sus manos el Sacramento de Cristo y coma el pan de los ángeles.

Grande es este misterio, y grande la dignidad de los sacerdotes, á los cuales es dado lo que no es concedido á los ángeles.

Pues sólo los sacerdotes ordenados en la Iglesia tienen poder de celebrar y consagrar el Cuerpo de Jesucristo.

El sacerdote es ministro de Dios, cuyas palabras usa por su mandamiento y ordenación; mas Dios es allí el principal autor y obrador invisible, á cuya voluntad todo está sujeto, y á cuyo mandamiento todo obedece.

2. Así, pues, debes creer á Dios todopoderoso en este sublime Sacramento, más que á tus propios sentidos y á las señales visibles.

Y por eso debe el hombre llegar á este misterio con temor y reverencia.

Reflexiona sobre ti mismo, y mira qué tal es el ministerio que te ha sido encomendado por la imposición de las manos del obispo.

Has sido hecho sacerdote y ordenado para celebrar: cuida, pues, de ofrecer á Dios este sacrificio con fe y devoción en el tiempo conveniente, y de mostrarte irreprensible.

No has aliviado tu carga: antes bien, estás atado con más estrecho vínculo, y obligado á mayor perfección de santidad.

El sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes, y ha de dar á los otros ejemplo de buena vida.

Su porte no ha de ser como el de los hombres comunes, sino como el de los ángeles en el Cielo, ó el de los varones perfectos en la Tierra.

3. El sacerdote vestido de las vestiduras sagra-

das tiene el lugar de Cristo para rogar devota y humildemente á Dios por sí y por todo el pueblo.

Él tiene la señal de la Cruz de Cristo delante de sí y en las espaldas, para que continuamente tenga memoria de su sacratísima pasión.

Delante de sí, en la casulla, lleva la Cruz, para que mire con diligencia las pisadas de Cristo y estudie en seguirle con fervor.

En las espaldas está también señalado por la Cruz, para que sufra con paciencia por Dios cualquiera injuria que otro le hiciere.

La Cruz lleva delante para que llore sus pecados, y detrás la lleva para llorar por compasión los ajenos, para que sepa que es medianero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni ofrecer el santo sacrificio hasta que merezca alcanzar la gracia y misericordia divina.

Cuando el sacerdote celebra, honra á Dios, alegra á los ángeles y edifica á la Iglesia, ayuda á los vivos, da descanso á los difuntos, y hácese participante de todos los bienes.

CAPÍTULO VI

Ejercicios para antes de la Comunión.

EL ALMA: 1. Señor, cuando pienso en tu dignidad y en mi vileza, tengo gran temblor y me hallo confuso.

Porque si no me llego á Ti, huyo de la vida, y si indignamente me atrevo, incurro en tu ofensa.

¿Pues qué haré, Dios mío, ayudador mío, consejero mío, en las necesidades?

2. Enséñame Tú el camino derecho; propónme algún ejercicio conveniente para la sagrada Comunión.

Porque es inútil saber de qué modo deba yo preparar mi corazón devotamente y con reverencia para recibir saludablemente tu Sacramento, ó para celebrar tan grande y divino sacrificio.

CAPÍTULO VII

Del examen de la propia conciencia, y del propósito de la enmienda.

JESUCRISTO: 1. Sobre todas las cosas es necesario que el sacerdote de Dios llegue á celebrar, manejar y recibir este Sacramento con grandísima humildad de corazón y con devota reverencia, con entera fe y con piadosa intención de la honra de Dios.

Examina diligentemente tu conciencia, y según tus fuerzas límpiala y adórnala con verdadero dolor y humilde confesión, de manera que no tengas ó sepas cosa grave que te remuerda y te impida llegar libremente al Sacramento.

Ten aborrecimiento de todos tus pecados en general, y por las faltas diarias duélete y gime más particularmente.

Y si el tiempo lo permite, confiesa á Dios todas las miserias de tus pasiones en lo secreto de tu corazón.

2. Llora, y duélete de que aún eres tan carnal y mundano, tan poco mortificado en las pasiones, tan lleno de movimientos de concupiscencia;

Tan poco diligente en la guarda de los sentidos exteriores, tan envuelto muchas veces en vanas imaginaciones;

Tan inclinado á las cosas exteriores, tan negligente en las interiores;

Tan fácil á la risa y á la disipación, tan duro para las lágrimas y la compunción;

Tan dispuesto á la relajación y regalos de la carne, tan perezoso al rigor y al fervor;

Tan curioso para oir novedades y ver cosas hermosas, tan remiso en abrazar las humildes y despreciadas;

Tan codicioso de tener mucho, tan encogido en dar, tan avariento en retener;

Tan inconsiderado en hablar, tan poco detenido en callar, tan descompuesto en las costumbres, tan indiscreto en las obras;

Tan desordenado en el comer, tan sordo á las palabras de Dios;

Tan presto para holgarte, tan tardío para trabajar;

Tan despierto para oir hablillas y cuentos, y tan soñoliento para velar en oración;

Tan impaciente por llegar al fin, y tan vago en la atención;

Tan negligente en el rezo, tan tibio en la Misa, tan indevoto en la Comunión;

Tan á menudo distraído, tan raras veces enteramente recogido;

Tan prontamente conmovido por la ira, tan fácil para disgustar á los demás;

Tan propenso á juzgar, tan riguroso en reprender;

Tan alegre en la prosperidad, tan abatido en la adversidad;

Tan fecundo en buenos propósitos, y tan estéril en ponerlos por obra.

3. Después de haber confesado y llorado estos y otros defectos con dolor y gran disgusto de tu propia fragilidad, propón firmemente enmendar siempre tu vida y mejorarla de allí adelante.

En seguida, abandonándote á Mí con absoluta y entera voluntad, ofrécete á ti mismo para gloria de mi nombre en el altar de tu corazón como sacrificio perpetuo, encomendándome á Mí con entera fe el cuidado de tu cuerpo y de tu alma.

Para que de esta manera merezcas llegar dignamente á ofrecer el santo sacrificio, y recibir saludablemente el Sacramento de mi Cuerpo.

4. Pues no hay ofrenda más digna ni mayor satisfacción para borrar los pecados que ofrecerse á sí mismo pura y enteramente á Dios, con el sacrificio del Cuerpo de Cristo en la Misa y Comunión.

Si el hombre hiciere lo que está de su parte y se arrepintiere verdaderamente, ¡cuantas veces acudiera á Mí por perdón y gracia! *Vivo yo, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, porque no me acordaré más de sus pecados, sino que todos le serán perdonados.*

CAPÍTULO VIII

Del ofrecimiento de Cristo en la Cruz, y de la propia resignación.

JESUCRISTO: 1. Así como yo me ofrecí voluntariamente por tus pecados á Dios Padre con las manos extendidas en la Cruz y todo el cuerpo desnudo, de modo que nada me quedó que no pasase en sacrificio para reconciliarte con Dios,

Así debes tú también ofrecérteme cada día en la Misa en ofrenda pura y santa, cuanto más entrañablemente puedas, con toda la voluntad y con todas tus fuerzas y deseos.

¿Qué otra cosa quiero de ti más que te entregues á Mí sin reserva?

Cualquier cosa que me des sin ti, no gusto de ella, porque no quiero tu don, sino á ti mismo.

2. Así como no te bastarían todas las cosas sin Mí, así no puede agradarme á Mí cuanto me ofrecieres sin ti.

Ofrécete á Mí y date todo por Dios, y será muy aceptado tu sacrificio.

Mira cómo Yo me ofrecí todo al Padre por ti; y también te di todo mi Cuerpo y Sangre en manjar, para ser todo tuyo y que tú te quedases todo mío.

Mas si tú estás pegado á ti mismo y no te ofreces de buena gana á mi voluntad, no es cumplida ofrenda la que haces, ni será entre nosotros entera la unión.

Por eso á todas tus obras debe preceder el ofrecimiento voluntario de ti mismo en las manos de Dios, si quieres alcanzar libertad y gracia.

Porque por eso tampoco se hacen varones ilustrados y libres en lo interior, porque no saben del todo negarse á sí mismos.

Esta es mi firme sentencia: Que no puede ser mi discípulo el que no renunciare todas las cosas. Por lo cual, si tú deseas serlo, ofréceteme con todos tus deseos.

CAPÍTULO IX

Que debemos ofrecernos á Dios con todas nuestras cosas y rogarle por todos.

El Alma: 1. Señor, tuyo es todo lo que está en el Cielo y en la Tierra.

Yo deseo ofrecérteme de mi voluntad y quedar tuyo para siempre.

Señor, con sencillez de corazón me ofrezco hoy á Ti por siervo perpetuo, en obsequio y sacrificio de eterna alabanza.

Recibeme con este santo sacrificio de tu precioso Cuerpo, que te ofrezco hoy en presencia de los ángeles, que están asistiendo invisiblemente para que lo recibas por mi salud y la de todo el pueblo.

2. Señor, yo te presento en el altar de tu misericordia todos mis pecados y delitos, cuantos he cometido en tu presencia y de tus santos ángeles desde el día que comencé á pecar hasta hoy, para que Tú los abrases todos juntos y los quemes con el fuego de tu caridad, quites todas las manchas de ellos, limpies mi conciencia de todo delito y me vuelvas á tu gracia, que perdí por el pecado, perdonándomelos todos enteramente y admitiéndome misericordiosamente al ósculo de tu paz y amistad.

3. ¿Qué puedo yo hacer por mis pecados, sino confesarlos humildemente, llorando é implorando tu misericordia sin cesar?

Yo la imploro, pues, en tu divino acatamiento: óyeme propicio, Dios mío.

Aborrezco mucho todos mis pecados, y no quiero ya cometerlos jamás; antes, arrepentido y pesaroso de ellos mientras viviere, estoy dispuesto para hacer penitencia y satisfacer según mis fuerzas.

¡Perdona, oh Dios, perdona mis pecados por tu santo nombre! ¡Salva mi alma, que redimiste con tu preciosa sangre!

Veme aquí, que me encomiendo á tu misericordia, me entrego en tus manos.

Haz conmigo según tu bondad, y no según mi malicia é iniquidad.

4. También te ofrezco, Señor, todos mis bienes, aunque muy pocos é imperfectos, para que Tú los enmiendes y santifiques, para que los hagas agradables y aceptos á Ti y siempre los mejores; y á mí, hombrezuelo inútil y perezoso, me lleves á un santo y bienaventurado fin.

5. También te ofrezco todos los santos deseos de los devotos y las necesidades de mis parientes, amigos, hermanos y de todos mis conocidos, y de cuantos me han hecho bien á mí y á otros por tu amor;

Y de todos los que desearon y pidieron que yo orase ó dijese Misa por ellos, y por todos los suyos vivos y difuntos;

Para que todos sientan el favor de tu gracia, el auxilio de tu consolación, la protección en los peligros y el alivio en los trabajos; para que, libres de todos los males, te den muy alegres y cordialísimas gracias.

6. También te ofrezco mis oraciones y el sacrificio de propiciación, especialmente por los que en algo me han enojado ó vituperado ó me han hecho algún daño ó agravio;

Y por todos los que yo enojé, turbé, agravié y escandalicé, por palabra, por obra, por ignorancia ó advertidamente, para que Tú nos perdones á todos nuestros pecados y ofensas recíprocas.

Aparta, Señor, de nuestros corazones toda mala sospecha, toda ira, indignación y contienda, y cuanto pueda estorbar la caridad y disminuir el amor del prójimo.

Misericordia, misericordia, Señor; da tu misericordia á los que la piden y tu gracia á los que la necesitan, y haz que vivamos de tal modo, que seamos dignos de gozar de tu gracia y que aprovechemos para la vida eterna. Amén.

CAPÍTULO X

No se debe dejar fácilmente la Sagrada Comunión.

JESUCRISTO: 1. Muy á menudo debes acudir á la fuente de la gracia y de la misericordia divina, á la fuente de la bondad y de toda pureza, para que puedas sanar de tus pasiones y vicios, y merezcas

hacerte más fuerte y más despierto contra todas las tentaciones y engaños del Demonio.

El enemigo, sabiendo el grandísimo fruto y remedio que hay en la sagrada Comunión, trabaja cuanto puede, sin perder medio ni ocasión por retraer y estorbar á los fieles y devotos.

2. Así sucede con algunos que, cuando piensan en prepararse para la sagrada Comunión, entonces padecen peores tentaciones de Satanás que antes.

Este espíritu maligno se mete entre los hijos de Dios, como se dice en el libro de Job, para turbarlos con su acostumbrada malicia, ó para hacerlos excesivamente tímidos y perplejos, y de este modo entibiar su devoción ó quitarles la fe con las impugnaciones que les sugiere, por si acaso consigue así que dejen del todo la Comunión ó se lleguen á ella con tibieza.

Mas no debemos cuidar de sus astucias y tentaciones, por más torpes y espantosas que sean, sino rechazar contra él mismo los fantasmas abominables que nos representa.

Despreciarse debe este desdichado y burlarse de él, y no dejar la sagrada Comunión por todos sus acometimientos y por las turbaciones que levantare.

3. Muchas veces estorba también la demasiada ansia de tener devoción, y cierta inquietud por confesarse bien.

Haz en esto lo que te aconsejen los sabios, y deja el ansia y el escrúpulo, porque impide la gracia de Dios y destruye la devoción del alma.

No dejes la sagrada Comunión por alguna pequeña tribulación ó pesadumbre, sino vete luego á confesar, y perdona de buena gana todas las ofensas que te han hecho.

Y si tú has ofendido á alguno, pídele perdón con humildad, y Dios te perdonará también de buena voluntad.

4. ¿De qué sirve retardar mucho la confesión ó diferir la sagrada Comunión?

Límpiate cuanto antes, vomita luego el veneno, toma presto el remedio, y te hallarás mejor que si lo dilatares mucho tiempo.

Si hoy la dejas por alguna causa, mañana puede

acaecerte otra mayor, y así te apartarás mucho tiempo de la Comunión, y después estarás menos dispuesto.

Lo más presto que pudieres, sacude tu pereza é inacción; porque nada se gana con angustiarse é inquietarse largo tiempo, y apartarse del divino Sacramento por obstáculos diarios.

Al contrario, daña mucho el dilatar demasiado la Comunión, porque eso suele causar un grave entorpecimiento.

Pero ¡oh dolor! Algunos tibios y disipados dilatan con gusto la confesión y desean retardar la sagrada Comunión por no verse obligados á guardar su alma con mayor cuidado.

5. ¡Oh; cuán poca caridad y flaca devoción tienen los que tan fácilmente dejan la sagrada Comunión!

¡Cuán bienaventurado es y cuán agradable á Dios el que vive tan bien y guarda su conciencia con tanta pureza, que esté dispuesto á comulgar cada día y muy deseoso de hacerlo así, si le conviniere y no fuese notado!

El que se abstiene algunas veces por humildad ó por alguna causa legítima, es de alabar por su respeto.

Mas si poco á poco le entrare la tibieza, debe despertarse á sí mismo y hacer lo que esté de su parte, y el Señor ayudará su deseo por la buena voluntad, que es á la que especialmente atiende.

6. Mas cuando estuviere legítimamente impedido, tenga siempre buena voluntad y devota intención de comulgar, y así no carecerá del fruto del Sacramento.

Porque cualquier devoto puede cada día y cada hora comulgar espiritualmente con fruto.

Mas en ciertos días y en el tiempo mandado debe recibir sacramentalmente el Cuerpo de su Redentor con afectuosa reverencia, y buscar más bien la gloria y honra de Dios que su propia consolación.

Porque tantas veces comulga místicamente y se alimenta invisiblemente su espíritu, cuantas se acuerda con devoción del misterio de la Encarnación y Pasión de Cristo y se enciende en su amor.

7. El que no se prepara sino al acercarse á la fies-

ta ó cuando le fuerza la costumbre, muchas veces se hallará mal preparado.

Bienaventurado el que se ofrece á Dios en entero sacrificio cuantas veces celebra ó comulga.

No seas muy prolijo ni acelerado en celebrar, sino guarda el medio justo y ordinario de los demás con quienes vives.

No debes causar á los otros molestia ni enfado, sino ir por el camino ordinario de los mayores, y mirar más al aprovechamiento de los otros que á tu propia devoción y afecto.

CAPÍTULO XI

El Cuerpo de Cristo y la Sagrada Escritura son muy necesarios al alma fiel.

El Alma: 1. ¡Oh dulcísimo señor Jesús! ¡Cuánta es la dulzura del alma devota que se regala contigo en tu banquete, donde no se le presenta otro manjar que á su único amado, apetecible sobre todos los deseos de su corazón!

Sería, ciertamente, muy dulce para mí derramar en tu presencia copia de lágrimas afectuosas, y regar con ellas tus pies como la piadosa Magdalena.

Mas ¿dónde está ahora esta devoción? ¿Dónde el copioso derramamiento de lágrimas devotas?

Por cierto, en tu presencia y en la de tus santos ángeles todo mi corazón debiera encenderse y llorar de gozo.

Porque en el Sacramento te tengo verdaderamente presente, aunque encubierto bajo otra especie.

2. Porque mirarte en tu propia y divina claridad no podrían mis ojos resistirlo, ni el mundo entero subsistiría ante el resplandor de la gloria de tu majestad.

Tienes, pues, consideración á mi imbecilidad cuando te ocultas bajo este Sacramento.

Yo tengo verdaderamente y adoro al mismo á quien adoran los ángeles en el Cielo: mas yo, sólo con la fe por ahora; ellos, claramente y sin velo.

Debo yo contentarme con la luz de una fe verdadera, y andar con ella hasta que amanezca el día de la claridad eterna y desaparezcan las sombras de las figuras.

Mas cuando llegue este perfecto estado cesará el uso de los Sacramentos, porque los bienaventurados en la Gloria no necesitan de medicina sacramental,

Sino que están siempre absortos de gozo en la presencia de Dios, contemplando cara á cara su gloria, y trasladados de esta claridad al abismo de la claridad de Dios, gustan el Verbo encarnado como fué en el principio y permanecerá eternamente.

3. Acordándome de estas maravillas, cualquier contento, aunque sea espiritual, se me convierte en grave tedio, porque mientras no veo claramente á mi Señor en su Gloria, en nada estimo cuanto en el mundo veo y oigo.

Tú, Dios mío, me eres testigo de que ninguna cosa puede consolarme ni criatura alguna darme descanso sino Tú, Dios mío, á quien deseo contemplar eternamente.

Mas esto no es posible mientras vivo en carne mortal

Por eso debo tener mucha paciencia y sujetarme á Ti en todos mis deseos.

Porque también, Señor, tus Santos, que ahora se regocijan contigo en el reino de los Cielos, cuando vivían en este mundo esperaban con gran fe y paciencia la venida de tu gloria. Lo que ellos creyeron creo yo; lo que esperaron, espero; adonde llegaron ellos finalmente por tu gracia, tengo yo confianza de llegar.

Entretanto caminaré con la fe, confortado con los ejemplos de los Santos.

También tendré los libros santos para consolación y espejo de la vida; y sobre todo esto, el Cuerpo santísimo tuyo por singular remedio y refugio.

4. Pues conozco que tengo grandísima necesidad de dos cosas, sin las cuales no podría soportar esta vida miserable.

Detenido en la cárcel de este cuerpo, confieso serme necesarias dos cosas, que son mantenimiento y luz.

Me diste, pues, como á enfermo, tu sagrado Cuerpo para alimento del alma y del cuerpo, y además me comunicaste tu divina palabra para que sirviera de luz á mis pasos.

Sin estas dos cosas yo no podría vivir bien, porque la palabra de Dios es la luz de mi alma, y tu Sacramento, el pan que le da vida.

Éstas se pueden llamar dos mesas colocadas á uno y otro lado en el tesoro de la Santa Iglesia.

Una es la mesa del sagrado altar, donde está el pan santificado; esto es, el precioso Cuerpo de Cristo.

Otra es la de la ley divina, que contiene la doctrina sagrada, enseña la verdadera fe, y nos conduce con seguridad hasta lo más interior del velo donde está el Santo de los Santos.

Gracias te doy, Jesús mío, esplendor de la luz eterna, por la mesa de la santa doctrina que nos diste por tus siervos los profetas, los apóstoles y los otros doctores.

5. Gracias te doy, Creador y Redentor de los hombres, de que para manifestar á todo el mundo tu caridad dispusiste una gran cena, en la cual diste á comer, no el cordero figurativo, sino tu Santísimo Cuerpo y Sangre, alegrando á todos los fieles, y embriagándolos con el cáliz saludable en este sagrado banquete, donde están todas las delicias del Paraíso, y donde los santos ángeles comen con nosotros, aunque gustan una suavidad más feliz.

6. ¡Oh; cuán grande y honorífico es el oficio de los sacerdotes, á los cuales es concedido consagrar al Señor de la majestad con las palabras sagradas, bendecirle con sus labios, tenerle en sus manos, recibirle en su propia boca, y distribuirle á los demás!

¡Oh; cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuán santo el cuerpo, cuán inmaculado el corazón del sacerdote, donde tantas veces entra el Autor de la pureza!

De la boca del sacerdote no debe salir palabra que no sea santa, que no sea honesta y útil, pues tan continuamente recibe el Santísimo Sacramento.

7. Deben ser simples y castos los ojos acostumbrados á mirar el Cuerpo de Cristo, puras y levantadas al Cielo las manos que tocan al Creador del Cielo y de la Tierra.

Á los sacerdotes especialmente se dice en la ley: *Sed santos, porque yo, vuestro Dios y Señor, soy santo.*

8. ¡Oh Dios todopoderoso! Ayúdenos tu gracia á

los que hemos recibido el oficio sacerdotal, para que podamos servirte digna y devotamente con toda pureza y buena conciencia.

Y si no podemos proceder con tanta inocencia de vida como debemos, otórganos llorar dignamente los pecados que hemos cometido, y de aquí adelante servirte con mayor fervor, con espíritu de humildad, y con voluntad buena y constante.

CAPÍTULO XII

Debe disponerse con gran diligencia el que ha de recibir á Cristo.

JESUCRISTO: 1. Yo soy amante de la pureza, y dador de toda santidad.

Yo busco un corazón puro, y allí es el lugar de mi descanso.

Prepárame una sala grande y adornada, y celebraré contigo la Pascua con mis discípulos.

Si quieres que venga á ti y me quede contigo, arroja de ti la levadura vieja, y limpia la morada de tu corazón.

Desecha de ti todo el mundo y todo el ruido de los vicios; siéntate como pájaro solitario en el tejado, y piensa en tus excesos con amargura de tu alma.

Pues cualquier persona que ama dispone á su amado el mejor y más aliñado lugar, porque en eso se conoce el amor del que hospeda al amado.

2. Pero sabe que no puedes alcanzar esta preparación con el mérito de tus obras, aunque te preparases un año entero y no pensaras en otra cosa.

Mas por sola mi piedad y gracia se te permite llegar á mi mesa, como si un rico convidase é hiciera comer con él á un pobre mendigo que no tuviera otra cosa para pagar este beneficio sino humildad y agradecimiento.

Haz lo que esté de tu parte, y hazlo con mucha diligencia, no por costumbre ni por necesidad, sino con temor, reverencia y amor recibe el Cuerpo de Jesucristo, tu amado Dios y Señor que se digna venir á ti. Yo soy el que te llamé y mandé que vinieses, yo supliré lo que te falta; ven y recíbeme.

3. Cuando yo te concedo afectos de devoción, da gracias á tu Dios, no porque eres digno, sino porque tuve misericordia de ti.

Si no sientes devoción y te hallas muy seco, persevera en la oración, gime, llama, y no ceses hasta que merezcas recibir una migaja ó una gota de gracia saludable.

Tú me necesitas á *Mí*; yo no necesito de ti.

Ni tú vienes á santificarme á *Mí*, sino que yo vengo á santificarte y mejorarte.

Tú vienes para que seas por *Mí* santificado y unido conmigo, para que recibas nueva gracia y te enfervorices de nuevo para la enmienda.

No desprecies esta gracia; más bien prepara con toda diligencia tu corazón, y recibe dentro de ti á tu amado.

4. Pero conviene que no sólo procures la devoción antes de comulgar, sino que también la conserves con cuidado después de recibido el Sacramento. Ni es menos necesario después el recogimiento y vigilancia que lo es antes la devota preparación, porque el cuidado que después se tiene es la mejor disposición para recibir nuevamente mayor gracia.

Y al contrario, se indispone para ella el que luego se entrega con exceso á las complacencias exteriores.

Guárdate de hablar mucho, recógete á algún lugar secreto, y goza de tu Dios, pues tienes al que no te puede quitar todo el mundo.

Yo soy á quien debes entregarte sin reserva, de manera que ya no vives en ti, sino en *Mí* sin cuidado alguno.

CAPÍTULO XIII

Cómo el alma devota debe desear ardientemente unirse á Cristo en el Sacramento.

El Alma: 1. ¿Quién me dará, Señor, que te halle solo, para abrirte todo mi corazón, y gozarte como mi alma desea, y que ya ninguno me desprecie, ni criatura alguna me mueva ú ocupe mi atención, sino que Tú sólo me hables y yo á Ti como se hablan dos que mutuamente se aman, ó como se regocijan dos amigos entre sí?

Lo que pido, lo que deseo, es unirme á Ti enteramente, desviar mi corazón de todas las cosas creadas, y aprender á gustar las celestiales y eternas por medio de la sagrada Comunión y frecuente celebración.

¡Ay, Dios mío! ¿Cuándo estaré absorto y enteramente unido á Ti y del todo olvidado de mí?

¿Cuándo me concederás estar Tú en mí y yo en Ti, y permanecer así unidos eternamente?

2. En verdad Tú eres mi amado escogido entre millares, con quien mi alma desea estar todos los días de su vida.

Tú eres verdaderamente el autor de mi paz; en Ti está la suma tranquilidad y el verdadero descanso: fuera de Ti todo es trabajo, dolor y miseria infinita.

Verdaderamente eres Tú el Dios escondido que no comunicas á los malos, sino que tu conversación es con los humildes y sencillos.

¡Oh Señor; cuán suave es tu espíritu, pues para manifestar tu dulzura para con tus hijos te dignaste mantenerlos con el pan suavísimo bajado del Cielo!

Verdaderamente, no hay otra nación tan grande que tenga dioses que tanto se le acerquen como Tú, Dios nuestro, te acercas á todos tus fieles, á quienes te das para que te coman y disfruten, y así perciban un continuo consuelo y levanten su corazón á los Cielos.

3. Porque ¿dónde hay gente alguna tan ilustre como el pueblo cristiano?

¿O qué criatura hay debajo del cielo tan amada como el alma devota, á quien se comunica Dios para apacentarla con su gloriosa carne?

¡Oh inefable gracia! ¡Oh maravillosa dignación!

¡Oh amor sin medida, singularmente reservado para el hombre!

¿Pues qué daré yo al Señor por esta gracia, por esta caridad tan grande?

No hay cosa más agradable que yo pueda darle que mi corazón todo entero, para que esté unido con él íntimamente.

Entonces se alegrarán todas mis entrañas cuando mi alma estuviere perfectamente unida á Dios.

Entonces me dirá: *Si tú quieres estar conmigo, yo*

quiero estar contigo. Y yo le responderé: *Dígnate, Señor, quedarte conmigo, pues yo quiero de buena gana estar contigo.*

Este es todo mi deseo: que mi corazón esté contigo unido.

CAPÍTULO XIV

Del ansia con que algunos devotos desean el Cuerpo de Cristo.

EL ALMA: 1. ¡Oh Señor; cuán grande es la abundancia de tu dulzura, que reservaste para los que te temen! Cuando me acuerdo, Señor, de algunos devotos que se llegan á tu Sacramento con dignísima devoción y afecto, me confundo muchas veces, y me avergüenzo de mí mismo al ver que llego tan tibio y tan frío á tu altar y á la mesa de la sagrada Comunión.

Que me quedo tan seco y sin dulzura de corazón; que no estoy todo encendido delante de Ti, Dios mío, ni tan vehementemente atraído y poseído de amor como otros muchos devotos, que por el gran deseo de comulgar y por el amor sensible de su corazón no pudieron detener las lágrimas.

Sino que con la boca del corazón y del cuerpo anhelaban afectuosamente á Ti, Dios mío, fuente viva, no pudiendo templar ni hartar su hambre de otro modo sino recibiendo tu cuerpo con indecible regocijo y ansia espiritual.

2. ¡Oh verdadera y ardiente fe la suya, prueba manifiesta de tu sagrada presencia en este Sacramento!

Estos son verdaderamente los que conocen á su Señor en el partir del pan, pues su corazón arde en ellos tan vivamente porque Jesús anda en su compañía.

Lejos está de mí muchas veces semejante afecto y devoción, tan grande amor y fervor.

Buen Jesús, séme propicio, dulce y benigno, y concede á este tu pobre mendigo siquiera alguna vez sentir en la santa Comunión un poco de afecto entrañable de tu amor, para que mi fe se fortalezca, crezca la esperanza en tu bondad, y la caridad, una vez perfectamente encendida y experimentada del maná celestial, nunca desfallezca.

Poderosa es, pues, tu misericordia para concederme gracia tan deseada, y visitarme clementísimamente con este espíritu de fervor el día que tuvieres por bien.

Y aunque no me hallo inflamado del gran deseo de tus especiales devotos, quiero á lo menos con tu gracia tener tan fervoroso deseo, y pido y deseo ser participante de los que tan fervorosamente te aman, y ser contado en su número.

CAPÍTULO XV

Que la devoción se alcanza con la humildad y abnegación de sí mismo.

JESUCRISTO: 1. Debes buscar con diligencia la gracia de la devoción, pedirla con instancia, esperarla con paciencia y confianza, recibirla con gratitud, guardarla con humildad, obrar solícitamente con ella, y dejar á Dios el tiempo y el modo en que se digne visitarte.

Debes humillarte en especial cuando sientas interiormente poca ó ninguna devoción; mas no te abatas demasiado, ni te entristezcas desordenadamente.

Dios da muchas veces en un instante lo que negó largo tiempo.

También da algunas veces al fin de la oración lo que dilató desde el principio.

2. Si siempre se nos diese la gracia sin dilación y á medida de nuestro deseo, no podría abrazarla bien el hombre flaco.

Por eso debes esperarla con segura confianza y humilde paciencia; y cuando no te es concedida ó te fuere quitada secretamente, echa la culpa á ti mismo y á tus pecados.

Algunas veces es bien pequeña cosa la que impide y esconde la gracia, si es que se debe llamar poco, y no mucho, lo que tanto bien estorba.

Mas si aquello poco ó mucho apartares y perfectamente vencieres, tendrás lo que suplicaste.

3. Porque luego que te entregares á Dios de todo tu corazón y no buscares cosa alguna por tu propio gusto, sino que del todo te pusieres en sus manos, te hallarás recogido y sosegado; porque nada te

agradará ni te sabrá tan bien como el beneplácito de la divina voluntad.

Cualquiera, pues, que levantare su intención á Dios con sencillo corazón y se despojare de todo amor ú odio desordenado de cualquier cosa creada, estará muy bien dispuesto para recibir la divina gracia, y se hará digno del don de la devoción.

Porque el Señor echa su bendición donde halla los vasos vacíos.

Y cuanto más perfectamente renunciare alguno las cosas bajas y estuviere muerto á sí mismo por su propio desprecio, tanto más presto viene la gracia, más copiosamente entra y más alto levanta el corazón ya libre.

4. Entonces verá y abundará, y se maravillará, y se dilatará su corazón; porque la mano del Señor está con él, y él se puso enteramente en sus manos para siempre. De esta manera será bendito el hombre que busca á Dios con todo su corazón y no ha recibido su alma en vano.

Este, cuando recibe la santa Comunión, merece la singular gracia de la unión divina, porque no mira á su propia devoción y consuelo, sino sobre todo á la gloria y honra de Dios.

CAPÍTULO XVI

Que debemos manifestar á Cristo nuestras necesidades y pedirle su gracia.

EL ALMA: 1. ¡Oh dulcísimo y amantísimo Señor, á quien deseo recibir ahora devotamente! Tú conoces mi flaqueza y la necesidad que padezco, en cuántos males y vicios estoy abismado, cuántas veces me veo agobiado, tentado, turbado y amancillado.

A Ti vengo por remedio, á Ti acudo por consuelo y alivio.

Hablo á quien todo lo sabe, á quien son manifiestos todos los secretos de mi corazón, y á quien únicamente puede consolarme y ayudarme perfectamente.

Tú sabes los bienes que más falta me hacen, y cuán pobre soy en virtudes.

2. Veme aquí delante de Ti, pobre y desnudo, pidiendo gracia é implorando misericordia.

Da de comer á este tu hambriento mendigo, enciende mi frialdad con el fuego de tu amor, alumbra mi ceguedad con la claridad de tu presencia.

Conviérteme todo lo terreno en amargura, todo lo pesado y contrario, en paciencia, todo lo ínfimo y creado, en menosprecio y olvido.

Levanta mi corazón á Ti en el Cielo, y no me dejes andar vagando por la Tierra.

Tú sólo me seas dulce desde ahora para siempre, pues Tú sólo eres mi manjar y bebida, mi amor, mi gozo, mi dulzura y todo mi bien.

3. ¡Oh; si me encendieras todo con tu presencia y me abrasases y transformases en Ti, para ser un espíritu contigo por la gracia de la unión interior y por la efusión de un amor perfecto!

No consientas que me separe de Ti ayuno y seco, sino pórtate conmigo piadosamente, como lo has hecho muchas veces con tus Santos de un modo admirable.

¡Qué extraño sería que yo me abrasara todo en tu amor sin acordarme de mí, siendo Tú fuego que siempre arde y nunca cesa, amor que limpia los corazones y alumbra el entendimiento!

CAPÍTULO XVII

Del amor fervoroso y del vehemente deseo de recibir á Cristo.

EL ALMA: 1. Con suma devoción y abrasado amor, con todo el afecto y fervor del corazón deseo, Señor, recibirte en la Comunión, como lo desearon muchos Santos y personas devotas que te agradaron mucho con la santidad de su vida y tuvieron devoción ardentísima.

¡Oh Dios mío, amor eterno, todo mi bien, felicidad interminable! Deseo recibirte con el deseo más vehemente y con la reverencia más digna, cual jamás tuvo ni pudo sentir ninguno de los Santos.

2. Y aunque yo sea indigno de tener aquellos sentimientos devotos, te ofrezco todo el afecto de mi corazón, como si yo solo tuviese todos aquellos inflamados deseos.

Y cuanto puede el alma piadosa concebir y de-

sear, todo te lo presento y ofrezco con humildísima reverencia y con entrañable fervor.

Nada deseo reservar para mí, sino ofrecerme en sacrificio con todas mis cosas voluntariamente y con el mayor afecto.

Señor, Dios mío, Creador y Redentor mío, con tal afecto, reverencia, honor y alabanza, con tal agradecimiento, dignidad y amor, con tal fe, esperanza y pureza deseo recibirte hoy, como te recibió y deseó tu Santísima Madre la gloriosa Virgen María, cuando al ángel que le anunció el misterio de la Encarnación respondió humilde y devotamente: *¡He aquí la esclava del Señor; hágase en Mí según tu palabra!*

3. Y como el bienaventurado San Juan Bautista, tu precursor y el mayor de los Santos, cuando aún estaba encerrado en el vientre de su madre, dió saltos de alegría en tu presencia con gozo de Espíritu Santo; y después, viéndote, Jesús mío, conversar entre los hombres, con devoto y humildísimo afecto decía: *El amigo del esposo, que está en su presencia y le oye, se regocija mucho al oir la voz del esposo;* así deseo yo estar inflamado de grandes y santos deseos y presentarme á Ti con todo el afecto de mi corazón. Por eso te ofrezco y dedico los júbilos de todos los corazones devotos, los vivísimos afectos, los embelesos espirituales, las soberanas iluminaciones, las visiones celestiales, y todas las virtudes y alabanzas con que te han celebrado y pueden celebrarte todas las criaturas en el Cielo y en la Tierra: recíbelo todo por mí y por todos los encomendados á mis oraciones, para que seas por todos dignamente alabado y glorificado para siempre.

4. Recibe, Señor, Dios mío, mis deseos y ansias de darte infinita alabanza y bendición inmensa, los cuales te son justísimamente debidos, según la multitud de tu inefable grandeza.

Esto te ofrezco ahora, y deseo ofrecerte cada día y cada momento; y convido y ruego con instancia y afecto á todos los espíritus celestiales y á todos tus fieles á que te alaben y te den gracias juntamente conmigo.

5. Alábente todos los pueblos, todas las tribus y

lenguas, y engrandezcan tu santo y dulcísimo nombre con sumo regocijo é inflamada devoción.

Merezcan hallar tu gracia y misericordia todos los que con reverencia y devoción celebran tu Altísimo Sacramento y con entera fe lo reciben, y rueguen á Dios humildemente por mí pecador.

Y cuando hubieren gozado de la devoción y unión deseada y se partieren de la mesa celestial muy consolados y maravillosamente recreados, tengan por bien acordarse de este pobre.

CAPÍTULO XVIII

Que el hombre no debe ser curioso en examinar este Sacramento, sino humilde imitador de Cristo, sometiendo su parecer á la sagrada Fe

JESUCRISTO: 1. Guárdate de escudriñar inútil y curiosamente este profundísimo Sacramento, si no quieres verte anegado en un abismo de dudas.

El que es escrudiñador de la Majestad, será abrumado de su gloria. Más puede obrar Dios que lo que el hombre puede entender.

Pero no se prohibe el devoto y humilde deseo de alcanzar la verdad á aquellos que siempre están prontos á ser enseñados, y caminar según las sanas doctrinas de los Santos Padres.

2. Bienaventurada la sencillez, que dejando los ásperos caminos de las cuestiones, va por la senda llana y segura de los Mandamientos de Dios.

Muchos perdieron la devoción queriendo escudriñar las cosas sublimes.

Fe se te pide y vida sencilla, no elevación de entendimiento ni profundidad de los misterios de Dios.

Si no entiendes ni comprendes las cosas más triviales, ¿cómo entenderás las que están sobre la esfera de tu alcance?

Sujétate á Dios y humilla tu juicio á la Fe, y se te dará la luz de la Ciencia, según te fuere útil y necesaria.

3. Algunos son gravemente tentados contra la Fe

en este Sacramento; mas esto no se ha de imputarlo á ellos, sino al enemigo.

No tengas cuidado, no disputes con tus pensamientos, ni respondas á las dudas que el Diablo te sugiere; sino cree en las palabras de Dios, cree á sus Santos y á sus Profetas, y huirá de ti el malvado enemigo.

Muchas veces es muy conveniente al siervo de Dios padecer estas tentaciones.

Pues no tienta el Demonio á los infieles y pecadores á quienes ya tiene seguros, sino que tienta y atormenta de diversas maneras á los fieles y devotos.

4. Acércate, pues, con una fe firme y sencilla, y llégate al Sacramento con suma reverencia; y todo lo que no puedes entender, encomiéndalo con seguridad al Dios todopoderoso.

Dios no te engaña: el que se engaña es el que se cree á sí mismo demasiadamente.

Dios anda con los sencillos, se descubre á los humildes, y da entendimiento á los pequeños, alumbra á las almas puras, y esconde su gracia á los curiosos y soberbios.

La razón humana es flaca y puede engañarse; mas la fe verdadera no puede ser engañada.

5. Toda razón y discurso natural debe seguir á la fe, y no ir delante de ella ni quebrantarla.

Porque la ley y el amor muestran aquí mucho su excelencia, y obran secretamente en este santísimo y sobreexcelentísimo Sacramento.

El Dios eterno, inmenso y de poder infinito hace cosas grandes é inescrutables en el Cielo y en la Tierra, y sus obras admirables se ocultan á toda investigación.

Si tales fuesen las obras de Dios que fácilmente pudieran comprenderse por la razón humana, no se diría que son inefables y maravillosas.

FIN